GABRIEL GARCIA MARQUEZ

Cuando era feliz e indocumentado

EL AÑO MAS FAMOSO DEL MUNDO

El año internacional de 1957 no empezó el primero de enero, empezó el miércoles 9, a las seis de la tarde, en Londres. A esa hora, el primer ministro británico, el niño prodigio de la política internacional, Sir Anthony Eden, el nombre mejor vestido del mundo, abrió la puerta del 10, Downing Street, su residencia oficial, y fue esa la última vez que la abrió en su calidad de primer ministro. Vestido con su abrigo negro con cuello de peluche, llevando en la mano el cubilete de las ocasiones solemnes, Sir Anthony Eden acababa de asistir a un tempestuoso consejo de gobierno, el último de su mandato, el último de su carrera política. Aquella tarde, en menos de dos horas, Sir Anthony Eden hizo la mayor cantidad de cosas definitivas que un hombre de su importancia, de su estatura, de su educación, puede permitirse en dos horas: rompió con sus ministros, visitó la reina Isabel por última vez, presentó su renuncia, arregló sus maletas, desocupó la casa y se retiró a la vida privada.

En enero se fue Eden y llegó la princesa de Monaco

Más que otro hombre cualquiera, Sir Anthony Eden había nacido con el 10, Downing Street grabado en el corazón, inscrito en la línea de la mano. Durante treinta años había hechizado los salones de Europa, las cancillerías de toda la tierra, y había desempeñado un papel notable en los más grandes negocios políticos del mundo. Se había fabricado una reputación de elegancia física y moral, de rigor en los principios, de audacia política, que escondían al gran público ciertas debilidades de su carácter, sus caprichos, su desorden, y esa tendencia a la indecisión que en ciertas circunstancias podía conducirlo a decidir demasiado pronto, demasiado a fondo, solo y contra todos. Tres meses antes —el 2 de noviembre de 1956— Sir Anthony Eden, frente a la secreta invitación de Francia a tomarse por asalto el Canal de Suez, se había mostrado tan indeciso que decidió demasiado pronto, demasiado a fondo, contra el parecer de la mayoría de sus ministros, de los astutos y cautelosos banqueros británicos, del Arzobispo de Canterbury, de la prensa e incluso del pueblo de Londres, que expresó su desacuerdo en la más grande manifestación popular que ha visto Trafalgar Square en el presente siglo. Como consecuencia de esta decisión solitaria y precipitada, tuvo que decidir en esas dos horas melancólicas del nueve de enero —y esta vez con la aprobación de sus ministros, con la

aprobación de las grandes mayorías del Imperio Británico— el acto más trascendental de su vida: la renuncia.

Esa misma noche, mientras Sir Anthony Eden, acompañado por su esposa Lady Clarissa, sobrina de Winston Churchill, se trasladaba en su largo automóvil negro a su residencia particular en los suburbios de Londres, un hombre tan alto como él, tan bien vestido como él, pasó del número 11 al número 10 de Downing Street. El señor Harold MacMillan, el nuevo primer ministro, sólo tuvo que caminar 15 metros para hacerse cargo de los delicados negocios del Imperio Británico.

Esa noticia, que estalló como un torpedo en la primera página de todos los periódicos del mundo, debió llegar, sin embargo, como un rumor sin sentido a la apretada multitud de 4.000 personas que pocas horas después se concentró del otro lado del Atlántico, frente al pequeño templo protestante de Los Angeles, California, para asistir a los oficios funerarios de Humphrey Bogart, muerto a causa de un cáncer en la garganta, el domingo 6 de enero. "Creedme — había dicho en cierta ocasión Humphrey Bogart—: que yo tengo más admiradores mayores de ocho años y menores de sesenta, que ninguna otra persona en este país, y es por eso por lo que gano 200.000 dólares por película". Pocas horas antes de morir, el gangster más querido del cine, el tierno matón de Hollywood, había dicho a su amigo de toda la vida, Frank Sinatra: "Lo único que va bien es mi cuenta bancaria".

El grande actor de cine fue el tercero de los muertos notables de enero: en ese mismo mes, murieron la poetisa chilena Gabriela Mistral y el director de orquesta italiano —uno de los más prestigiosos de la historia de la música y también uno de los más ricos— Arturo Toscanini, mientras el pueblo ratificaba en las urnas su confianza a Ladislaw Gomulka y los automovilistas franceses hacían cola frente a las bombas de gasolina. La aventura de Suez sólo dejó a Francia una inmensa desilusión y una grave crisis de combustible. En el trastorno del tráfico ocasionado por la restricción, una de las pocas cosas que llegaron a tiempo —el 23 de enero— fueron los 3 kilos y 25 gramos de Carolina Luisa Margarita, princesa de Monaco, hija de Raniero III y de Grace Kelly.

En febrero se perdió la noticia del año

La juventud londinense había agotado un millón de discos de "Rock around the clock" en 30 días —el mayor récord después de "El tercer hombre"—, la mañana en que la reina Isabel de Inglaterra se embarcó en el avión que la condujo a Lisboa. Esa visita al discreto y paternalista presidente de Portugal, Oliveira Salazar, parecía tener una intención política tan indescifrable, que fue interpretado como un simple pretexto de la soberana de Inglaterra para salir al encuentro de su marido, el príncipe Felipe de Edimburgo, que desde hacía cuatro meses vagaba en un yate lleno de hombres por los últimos mares del Imperio Británico. Esa fue una semana de noticias indescifrables, de pronósticos frustrados, de esperanzas muertas en el

corazón de los periodistas, que esperaron lo que sin duda hubiera sido el acontecimiento sentimental del año: la ruptura entre la reina Isabel y el príncipe Felipe. En el limpio y laberíntico aeródromo de Lisboa, a donde el Duque de Edimburgo llegó con 5 minutos de retraso —en primer término porque no es inglés y en término segundo porque tuvo que afeitarse la barba para besar a su esposa— no ocurrió el acontecimiento esperado y esa fue, en 1957, la gran noticia que pudo ser y no fue.

En febrero subió Gromyko y bajó el escote de Brigitte Bardot

En cambio, en ese mismo febrero en que Brigitte Bardot llevó su escote hasta un límite inverosímil en el carnaval de Munich y el primer ministro francés, señor Guy Mollet, atravesó el Atlántico para reconciliar a su país con los Estados Unidos después del descalabro de Suez, Moscú soltó la primera sorpresa del que había de ser el año más atareado, desconcertante y eficaz de la Unión Soviética. Esa sorpresa, presentada por "Pravda" como un acontecimiento de segundo orden, fue el reemplazo del sexto ministro de relaciones exteriores soviético, Dimitri Chelipov, por el nuevo niño precoz de la diplomacia mundial Andrei Gromyko.

Chelipov, antiguo director de "Pravda", había sido nombrado en junio de 1956. Su paso por el ministerio de relaciones exteriores constituyó un récord de velocidad: todos sus antecesores habían permanecido en ese puesto, en promedio, ocho años, Chelipov duró ocho meses. El occidente, que no ha podido entender el complejo ajedrez político del Kremlin, tuvo razones de pensar que Gromyko sólo duraría ocho días.

A las 8,33 de la mañana, con niebla y frío en la indecisa primavera de Washington, el vicepresidente de los Estados Unidos, señor Richard Nixon, se embarcó para un viaje de 17 días por el África. Así empezó el tercer mes, marzo, el mes de los viajes. Con los 15.000 kilómetros en tres etapas que pocos días después recorrió desde Australia hasta Nueva York, el secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Foster Dulles, completó un recorrido aéreo equivalente a 16 veces la vuelta al mundo, desde cuando ocupa ese cargo: 380.000 en total. El presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, viajó esa misma semana, a bordo del acorazado "Camberra", hasta la idílica posesión británica de las Bermudas, donde debía entrevistarse con el primer ministro inglés, señor Harold MacMillan, quien dio el salto del Atlántico en una noche para tratar de poner en orden algunas de las cosas que dejó pendiente su antecesor, el señor Eden.

La ministro de Israel, Golda Meir, participó en aquella carrera contra el tiempo en un viaje récord, de Tel-Aviv a Washington donde se proponía recordar al señor Foster Dulles la ejecución de las promesas americanas, "la garantía de que la zona de Gaza no sería ocupada de nuevo por las tropas egipcias y la seguridad de que los Estados Unidos no dejarían cerrar otra vez el estrecho de Aqaba". En esta confusión

de viajes, de idas y venidas alrededor del mundo, el presidente de las Filipinas, señor Maygsasay, se embarcó en un C-47, nuevo y bien mantenido, que pocas horas después del decolaje se precipitó a tierra, envuelto en llamas. Este accidente, del cual no se sabe a ciencia cierta ni siquiera si fue realmente un accidente, fue el único de un mes en que una simple falla de motores hubiera podido voltear al revés —o al derecho— la historia del mundo. Una personalidad filipina, el señor Néstor Mato, que viajaba en el mismo avión del presidente y que sobrevivió milagrosamente a la catástrofe, reveló que el siniestro había sido provocado por una violenta explosión a bordo del avión. Mientras las expediciones de rescate buscaban inútilmente el cuerpo del presidente Maygsasay y en los círculos políticos del mundo occidental se atribuía el accidente a un atentado comunista, el presidente Eisenhower, preparando sus maletas para viajar a Nassau, se quitó el saco frente a una ventana abierta y contrajo un resfriado. En el sopor de la primavera africana, el señor Nixon trituraba a esa hora entre sus duros maxilares de escolar semillas de plantas salvajes, como prueba de la simpatía de su país por los lustrosos y emplumados ciudadanos de Uganda.

Pedro Infante se va, Batista se queda

Esa intempestiva fiebre viajera de los políticos tenía por objeto remendar los últimos cabos sueltos de la aventura de Suez, que cuatro meses después seguía constituyendo un dolor de cabeza para los occidentales, a pesar de que va las tropas de la O.N.U. estaban interpuestas entre Egipto e Israel, y de que los técnicos habían empezado a sacar del canal los barcos hundidos en noviembre por el general Nasser. En realidad, si el vice-presidente Nixon viajó al África, si se tomó el trabajo de comer y beber cuantas cosas extrañas le ofrecieron los monarcas primitivos del continente negro, no perdió, en cambio, la oportunidad de tomarse en Marruecos un té a la menta que le ofreció Mulay Hassan, el príncipe de película en tecnicolor que constituye uno de los tres puntales del mundo árabe. El señor Harold MacMillan, por su parte, trató de convencer al presidente de que no confiara por entero a la O.N.U. los problemas del Oriente. El presidente lo oyó con mucha atención, a pesar de su resfriado y a pesar de que —por razones que el protocolo nunca pudo explicar— durante la conferencia tuvo las orejas tapadas por algodones.

Muy cerca del lugar de la entrevista, en Cuba, donde el presidente Batista empezaba a perder el sueño a causa de los problemas de orden público en la provincia de Oriente, el baile del año, la música que contaminó en menos de tres meses la juventud de todo el mundo, desde París hasta Tokio, desde Londres hasta Buenos Aires, sufrió su primer tropiezo: el "rock'n roll" fue prohibido en la televisión de La Habana. "Se trata —decía la prohibición— de un baile inmoral y degradante, cuya música está contribuyendo a la adopción de movimientos raros, que ofenden

la moral y las buenas costumbres". En una curiosa coincidencia, esa misma semana, en una fiesta en Palm Beach, la actriz sueca Anita Ekberg y su marido, Anthony Steel, se batieron físicamente con el escultor cubano Joseph Dovronyi, porque éste dio a conocer la escultura de una mujer completamente desnuda para la cual, según dijo, había tomado como modelo a la actriz sueca. En nombre de la moral y las buenas costumbres, ésta atacó a taconazos al escultor. Otra actriz sueca, Ingrid Bergman, figuró esa misma semana en la actualidad mundial, cuando le fue concedido el "Oscar" por su actuación en "Anastasia". Ese hecho fue interpretado como una reconciliación de Ingrid Bergman con el público de los Estados Unidos, que durante ocho años la mantuvo en entredichos a causa de su matrimonio con el director italiano Roberto Rossellini.

El explorador Richard Byrd, viajero del Polo Sur, murió pocos días antes del político francés, Edouard Herriot. Francia apenas tuvo tiempo para guardar 24 horas de luto, atareada como estaba con la guerra de Argelia y ton los preparativos de recepción a la reina Isabel de Inglaterra.

Un joven abogado cubano, que en cierta ocasión, en México, se gastó sus últimos veinte dólares en la edición de un discurso, desembarcó en Cuba con un grupo de opositores al presidente Batista. El abogado se llama Fidel Castro, y conoce la estrategia mejor que los códigos. El presidente Batista, que tiene dificultades para explicar por qué sus fuerzas armadas no han podido expulsar a Fidel Castro de la Isla, pronuncia unos discursos exaltados para decir que "no hay novedad en el frente", pero el hecho es que la inquietud continuaba aún en abril. Los enemigos del gobierno aparecían por todas partes: en la Calzada de Puentes Grandes, 3.215 —La Habana—, donde el detectivis-mo descubrió un depósito de armas modernas a principio del mes, en el Oriente del país, donde existen serios indicios de que la población civil protege y ayuda a los hombres de Fidel Castro, así como en Miami, en ciudad de México, en los puntos claves del revoltoso cinturón del Caribe. Pero la opinión pública de ese minúsculo y conflictivo rincón de la tierra, que no ha sido en ningún momento indiferente a los embrollos políticos, se olvidó de los problemas de Cuba para estremecerse con la muerte de Pedro Infante, el cantante mexicano víctima de un accidente aéreo.

Termina el escándalo del siglo. Resultado "0"

A 11.000 kilómetros del lugar en que se destrozó el avión donde viajaba el ídolo popular, un drama largo y complejo tomaba visos de comedia: el caso Montesi, juzgado en Venecia, con un equipo completo de acusados y testigos, de jueces y abogados, de periodistas y de simples curiosos que se dirigían en góndolas a las audiencias, se disolvió en suposiciones sin sentido. El crimen de Wilma Montesi, la modesta muchacha de Via Tagliamento, considerado como el escándalo del siglo, se quedó impune, al parecer para siempre.

Mientras tanto los habitantes de París, desafiando los últimos vientos helados de la primavera, salieron a las calles para saludar en un arranque de fervor monárquico a la reina Isabel de Inglaterra, que atravesó el Canal de la Mancha en un Viscount particular para decirle al presidente Coty, en francés, que los dos países estaban más unidos y más cerca que nunca después del fracaso solidario de Suez. Los franceses que aman la reina de Inglaterra casi tanto como al presidente Coty, a pesar de que aseguran lo contrario, no se habían tomado desde hace mucho tiempo, la molestia de permanecer cuatro horas detrás de un cordón de policía para saludar a un visitante. Esta vez lo hicieron y sus gritos de bienvenida disimularon durante 3 días la tremenda crisis económica de Francia, que el primer ministro, señor Guy Mollet, trataba de remendar desesperadamente en el momento en que la reina de Inglaterra, en Orly, descendió de un avión en el que dejó olvidada su sombrilla.

Secretamente, sin que nadie se atreviera a insinuarlo, un temor circulaba por las calles de París, cuando el automóvil descubierto de la soberana británica atravesó por los Campos Elíseos: era el temor de que los rebeldes de Argelia, que están infiltrados por todas partes, que en su país se enfrentan a los grupos de paracaidistas y en París juegan a las escondidas con los policías, lanzaran una bomba al paso del automóvil real. Ese hubiera sido el episodio más espectacular de una guerra anónima, casi una guerra clandestina que dura desde hace tres años y que en el de 1957 no tuvo tampoco la solución que todo el mundo espera con impaciencia.

Bogotanos en pijamas tumban a Rojas

Los habitantes de Bogotá, muchos de ellos en pijama, salieron a la calle, el 10 de mayo, a las cuatro de la madrugada para celebrar la caída del general Gustavo Rojas Pinilla, quien estaba en el poder desde el 13 de junio de 1953. Desde el 7 de mayo —tres días antes— el país estaba prácticamente paralizado, como protesta por la maniobra presidencial de reunir la Asamblea Nacional Constituyente para hacerse reelegir por un nuevo período. Los bancos, el comercio, las industrias, cerraron sus puertas durante 72 horas, en una manifestación de resistencia pasiva apoyada por todas las fuerzas del país. Cuando el 10 de mayo a las 4 de la madrugada, la capital de Colombia se desbordó en las calles para celebrar la caída de Rojas Pinilla, éste se encontraba en el Palacio de San Carlos, reunido con sus colaboradores más fieles y seguramente tuvo que preguntar a alguno de ellos qué estaba sucediendo en la ciudad. En realidad, Rojas Pinilla, quien voló a España con 216 maletas, no renunció, sino cuatro horas después: a las ocho de la mañana. Esa misma semana, otro gobierno se vino abajo: el de Guy Mollet, en Francia, que había durado 15 meses, y que fue el más largo de todos los gobiernos franceses, después del de Poincairé. Aunque el señor Mollet se las arregló para caerse "por causa de la economía", los observadores de la política francesa supieron que la causa verdadera era otra: la

guerra de Argelia, que ha desangrado las finanzas del país, y que fue la causa verdadera de las dos crisis de 1957.

En Roma, el Club de James Dean, formado por adolescentes que corren a 120 kilómetros por hora en automóvil sin frenos, como homenaje al actor muerto el año pasado en un accidente automovilístico, se siguieron reuniendo en secreto, después de que la policía intervino en mayo para poner término a sus actividades, a petición de los padres de familia. Ninguno de ellos había sufrido el más ligero accidente, cuando la novelista francesa Françoise Sagan —a quien le disgusta profundamente que la llamen "la James Dean de la literatura francesa"— se estrelló en su automóvil en las cercanías de París. Durante una semana la escritora de 22 años que escandalizó hace 40 meses a los buenos burgueses de Francia con su primera novela, "Bonjour Tristesse", estuvo entre la vida y la muerte. Cuando abandonó el hospital, un mes después, su nuevo libro estaba en prensa: "Dentro de un mes, dentro de un año". Fue un récord de ventas: la primera edición se había agotado antes de que cayera el nuevo gobierno francés, presidido por el señor Bourges Maunouri. Las cosas se sucedieron tan rápidamente en esas dos semanas, que muchos de los admiradores de James Dean decidieron entrar a la peluquería y pasarse, sin etapas, a la moda de las cabezas peladas, impuesta por Yul Brinner.

Una propuesta, el mejor chiste de Mao

Una mujer de aspecto insignificante, la señora Liu Chi-Jean, se presentó una mañana de junio a las puertas de la Embajada de los Estados Unidos en Formosa, con un letrero escrito en inglés y en chino, en el cual calificaba de asesino al sargento americano Robert Reynolds y llamaba a la población de la isla a manifestarse contra la decisión del tribunal que lo declaró inocente. Pocas semanas antes, la esposa de ese sargento Robert Reynolds, a quien la señora Liu Chi-Jean calificaba de asesino, estaba tomando una ducha en su residencia de Taipeh. De pronto prorrumpió en gritos de protesta porque, según decía, un hombre la estaba mirando por una rendija de la ventana. El esposo de la señora Reynolds, que leía el periódico en la sala, salió al patio con su revólver, con el propósito, según dijo en la audiencia, "de mantener a raya al individuo, hasta cuando llegara la policía". A la mañana siguiente un cadáver amaneció en el jardín, acribillado de proyectiles del revólver del sargento Reynolds. El cadáver era del esposo de la señora Liu Chi-Jean. Un tribunal compuesto por tres sargentos y tres coroneles juzgó al sargento americano y dio su veredicto: "Legítima defensa".

Las manifestaciones provocadas por este hecho, que la población de Formosa consideró como una simple comedia judicial, fueron el primer incidente grave entre China republicana y los Estados Unidos, desde cuando el señor Chian Kai Sheck, presidente de la República China, fue expulsado del continente por los comunistas, y se instaló en Formosa, con el visto bueno y el apoyo financiero y político de

Washington. Las protestas de la señora Liu Chi-Jean desencadenaron en Formosa una tempestad de protestas anti-americanas, que el primer ministro de la China Roja, Chou En-Lai, supo valorar exactamente. Convencido de que las cosas no iban bien entre Formosa y los Estados Unidos, los gobernantes de la China comunista hicieron una propuesta a Chian Kai Sheck: que permaneciera en Formosa con sus ejércitos, su población, y sus 92 automóviles particulares, pero en calidad de administrador de la isla por cuenta del gobierno de Mao Tse-Tung. Chian Kai Sheck que debió considerar la propuesta como un chiste de mal gusto, ni quisiera se tomó el trabajo de dar una respuesta. Mao Tse-Tung se encogió de hombros. De todos modos, dijo, el tiempo se encargará de resolver el problema de Formosa : los ejércitos de Chian Kai Sheck se están volviendo viejos. Dentro de 10 años tendrán un promedio de 45 años Dentro de 20 ese promedio será de 55. La China comunista tiene paciencia y prefiere esperar a que los ejércitos de la China republicana se mueran de viejos en Formosa.

Kruschev, estrella de la T. V. americana

Los televidentes de los Estados Unidos acababan de ver en la pantalla doméstica el noticiero sobre los acontecimientos de Formosa, cuando una cabeza completamente pelada hizo su aparición y comenzó a decir en ruso un sartal de cosas ininteligibles, que un momento después un locutor empezó a traducir en inglés. Esa vedette desconocida en la televisión de los Estados Unidos era el hombre que más dio que hablar en 1957 —el personaje del año—: Nikita Kruschev, secretario del partido comunista de la Unión Soviética. El hecho de que Nikita Kruschev hubiera podido asomarse a todos los hogares de los Estados Unidos no fue ni mucho menos una maniobra preparada por el servicio de espionaje soviético. Fue conseguido, en un año de gestiones diplomáticas, por la Columbia Broadcasting Corporation, y la película había sido tomada en el Kremlin, en el propio escritorio de Kruschev, quien se prestó a todo lo qué le exigieron los periodistas americanos, menos a que lo maquillaran: "No es necesario —declaró un portavoz oficial soviético—. "El señor Kruschev se afeita todos los días y usa polvos de talco". Dentro de los propios hogares americanos, la voz de Kruschev inició la ofensiva del desarme, el primer paso a fondo de una campaña que había de prolongarse durante todo el año y que sin duda fue la esencia de la actividad diplomática y política de la Unión Soviética en 1957.

A partir de la entrevista de Kruschev, la atención mundial tuvo forzosamente que volverse hacia el hemisferio socialista. En los preparativos de la celebración del 40 aniversario de la revolución, el enigmático señor Kruschev —que prácticamente no dejó pasar un día sin hacer oir su voz en occidente— desplegó una actividad colosal, tanto en los problemas interiores como en la política exterior. En un solo día, después de una tormentosa reunión del comité central del partido comunista

soviético, cuatro de las personalidades más altas de la Unión Soviética fueron puestas fuera de combate: Molotov, Malenkov, Chepilot y Kaganovich. Pocos días después, en el momento en que el primer ministro de Túnez, señor Burguiba, ponía a su vez fuera de combate a un monarca decrépito y anquilosado y proclamaba la república más joven del mundo, los representantes de las cuatro potencias discutían en Londres las bases del desarme mundial. El señor Stassen, representante de los Estados Unidos, tuvo que abandonar las sesiones para asistir de urgencia al matrimonio de su hijo. Estaba tomándose el primer whisky de la fiesta cuando supo que la conferencia del desarme no había llegado a ninguna parte, pero que el señor Kruschev había soltado una noticia del más grueso calibre: La Unión Soviética disponía de "el arma absoluta", un cohete dirigido a larga distancia que podía alcanzar cualquier objetivo del planeta. El occidente, pendiente del inminente nacimiento del primogénito de Gina Lollobrigida, no dio mucho crédito a la noticia. Pero era auténtica. A partir de ese momento, la superioridad de ataque de la Unión Soviética se aceptó como un hecho indiscutible. El occidente trató de pasar ese trago amargo con el consuelo de que Gina Lollobrigida había tenido una niña en perfecta salud: 6 libras y 99 gramos.

La asiática: El mundo con 39º de fiebre

El pequeño y pelirrojo John A. Hale, profesor de la Malaisia University, de Singapoor, se asomó a su microscopio, a pesar del aplastante calor de 40 grados, el 4 de mayo, para examinar una muestra de microbios que le habían llegado esa mañana de Hong-Kong. Cinco minutos después, sobresaltado, el profesor llamó por teléfono a la Compañía Aérea B.O.A.C, y le dijeron que quince minutos más tarde salía un avión para Londres. El profesor Hale envió en ese avión, de urgencia, un cilindro de cristal celosamente protegido, al doctor Christopher Andrews, director del Centro Mundial de la Gripe, en Londres. El cilindro contenía las muestras de un microbio rarísimo que el asustado investigador de Singapoor acababa de identificar, y que a pesar de sus precauciones había de provocar la enfermedad del año: la gripe asiática. Cuando el avión de la B.O.A.C. aterrizó en Londres, varios marineros de un barco que 48 horas antes había salido de Singapoor empezaron a estornudar. Una hora después tenían dolor en los huesos. Cinco horas después, fiebre de cuarenta grados. Uno de ellos murió. Los otros, hospitalizados en Formosa, contaminaron a los médicos, a las enfermeras y a los otros pacientes. Cuando el Instituto Mundial de la Gripe, en Londres, dio la voz de alarma, ya la gripe asiática estaba llegando a Europa. Cuatro meses después, la noche en que se estrenó en Londres la última película de Charlie Chaplin, "Un rey en Nueva York", había acabado de darle la vuelta al mundo.

El presidente Eisenhower estaba demasiado ocupado en esos días para pensar en el peligro de los microbios. Había tenido que estudiar los problemas del polvorín del

Oriente, pensar en las soluciones de compromiso que le permitieron estar en buenos términos con el mundo árabe sin disgustar a sus aliados de Europa, tratar de descifrar las indescifrables ocurrencias del indescifrable señor Kruschev, y apenas le sobraban tres días par ir a jugar golf bajo el tibio verano de Nueva Inglaterra, en su residencia de vacaciones de la bahía de Narangassetts. No había acabado de descender de su avión particular, Columbine III, cuando su secretario Hagerty vino a decirle que en Little Rock, Estado de Arkansas, donde el gobernador Faubus se oponía a la integración escolar —asistencia de alumnos negros a las escuelas de los blancos—, la situación estaba tomando visos de la más dramática gravedad. El problema había empezado una semana antes: contrariando la decisión de la Corte Suprema de los Estados Unidos, el gobernador Faubus había emplazado la guardia nacional de Arkansas a las puertas de la Central High School, con el pretexto de que la presencia de alumnos negros provocaría disturbios en la población. La población racista, evidentemente una minoría insignificante, se concentró en la puerta del establecimiento, y dio a entender, con gritos apasionados y en algunos momentos con la acción física, que el gobernador Faubus tenía razón. El presidente Eisenhower enemigo de la fuerza, trató por todos los medios de disuadir al gobernador rebelde. Pero éste, a pesar de la entrevista que tuvo con el presidente, persistió en su actitud. Los comentarios de la debilidad del general Eisenhower le dieron la vuelta al mundo a una velocidad mucho mayor de la de la gripe asiática. El mundo socialista explotó la situación. "Hace falta un Truman en la Casa Blanca", se dijo en los Estados Unidos, especialmente en el norte, donde el recuerdo de la energía, el dinamismo y el espíritu de decisión del antiguo presidente no han sido olvidados. Presionado por la gravedad de las circunstancias, viendo en peligro su autoridad, el presidente Eisenhower decidió, el martes 24 de septiembre, a las 12.30 de la mañana, enviar a Little Rock 1.000 paracaidistas de élite, que hicieran cumplir la disposición de la Corte Suprema. A las 3.15 de ese mismo día, el problema estaba resuelto: protegidos por los soldados enviados urgentemente de Washington, los 15 estudiantes negros se sentaron con los blancos en la Central High School, y no pasó absolutamente nada.

Sputnik: El mundo aprende astronáutica

Sofía Loren se había vestido de novia, en Hollywood, para filmar la escena de una película —el 21 de septiembre— cuando un tribunal de México —a 5.000 kilómetros de distancia— la declaró casada por poder con el productor italiano, Carlo Ponti, que en ese mismo instante se encontraba en Los Angeles, conversando de negocios por teléfono con un empresario de Nueva York. Ese matrimonio, que tenía algo de futurista, un poco de leyenda interplanetaria, no despertó en Italia el interés esperado. Tampoco en los Estados Unidos donde la actriz italiana no ha logrado interesar a fondo el público de los estadios de béisbol. Los fanáticos de

Nueva York se abrían paso a empujones para lograr un puesto en las graderías en el partido más esperado de la gran temporada, el 4 de octubre, cuando ya el mundo se había olvidado de discutir la legitimidad o ilegitimidad del matrimonio de Sofía Loren. En ese mismo instante "en algún lugar de la Unión Soviética", un científico anónimo apretó un botón: el primer satélite artificial de la tierra, Sputnik I (que en ruso significa compañero), fue puesto a girar alrededor del globo terráqueo. La esfera construida de un material todavía desconocido, pero capaz de resistir la elevadísima temperatura provocada por la velocidad de lanzamiento, con 83,400 kilogramos de peso, 58 centímetros de diámetro, 4 antenas y 2 emisoras de radio, fue colocado en su órbita, a la altura de 900.000 metros y a una velocidad de 28.800 kilómetros por hora, por un cohete dirigido con una precisión inimaginable e impulsado por una fuerza insospechada. A raíz de la espectacular publicidad que se dio a este acontecimiento, uno de los más importantes de la historia de la humanidad, desde el punto de vista científico, los lectores de todos los periódicos del mundo hicieron en cuatro días un curso intensivo y completo de astronáutica. Lo único que no se conoce aún en relación con el Sputnik I, además del material en que está construido, es el combustible utilizado en el lanzamiento, y la hora exacta en que se puso en órbita. Los soviéticos tenían una razón para guardar ese secreto: a partir de la hora del lanzamiento, los científicos de los Estados Unidos hubieran podido calcular el sitio exacto en que fue lanzado. "Es un trasto sin importancia", declaró un militar americano cuando supo que la tierra tenía un satélite de fabricación soviética. Pero "ese trasto sin importancia", cuya trascendencia científica es incalculable, era al mismo tiempo la demostración de que Kruschev no había mentido cuando dijo que su país disponía de un cohete capaz de alcanzar cualquier objetivo del planeta. Si los rusos pudieron lanzar el Sputnik es porque, en realidad, disponían del super-cohete con que Kruschev amenazó a Occidentej dos meses antes.

La última canasta de Christian Dior

Un hombre había encontrado la manera de hacer su curso periodístico de astronáutica sin desatender sus múltiples ocupaciones: el costurero Christian Dior, que en su gigantesco establecimiento de la Avenida Montaigne, en París, trabajaba 15 horas al día antes de tomar sus vacaciones anuales. El 18 de octubre, Christian Dior dio por terminadas sus labores y se trasladó en automóvil al balneario italiano de Montecatini, acompañado de una muchacha de 17 años, María Colle y de la señora Raymendo Zanecker, su colaboradora más íntima. El objeto más precioso de su equipaje de siete valijas, era un maletín con medicamentos de urgencia a los cuales el modisto que más dinero ganó en 1957 debía recurrir en caso de urgencia. El 23, a las 10.35 de la noche, después de jugar canasta con un grupo de amigos en el Hotel de la Pace, Christian Dior, se sintió fatigado y se retiró a su habitación. Una

hora más tarde, despertada por un presentimiento, la señora Zanecker llamó tres veces a la puerta, con el maletín de los medicamentos. Era demasiado tarde. Un médico francés que habitaba en el mismo hotel, en pijama, a las 11.23 minutos, comprobó que Christian Dior, un hombre que no sabía hacer nada hace once años y que ahora era el costurero más conocido y más rico del mundo, había muerto de un colapso.

En Moscú donde los encargados de la moda resolvieron hace seis meses hacer todo lo posible porque el pueblo soviético —que viste muy mal— se vistiera mejor, se esperaba la visita de Christian Dior a principio del año entrante. La noticia de su muerte llegó en un momento en que el pueblo soviético se preparaba para celebrar el 40 aniversario de la revolución. El mundo occidental, a su vez, se preparaba para una revolución espectacular. Sabía que los soviéticos al lanzar el primer Sputnik, sólo habían soltado un ensayo, una muestra gratis del misterioso y colosal acontecimiento que tenían guardado para el 4 de noviembre. En la expectativa, como para mantener despierta la atención mundial, los soviéticos concedieron un reposo indefinido al mariscal Sukov, ministro de defensa, vencedor de Berlín y amigo personal del presidente Eisenhower. "Yo acabo de ver a Zukov —dijo esa noche Kruschev, muerto de risa, en la recepción ofrecida por la Embajada de Turquía en Moscú—. "Estamos buscando para él un puesto que esté de acuerdo con su capacidad". 72 horas después, al compás de los himnos marciales con que la Unión Soviética celebraba la víspera del aniversario de la revolución, el segundo Sputnik —tan grande y pesado como un automóvil— dio la primera vuelta alrededor de la tierra.

Ike pierde el Vanguard, pero no el humor

Los Estados Unidos, que ya habían tenido tiempo de reaccionar de la conmoción ocasionada en la opinión pública por el primer satélite, pararon esta vez el golpe con una ocurrencia magistral: con carácter casi oficial, pero sin que nadie respondiera de su autenticidad, se publicó la versión de que el 4 de noviembre a las 12 del día un proyectil soviético alcanzaría la Luna. Esa maniobra de propaganda logró que el 4 de noviembre, mientras el primer ser viviente —la perrita Laika— daba la vuelta a la tierra cada 96 minutos, occidente se sintiera un poco desilusionado: se tuvo la impresión de que no había sucedido absolutamente nada.

El 5 de noviembre, en su despacho color de rosa de la Casa Blanca, el presidente Eisenhower, severamente vestido de gris, recibió a los sabios de los Estados Unidos. En esa entrevista que duró exactamente una hora y 43 minutos, el hombre que fabricó el primer cohete de largo alcance, Werner von Braun, alemán nacionalizado en Norteamérica, habló la mayor parte del tiempo. En 1932 —cuando apenas tenía 18 años de edad— von Braun fue designado por Hitler para diseñar un cohete rudimentario, antepasado de la famosa V-2 y venerable abuelo del Sputnik. Este

hombre entusiasta, calvo y de vientre redondo que tiene de común con el presidente Eisenhower el gusto por las novelas de bandidos, convenció al primer mandatario de que los Estados Unidos tienen un sistema de defensiva y ataque mucho más avanzado que el de la Unión Soviética, concretamente en el dominio de los cohetes de largo alcance. Pero el presidente no quedó muy tranquilo. Pocas semanas después — cuando Ingrid Bergman y Roberto Rossellini rompieron de común acuerdo sus inseguros vínculos matrimoniales— el presidente sufrió un colapso al regresar del aeródromo de Washington donde recibió al rey de Marruecos. En París, una comisión de detectives del F.B.I. estudiaba cada centímetro cuadrado del híbrido Palacio de Chaillot para estar seguros de que nadie podría disparar contra el señor Eisenhower desde detrás de las numerosas y pálidas estatuas, en el curso de la inminente conferencia de la OTAN. Cuando se conoció la noticia de la enfermedad del presidente, los detectives regresaron a Washington, seguros de haber perdido el tiempo. Rodeado por los mejores médicos de los Estados Unidos, dispuesto a sacar fuerzas de flaqueza para asistir de todos modos a la conferencia de la OTAN, el señor Eisenhower sufrió un nuevo golpe. Un golpe que esta vez no estuvo dirigido contra su cerebro, sino contra su corazón, y contra el corazón mismo de la nación americana: el minúsculo satélite de los Estados Unidos, una pamplemusa de metal refractario cuya fotografía ya había sido publicada por todos los periódicos del mundo, rodó melancólicamente sobre los secos pedrazgos de Cabo Cañaveral después de que el enorme y costoso dispositivo de lanzamiento del cohete "Vanguardia" se despedazó en un aparatoso fracaso de humo y desilusión. Pocos días más tarde, con su extraordinaria capacidad para asimilar los golpes, con su amplia sonrisa de buen jugador y sus largos y seguros pasos de Johny Walker, el presidente Eisenhower desembarcó en París para inaugurar el último acontecimiento internacional del año: la conferencia de la OTAN.

KELLY SALE DE LA PENUMBRA

Entre la multitud que se doraba al sol en la playa de Los Caracas, el domingo 19 de enero, nadie reconoció a Patricio Kelly, el líder de la Alianza Revolucionaria Argentina, que en septiembre del año pasado se fugó disfrazado de mujer de la penitenciaría de Chile. Después del baño, vestido con un negro traje de alpaca demasiado bien hecho, demasiado intachable para pasar inadvertido, bailó por espacio de tres horas con la dama que lo acompañó durante todo el domingo. Muchos de quienes se encontraban en el salón habían visto su fotografía en las últimas 72 horas. Pero nadie lo reconoció.

Patricio Kelly y su misteriosa acompañante regresaron a Caracas al atardecer, a bordo de un Chevrolet azul celeste, demasiado nuevo, demasiado intachable para pasar inadvertido. Kelly estaba al volante. Se abrió paso con una habilidad muy prudente, pero al mismo tiempo muy decidida a través del embotellamiento dominical. Su manera de orientarse era la de un conductor que conoce la ciudad minuciosamente. Esa noche tomó un aperitivo en el "Gran Café", en Sabana Grande. El camarero se dirigió a él por su nombre: "Señor Kelly". A pesar de eso, tampoco él lo reconoció. Para el camarero no existía ninguna relación entre ese desenvuelto, simpático y generoso señor Kelly que toma whisky con soda al atardecer, y el intrépido protagonista de la fuga cinematográfica que hace cuatro meses provocó una explosión de titulares y fotografías en la prensa de América.

Patricio Kelly no ha cambiado de nombre en Caracas. No se ha escondido ni disfrazado. Ha llevado la vida normal de un hombre que conoce la ciudad por haber estado en ella en ocasiones anteriores. Estuvo en el "Cinerama". Ha comido en los restaurantes más concurridos, ha ido al cine hasta tres veces por semana e incluso ha frecuentado el mismo bar, todos los días a la misma hora, donde se ha familiarizado con los programas de televisión. El último sábado, a las 5.30, se mezcló a la multitud de los almacenes para comprar algunas cosas que faltaban a su apartamento. En varias ocasiones ha sido presentado con su nombre completo. Ha conversado ocasionalmente con hombres y mujeres que —por lo menos algunos de ellos y por lo menos alguna vez— habían visto su fotografía en los periódicos. Nunca había sido identificado.

Nadie habría podido imaginarse que un hombre perseguido por varios gobiernos, fugitivo de 13 cárceles, amenazado de muerte en su país después de que fue depuesto el gobierno de Perón y buscado ansiosamente por los periodistas de América, se atrevería a pasar una noche de sábado en la pista de baile del Hotel Tamanaco. Kelly ha estado allí varias veces, protegido por el hecho cierto y comprobado de que nadie lo habría creído tan audaz.

Para la fuga perfecta, una mujer debe llegar a las 7.30

Esa incorporación a la vida corriente no es inconsciencia, ni intrepidez, ni vanidad. Es la técnica de Patricio Kelly. El ha puesto en práctica, hasta un grado increíble, sus profundos conocimientos de la psicología de la vida corriente. En Santiago de Chile, mientras la policía practica 3.000 allanamientos en su busca, él cenó tres noches consecutivas en el Club Unión, y una vez a pocos metros del Comisario de Policía. Nunca estuvo escondido. Los siete disfraces que ha utilizado desde cuando se fugó de la prisión de Río Gallegos, en el helado y desierto paralelo 42, hasta llegar a Caracas, no fueron escogidos arbitrariamente. Fueron el resultado de un estudio lúcido, concienzudo, científico, de las circunstancias.

Sus espectaculares evasiones no han tenido nada de espectacular. Kelly no rompió jamás un candado ni sometió un guardián por la violencia. En septiembre, cuando se supo que se había evadido de la penitenciaría de Chile disfrazado de mujer, pudo pensarse que el organizador de tormentosas manifestaciones políticas había puesto eni práctica sus experiencias en la acción intrépida. La realidad era otra. Su fuga fue la culminación de muchos días de observaciones, de un análisis frío, inteligente y sereno dej las costumbres de sus guardianes.

Durante un mes, una mujer fue a visitarlo a la cárcel. Los celosos guardianes de la penitenciaría se hicieron rápidamente a la rutina de aquella mujer puntual, que entraba a las 7.30 como un reloj y salía a las 8.25. Mientras tanto, Patricio Kelly inició el largo y difícil aprendizaje da hacerse pasar por una mujer. Aprendió a caminar con tacones altos, a reproducir con naturalidad los más secretos ademanes de la coquetería femenina, a imprimir a su voz un registro exquisito. El 20 de septiembre, una semana antes de la evasión, el embajador de Argentina en Santiago previno al gobierno de Chile de que Patricio Kelly —cuya extradición estaba siendo tramitada— preparaba la fuga. La dirección de la cárcel tomó nota de la advertencia y se iniciaron los preparativos para trasladar al detenido a la sección más siniestra de la penitenciaría: el Patio Siberia, frente al paredón de los fusilados. Esa misma noche, la mujer de las 7.30 —que nunca se hizo pasar como visitante de Kelly— fue acompañada por otra mujer cuya única misión era coquetear con los guardianes. Dos hombres a quienes se ha encomendado la vigilancia de un prisionero pacífico y simpático, que dedica la mayor parte del tiempo a la lectura y no da ninguna muestra de impaciencia, podrían abandonar su puesto durante media hora para cumplir una cita con una mujer. Patricio Kelly no se equivocó en ese análisis.

El 28 de septiembre, a las 7.30 las dos mujeres entraron a la cárcel. A partir de ese momento, todos los minutos estaban calculados. La más antigua de ellas —que se había hecho familiar después de 30 visitas, a quien el personal de vigilancia conocía por sus ropas conocidas, el cabello conocido, por la puntualidad y hasta por la manera de andar— se quitó rápidamente las ropas conocidas, el cabello conocido, la otra concertaba una cena con los guardianes. En el proyecto de evasión se había calculado que sólo disponía de ocho minutos para maquillar a Kelly. Una mujer

puede maquillarse en menos tiempo, pero Kelly es un hombre de barba cerrada y dura, que debía disimularse con una crema fabricada expresamente para que parezcan menos viejos los actores de teatro. El solo maquillaje duró siete minutos. El proceso total: 18 minutos.

Dos mujeres salieron de la cárcel a la hora de costumbre: las 8.35. Después de cinco días de reticencias, de promesas aplazadas, la visitante más reciente aceptó la invitación de los guardianes. La otra se despidió del grupo en la esquina, anduvo treinta y cuatro metros y subió a un automóvil. Ese era Patricio Kelly. La propietaria de las ropas salió dos minutos después de él por una puerta sin guardias. Media hora más tarde el director de la penitenciaría fue a buscar a Kelly para trasladarlo a la celda de los condenados a muerte.

4 automóviles hacia el refugio más seguro: la vida corriente

En la primera ofensiva de esa misma noche, se previno a todos los puestos fronterizos de Chile, se allanaron 300 residencias, se describió a Kelly minuciosamente por todas las emisoras del país y se detuvieron 18 personas que se suponían comprometidas en la evasión. En la casa de la poetisa uruguaya Blanca Luz se encontró la peluca de Kelly y los elementos del maquillaje. La poetisa fue detenida. El el momento en que la conducían al correccional de mujeres el hombre buscado en todo Santiago estaba comiéndose un bisteck a caballo en un restaurante céntrico de la ciudad, sin ningún disfraz y a la vista de todo el mundo.

En realidad, Kelly no estuvo nunca en la casa de la poetisa Blanca Luz. El automóvil que abordó a 50 metros de la cárcel era uno de los cuatro que se utilizaron en la evasión. Cada uno de los conductores sabía con precisión el camino que debía recorrer, pero ignoraba la ruta del siguiente. En el primero, Kelly se deshizo de la peluca. En el segundo, encontró elementos para quitarse el maquillaje. En el último, encontró ropas de hombre, documentos falsos y dinero. Ese automóvil lo condujo directamente a un bar multitudinario, donde escuchó el primer boletín radial con el anuncio de su evasión.

Incorporado a la vida ordinaria de Santiago, el riesgo mayor estaba en el lugar que eligiera para dormir. Kelly disponía de tres apartamentos con puerta posterior. Una noche la policía derribó la puerta del cuarto donde él dormía e irrumpió en la habitación un minuto después de que Kelly la había abandonado. En previsión de que eso ocurriera alguna vez el fugitivo no estaba durmiendo en la cama. La policía encontró un lecho perfectamente ordenado y frío.

Seis días después de la evasión las autoridades de Santiago recibieron una información concreta: a bordo del "Reina del Mar", que había zarpado esa tarde, tres mujeres viajaban en el camarote 25, primera clase. Se informó que una de ellas era Kelly. Una flotilla de helicópteros alcanzó la nave en alta mar y la hizo regresar a Santiago. El "Reina del Mar", escoltado por helicópteros, entró al puerto esa misma

noche, en el instante en que Kelly salía del cine defraudado por la película, "La batalla del Río de la Plata". De allí fue directamente a su nuevo dormitorio, un lugar silencioso y plácido, con enormes sauces tristes bajo la Luna: el cementerio.

"Si yo me encontrara con ese pobre señor Kelly"

En sus preparativos de viaje, Kelly decidió recoger algunos efectos personales que estaban en poder del juez Ortiz Sandoval, el funcionario que había decidido su extradición. "No era un golpe espectacular —dice Kelly—. "Uno valora los riesgos de acuerdo con la importancia de los actos". Y aquella visita a la residencia particular del funcionario encargado de devolverlo al gobierno argentino merecía cualquier riesgo. Se trataba de rescatar los retratos de sus dos hijos —un varón y una hembra— tomados en Buenos Aires en la primera fiesta de disfraces a que asistieron, él disfrazado de cow-boy, ella disfrazada de hada madrina. Kelly entró en la residencia del juez Ortiz Sandoval, vestido de deshollinador, un jueves a las 3.30 de lal tarde, con la venia de los criados. Ellos —procesados más tarde— encontraron perfectamente natural que la chimenea fuera deshollinada en octubre, puesto que había estado en servicio durante todo el invierno. Kelly se llevó los retratos de sus niños —dos estampas en colores con marcos de cobre—, pero las conveniencias lo obligaron a prestarle un servicio a su perseguidor. Limpió verdaderamente la chimenea.

Antes de abandonar Santiago —en el baúl de un Chevrolet sin frenos— Kelly cumplió su deber de caballero. Fue a darle las gracias a la poetisa Blanca Luz, en el correccional de mujeres, disfrazado de sacerdote. Fue una visita de 56 minutos en presencia de dos guardias. Esa misma noche, a los primeros soplos de la helada primaveral austral, abandonó Santiago.

Después de conversar varias horas con Patricio Kelly, de haber escuchado el apasionante relato de su aventura, se piensa que la clave de su personalidad es la virtud de no; apresurarse. Su odisea por el norte de Chile, en viaje hacia la libertad intrépida y azarosa, es una larga enumeración de detalles sometidos a un cálculo milimétrico. Su elocuencia, su cordialidad un poco desconcertante, sus ademanes desenvueltos, no alcanzan a disimular por completo una personalidad sometida a una autovigilancia implacable. Esa debió ser la fuerza que derrotó a sus perseguidores, durante los 59 días que duró su odisea por el norte de Chile, hacia una libertad incierta y remota.

Tuvo golpes de suerte. La expedición que salió a cerrarle el paso desde la frontera de Bolivia, se extravió en la ruta, mientras él no erró una sola vez su itinerario. En una casa campesina donde solicitó un refugio momentáneo, la dueña de la casa, impresionada por los boletines radiales, manifestó en su presencia: "Si yo me encontrara con ese señor Kelly, a quien todo el mundo persigue, lo escondería en mi

casa". El se identificó. Aquel golpe de suerte le hizo más transitable el camino hacia la libertad.

Antes de llegar a Caracas, Kelly, pasó un tiempo en Panamá. Incluso entonces se vio precisado a recurrir a su extraordinario sentido del cálculo para no volver a la cárcel. Bajo el nombre de Mario Vásquez, capitán de navío de la Armada Argentina, se colocó a muchos metros sobre el nivel de cualquier sospecha. Allí tomó un avión comercial que lo condujo a Caracas. Ahora su situación está perfectamente legalizada, pero el ciudadano Kelly, aficionado a los largos aperitivos y a la música popular de su país, continúa sometiendo cada acto, cada palabra, a un control riguroso. Es un hombre que sabe decir "no" sin decirlo, con un amplio ademán que bien merecía un discreto olor de lavanda. Parece inteligente, astuto, tenaz y capaz de aplicar sus defectos y todas sus virtudes en un solo instante y en las circunstancias más disímiles: en una maniobra política, en una cita de amor, en una partida de poker o en una entrevista de prensa.

Los duros meses en prisión, una vida política intensa y precoz, no han dejado huellas visibles en su rostro. Tiene la edad que representa: 38 años. Se comprende que las mujeres lo admiren por las mismas razones porque admiraron a Humphrey Bogart.

EL CLERO EN LA LUCHA

El 1º de mayo del año pasado —fiesta del trabajo— los curas párrocos de Venezuela leyeron en los púlpitos una Carta Pastoral del Arzobispo de Caracas, Monseñor Rafael Arias. En ella se analizaba la situación obrera del país, se planteaba francamente los problemas de la clase trabajadora y se evocaba en sus términos esenciales la doctrina social de la Iglesia. Desde Caracas hasta Puerto Páez, en el Apure; desde las solemnes naves de la Catedral Metropolitana hasta la destartalada Iglesita de Mauroa, en el Territorio Federal Amazonas, la voz de la Iglesia —una voz que tiene 20 siglos— sacudió la conciencia nacional y encendió la primera chispa de la subversión.

Monseñor Rafael Arias, un hombre macizo y apacible! que habla con la misma sencillez y la misma cadencia criolla de cualquier venezolano corriente, había meditado mucho antes de escribir la primera línea de aquella Pastoral. La idea nació del conocimiento general que tenía el Arzobispo de la realidad del país, por apreciación directa y por las conversaciones con sus párrocos. En un estudio económico de las Naciones Unidas, que recibió por correo, se enteró de que la producción per cápita de Venezuela había subido al índice de 500 dólares, pero que esa riqueza no se distribuía de manera que llegara a todos los venezolanos. "Una inmensa masa de nuestro pueblo —observó el Arzobispo en una de sus primeras notas— está viviendo en condiciones que no se pueden calificar de humanas". Poco antes, el Cardenal Caggiano, Legado Pontificio al II Congreso Eucarístico Bolivariano, había planteado ese problema en la sesión extraordinaria que celebró en su honor el Concejo del Distrito Federal. "Venezuela —dijo en esa ocasión el Cardenal Caggiano— tiene tanta riqueza que podría enriquecer a todos, sin que haya miseria y pobreza, porque hay dinero para que no haya miseria"

No había una fecha prevista para la publicación de la Pastoral. Monseñor Arias se había hecho el propósito de que fuera un documento breve, claro, directo e invulnerable. Al principio del año pasado ordenó a la Juventud Obrera Católica adelantar una encuesta que le permitiera formarse un juicio sereno de la realidad nacional. La encuesta duró dos meses. Con una completa documentación en el despacho, después de haber conversado, no sólo con los párrocos de Caracas sino con los que vinieron de las más remotas aldeas de provincia, el arzobispo inició la redacción de sus notas, de su puño y letra. En 45 días de trabajo, de consulta con sus asesores, la primera copia definitiva —once hojas a máquina, a doble espacio— estuvo lista en la primera semana de abril. Entonces pareció muy apropiada para su publicación la fecha del 1° de mayo, día del trabajo, fiesta del patriarca carpintero, San José. Fue precisa una actividad extraordinaria para que la Pastoral estuviere en todas las parroquias de Venezuela en la fecha convenida. Fue dada, sellada, refrendada en Caracas a las 10.30 de la mañana del lunes 29 de abril. Dos días después fue leída en los pulpitos. A fines de la semana le había dado la vuelta al país

y trascendido al exterior, donde se consideró como una brecha en el cintura de acero creado por la censura de prensa. La primera edición —repartida gratuitamente por los párrocos— se agotó en ocho días. Algunos especuladores se hicieron con un considerable número de ejemplares y los vendieron a Bs. 10.

Una semana antes de la publicación de la Pastoral —el 24 de abril— Pérez Jiménez pronunció un discurso espectacular en el Congreso, en el cual hizo una apoteósica enumeración de la obra material adelantada por su gobierno y se refirió a los elevados salarios del obrero venezolano. Ese día la Pastoral estaba hecha. Pero el ministro del Interior, Laureano Vallenilla Lanz, no entendía esa clase de argumentos. En su opinión la Pastoral del 1º de mayo era una réplica del discurso presidencial del 24 de abril. El jueves 2 de mayo, a las 11.00 de la mañana, citó a su despacho al Arzobispo de Caracas, no en una nota especial, sino por teléfono. Monseñor Arias concurrió a la convocatoria esa misma tarde y tuvo que esperar en la desierta antesala del Ministerio del Interior. Vallenilla Lanz solía recordar aquella entrevista con un orgullo evidente. "Me di el gusto —decía— de hacer esperar al Arzobispo durante hora y media". En realidad, Monseñor Arias —que es un hombre humilde— no esperó más de media hora. A las 3.30 de la tarde pasó al despacho del Ministro del Interior, donde se le comunicó el pensamiento oficial.

Vallenilla no iba a misa, pero conocía los sermones

Fue una entrevista breve, en la cual Vallenilla Lanz habló casi todo el tiempo, y casi exclusivamente de la obra material del Gobierno. Cuando Monseñor Arias abandonó el despacho se le había hecho saber que el Gobierno haría publicar en los periódicos una respuesta a la Pastoral. Pero esa respuesta no apareció jamás. A cambio de ella, el Ministro del Trabajo dirigió al Arzobispo una carta privada —con fecha 10 de mayo— que era una edición corregida y aumentada del discurso de Pérez Jiménez. El argumento más poderoso contra la Carta Pastoral, según el Ministro del Trabajo, era la construcción de la Casa Sindical y el Balneario de Los Caracas. Los párrocos de Venezuela sabían desde ese momento cuál era su deber: predicar la doctrina social de la Iglesia. Cada domingo, en los púlpitos de Caracas, se pronunciaban sermones, cuyo rumor inquietaba, el lunes en la mañana, el desayuno de Vallenilla Lanz.

Particularmente uno de los sacerdotes de Caracas —el padre Jesús Hernández Chapellín— asumió una posición combativa. Joven, de una salud a toda prueba y un notable valor personal, el padre Hernández Chapellín, director de "La Religión", se sentaba todas las noches frente a su máquina de escribir a ejercer su doble ministerio de sacerdote y periodista. El 13 de agosto, Vallenilla Lanz —bajo el pseudónimo de R. H.—publicó en "El Heraldo" una interpretación atolondrada y arbitraria de la justicia social. Al día siguiente, el padre Hernández Chapellín publicó una réplica que no mandó a la censura porque sabía que la censura no la

habría dejado pasar. *Orientaciones a R. H.* A las 10 de la mañana, una llamada telefónica del Ministerio del Interior lo despertó en su residencia particular. El propio Vallenilla Lanz estaba al teléfono. "Padre —dijo el Ministro del Interior, sin preámbulos—: es necesario que Ud. modifique su actitud".

También sin preámbulos, el director de "La Religión" respondió: "Mis editoriales los pienso y los medito bien, luego los escribo y los lanzo y me importa poco lo que Ud. piense de ellos".

Lanz no respondió nada, sino que citó al padre Hernández Chapellín a su despacho esa tarde a las 5 en punto. El sacerdote llegó con cinco minutos de retraso.

En hora y media, el padre Hernández se hizo conspirador

La entrevista duró un poco más que la de Monseñor Arias y esta vez fue el sacerdote quien habló casi todo el tiempo. Vallenilla Lanz, vestido de gris y un poco pálido, no había tenido tiempo de iniciar el diálogo, cuando el director de "La Religión" tomó la iniciativa. "Voy a hablar —dijo— más que todo como sacerdote que sólo teme a Dios. Con el régimen que ustedes tienen en Venezuela casi todo el pueblo los odia y los detesta".

Vallenilla Lanz enrojeció.

—¿Por qué? —preguntó tímidamente.

—Porque ustedes tienen un régimen de pánico con la Seguridad Nacional. Es la espada de Damocles sobre la cabeza de cada venezolano. Las lágrimas y la sangre y la cantidad de muertos...

—¿Cuáles muertos? —interrumpió Vallenilla Lanz, con un aire de cándida inocencia.

El padre Hernández Chapellín enumeró, con sus nombres propios, 10 víctimas del régimen. "Y los que no sabemos —agregó—. "Y los exiliados políticos".

Vallenilla empezó a reaccionar.

—Usted llama exiliados políticos a bandidos como Rómulo Betancourt, dijo.

—Betancourt y yo —replicó el padre Hernández Chapellín— estamos en trincheras opuestas, como otros muchos exiliados. Pero ellos también son venezolanos y aquí deben estar para que les demos la pelea en el terreno ideológico.

Los dos hombres estaban solos en el despacho. El sacerdote, con ese entusiasmo un poco estudiantil con que habla con sus amigos en la redacción de su periódico, siguió enumerando las razones por las cuales el régimen de Pérez Jiménez era una maquinaria de terror. Dijo: "Si cuando el general se tomó el poder hubiera hecho elecciones libres en vez de proseguir y de trancarle la voz a la prensa, se hubiera inmortalizado. Pero la realidad es otra cosa. Se quedó en el poder por un golpe de Estado al derecho de sufragio".

El padre Hernández Chapellín abandonó el despacho a las 6.30, cuando ya habían salido los empleados del Ministerio. Con un cinismo inconmovible, Vallenilla Lanz lo

acompañó hasta la puerta, lo despidió con un abrazo y le dijo: "Las puertas de mi despacho estarán siempre abiertas para usted". Pero el padre Hernández no volvió a franquearlas. Siguió librando la batalla desde su modesta oficina de periodista. Pocas semanas más tarde, su robusto y combativo colega, Fabricio Ojeda, se presentó a la redacción de "La Religión".

—Padre —dijo Fabricio Ojeda— vengo a decirle una rosa como si fuera una confesión: yo soy el Presidente de la Junta Patriótica.

A partir de ese día, el padre Hernández Chapellín no fue solamente un sacerdote dispuesto a sacar adelante la doctrina social de la Iglesia ni solamente un periodista de la oposición. Fue también un conspirador.

Lluvia de volantes en la Catedral

En su plácido despacho de la Catedral Metropolitana, de espaldas a un estante atiborrado de libros que cubre toda una pared, el padre José Sarratud recibió el 11 de julio a las 2 de la tarde una llamada telefónica del Ministerio de Justicia. El padre Sarratud, que es muy joven, pero que parece más joven de lo que es, no tenía motivos para conocer la voz del Ministro de Justicia: era la primera vez que la escuchaba. En pocas palabras, el Ministro le dijo: "Padre, usted está atacando al gobierno en sus sermones". El padre Sarratud, sin levantar la voz, sin el menor indicio de alteración, respondió: "No hago otra cosa que predicar la doctrina social de la Iglesia".

Durante un mes entero, no modificó el tono de sus sermones. En septiembre volvió a llamarlo el Ministro de Justicia y el padre Sarratud volvió a responder: "Señor Ministro, no hago otra cosa que predicar la doctrina social de la Iglesia". Poco tiempo después, un incidente habría de llevar el nombre del padre José Sarratud hasta el sombrío despacho de Pedro Estrada. Ocurrió el 12 de diciembre, durante la manifestación de mujeres a un costado de la Catedral, un hombre gritó: "¡Abajo Pérez Jiménez!" Tratando de alcanzarlo, un policía se abrió paso entre las mujeres y agredió a una de ellas, encinta. Seis hombres atacaron al agente. De pronto, sin que nadie hubiera sabido en qué momento, millares de volantes contra el gobierno cayeron sobre la multitud. Habían sido lanzados desde la torre de la Catedral. Pedro Estrada hizo averiguaciones y descubrió que aquellos volantes habían sido impresos en el multígrafo de la Catedral, puesto al cuidado del padre Sarratud. El director de la S. N. esperó un momento propicio para actuar.

Ese momento propicio se presentó el 1º de mayo a raíz del levantamiento de Maracay. Desde cuando volaron los primeros aviones sobre Caracas, Estrada se asiló en la Embajada de Santo Domingo. Pero al día siguiente, cuando supo que el golpe había fracasado, se instaló en su despacho de la avenida México, a dirigir personalmente las represalias. El 3 de enero, el Arzobispo le dijo por teléfono al padre Sarratud que Pedro Estrada lo estaba buscando desde hacía tres días. El

sacerdote, que no se había escondido, se echó al bolsillo el breviario y se dirigió en automóvil a la Seguridad Nacional. Lo recibió Miguel Sanz, quien sin fórmula de juicio lo mandó a la celda. En el cuarto piso de la Seguridad Nacional se llevó una sorpresa: allí había, detenidos, cuatro sacerdotes más. Se les acusaba de que sus sermones eran la causa moral del levantamiento militar.

Monseñor Moneada al Negro Sanz: "En los afectos no se mete ni Dios" — 5 sacerdotes presos: El gobierno se cae a pedazos

Al padre Alfredo Osiglia lo fueron a buscar cuatro detectives armados, en la mañana del 2, hasta la Iglesia de la Candelaria, donde acababa de decir la misa. A las 3 de la tarde, Monseñor Delfín Moneada, después de almorzar en su casa de los Chaguaramos, llegó en su modesto automóvil negro al despacho parroquial de Chacao, y allí lo esperaba un hombre de apariencia humilde. Era un enviado de Pedro Estrada. Monseñor Moneada se comunicó con el Arzobispo por teléfono y se dirigió solo, a la Seguridad Nacional. Lo condujeron al despacho de Sanz. Sentado en un rústico banco de madera, ese sacerdote sólido y sanguíneo, pero de edad avanzada, esperó al segundo de Pedro Estrada durante siete horas, minuto a minuto. Había ido con el propósito de dejar constancia, pero dos guardias armados de ametralladoras le comunicaron que estaba detenido. Al atardecer, Monseñor Moneada pidió permiso para ir al baño. Los guardias lo acompañaron, encañonándolo, y no le permitieron cerrar la puerta.

A las 11 de la noche, rodeado de sus guardaespaldas, entró Miguel Sanz. "Usted — dijo, dirigiéndose a Monseñor Moneada— encabeza la lista de cinco sacerdotes que son los autores morales del cuartelazo de Maracay". Luego, sin solución de continuidad, agregó:

—Además, usted se ha mostrado desatento con el Presidente.

—En los afectos no se mete ni Dios, respondió Monseñor Moncada.

—Vaya a predicar eso allá arriba —replicó el negro Sanz.

Allá arriba, en el cuarto piso, estaba desde el mediodía el padre Jesús Hernández Chapellín, el único de los cinco sacerdotes que fue sentenciado personalmente por Pedro Estrada. Para el director de "La Religión" la Seguridad Nacional destacó ocho detectives: 4 en su oficina y 4 en su casa. El padre Hernández Chapellín, que no quiso presentarse a la Seguridad antes de hablar con el Arzobispo, eludió los sitios habituales y almorzó en casa de unos parientes suyos, en el Cementerio. De allí se comunicó por teléfono con Monseñor Arias, quien envió a un sacerdote para que lo acompañara a la avenida México. A las 2 de la tarde, impecablemente vestido de azul claro y con corbata blanca, Pedro Estrada lo hizo pasar a su despacho.

—Padre —le dijo—: usted está complicado en el golpe militar de ayer. Ese es el resultado de sus editoriales que son incendiarios, revolucionarios y que no parecen de un Ministro de Dios.

Pedro Estrada no levantó los ojos en ningún momento de la entrevista. Hablaba con la cabeza inclinada, eludiendo sistemáticamente la mirada segura del padre Hernández Chapellín.

—No refuto lo de Maracay —respondió el director de "La Religión"— porque me parece infantil. En cuanto a mis editoriales, le diré que me tiene sin cuidado lo que ustedes piensen y no es mi culpa si ustedes se ven retratados en ellos.

—¿Usted no está de acuerdo con el régimen? — preguntó Pedro Estrada.

—No. Estoy en completo desacuerdo.

Estrada no se atrevió a hacerse responsable de su detención. Dijo que tenía órdenes superiores. El padre Hernández Chapellín fue conducido al pabellón destinado a los cinco sacerdotes. Sólo uno de ellos salía todas las noches a dormir a su casa, el padre Pablo Barnola, de la Universidad Católica. Querían que se asilara para que abandonara el país. Pero el padre Barnola no lo hizo. Sus compañeros de prisión le llamaban "el semi-interno". La única visita que se les permitió fue la del doctor Guillermo Altuve Carrillo, enviado personal de Pérez Jiménez, el domingo 5 de enero. Trató de convencerlos de que modificaran su actitud en relación con el gobierno. Pero ellos se mostraron inflexibles. El doctor Altuve Carrillo, furibundo, les lanzó una amenaza:

—Sepan que no tumbarán al gobierno.

Aquella amenaza no duró mucho tiempo. El 15 de enero, el gobierno empezó a caerse a pedazos. Pedro Estrada abandonó el país. El coronel Teófilo Velasco, quien lo reemplazó, puso en libertad a los cinco sacerdotes.

El padre Alvarez, de La Pastora, un conspirador a rueda libre

La ciudad que ellos encontraron al salir de la cárcel había sufrido una transformación sensacional. Todo el mundo, desde el industrial en su gerencia hasta el vendedor ambulante en la calle, estaba conspirando. En la humilde parroquia de La Pastora, el padre Rafael María Alvarez Flegel —156 centímetros cargados de un dinamismo incontenible— estaba comprometido hasta los huesos en la conspiración. En los primeros días de enero, un sobrino suyo, Ramón Antonio Alvarez Cabrera, estudiante del Colegio Carabobo, le informó confidencialmente que estaba actuando en contacto con la Junta Patriótica. Necesitaban un multígrafo. El padre Alvarez no se conformó con compartir el secreto y prestar el multígrafo de la parroquia para reproducir los volantes clandestinos, sino que hizo las copias en su máquina y trabajó personalmente en la impresión. Usaba guantes para evitar las huellas digitales. Durante los primeros 15 días del año, sin ningún contacto directo con la Junta Patriótica, el padre Alvarez ocupó la jornada entera en su ejemplar trabajo de conspirador espontáneo. Los muchachos llevaban el papel en la mañana y volvían en la noche por las copias. En varias parroquias se adelantaba una actividad semejante. Apenas salido de la cárcel, el padre Sarratud entró en

contacto con otros grupos estudiantiles que celebraban reuniones en una dependencia de la Catedral e imprimían allí volantes clandestinos.

A medida que se acercaba el martes 21, el padre Alvarez sentía que los días le quedaban cortos. La huelga general estaba preparada, pero el efervescente párroco de La Pastora en su solitario y escueto despacho, sin otro contacto con el gigantesco mecanismo de la conspiración que su grupo de estudiantes, sentía que algo faltaba: un ultimátum a Pérez Jiménez, con condiciones concretas. En la noche del 19 redactó él mismo, por su cuenta y riesgo, el último volante, y se tomó la libertad de firmarlo: "La Junta Patriótica". No se conformó con imprimirlo, sino que puso al correo urbano en sobres cerrados una copia para Pérez Jiménez y cada uno de sus Ministros. En su cuarto, debajo de la estrecha cama de hierro pintada de azul, quedaron 500 ejemplares que los muchachos irían a buscar esa noche.

Los esperó hasta las 11. Antes de acostarse dio orden al sacristán de no quitar las cuerdas de las campanas para que los huelguistas pudieran tocarlas al día siguiente, a las 12 en punto. Se durmió a la media noche después de escuchar los últimos boletines de la radio. A la 1.30, varios golpes a la puerta lo despertaron sobresaltado. Una voz masculina gritó: ¡Padre, acompáñenos, para que bautice un niño que se está muriendo! El padre Alvarez abrió la puerta y vio al resplandor de las bombillas del patio cuatro hombres oscuros, con las manos en los bolsillos. Eran agentes de la Seguridad Nacional.

Las campanas de la mayoría de las iglesias de Caracas anunciaron a las 12 el principio de la huelga general. La policía había destacado agentes para evitarlo, pero los sacristanes tenían órdenes terminantes de facilitar la entrada de los huelguistas. A Monseñor Moncada lo visitó el prefecto de Chacao, a las 11 de la mañana, para advertirle que sería sancionado si tocaba las campanas. El sacerdote respondió que la policía no podía prohibir la costumbre secular de dar las 12, seguidas por un breve repique. Protegido por el pueblo, el sacristán repicó tres minutos por cuenta del párroco y tres minutos más por su propia cuenta.

En La Candelaria, la policía estuvo a punto de enloquecer con unas campanas que sonaban sin campanero. El párroco había instalado a los altoparlantes una cinta magnética, que giró —repicando— durante varias horas. El párroco contempló el espectáculo desde el abasto de enfrente, vestido de civil.

Al padre Alvarez le habría gustado tocar las campanas con sus propias manos. Pero a esa hora estaba detenido en el Convento de los Padres Benedictinos de San José del Avila. Los agentes de la Seguridad habían pasado la madrugada en su dormitorio, esperando instrucciones. Uno de los estudiantes llamó por teléfono y fue un detective quien respondió. "A qué hora es la misa", preguntó el estudiante. "No hay misa", respondió el detective sin saber que aquello era una clave. Por esa respuesta supieron los muchachos que el padre Alvarez estaba en poder de la Seguridad. Acompañado por el Arzobispo, el coronel Velasco se dirigió a La Pastora a las 6 de la mañana y se opuso a que el párroco fuera conducido a la Seguridad.

Desde su celda conventual, el padre Alvarez oyó las campanas, las cornetas y los pitos de las fábricas, y supo entonces que su labor no había sido inútil y que antes de 48 horas estaría de nuevo en su púlpito.

El Arzobispo se encontraba en una situación difícil: no podía intervenir directamente en política, pero tampoco podía —ni como miembro ilustre de la Iglesia ni como venezolano— impedir el trabajo subversivo de sus párrocos. Las relaciones entre Venezuela y el Vaticano habían llegado a un peligroso grado de tirantez. El Nuncio Apostólico había protegido en la Nunciatura al político Rafael Caldera y a un oficial del levantamiento de Maracay. Monseñor Jesús María Pellín —cuyo despacho es una biblioteca blindada de 14.000 volúmenes— había pronunciado un sermón sobre el prevaricato y se había visto precisado a abandonar discretamente el país. Como miembro, varias veces re-electo, del Comité de Libertad de Prensa de la SIP —Sociedad Interamericana de Prensa— había firmado una declaración en la cual se condenaba el régimen de Pérez Jiménez por haber amordazado a la prensa.

En todos los frentes la Iglesia participaba en la resistencia. Los colegios dirigidos por religiosos estuvieron entre los primeros que echaron sus alumnos a la calle para que se manifestaran contra el régimen. El régimen lo sabía, pero ya en enero habría podido encarcelar a todos los sacerdotes de Venezuela sin ningún resultado. La fuerza democrática se había desencadenado. Monseñor Hortensio Carrillo, párroco de Santa Teresa, tenía informes de que la policía y la Seguridad, a espaldas del coronel Velasco, tenían preparado un asalto a su templo. Sólo se esperaba una oportunidad.

Monseñor Carrillo no podía renunciar a su deber. El martes 21 un poco antes del mediodía, estaba diciendo su misa ordinaria cuando una manifestación de médicos perseguida por la policía se refugió en la Iglesia. En la confusión, la misa fue interrumpida, y agentes uniformados y civiles irrumpieron en el recinto, armados de fusiles y ametralladoras. En un instante la Iglesia de Santa Teresa se impregnó de gases lacrimógenos, pero los policías impidieron la salida de las 500 personas —hombres, mujeres y niños— que se asfixiaban en el interior. Una bomba estalló a pocos metros de Monseñor Carrillo. Los fragmentos se le incrustaron en las piernas y el párroco, con la sotana en llamas, se arrastró hasta el altar mayor. A pesar de la confusión, un grupo de mujeres mojaron sus pañuelos en el agua bendita de la sacristía y apagaron la sotana del párroco.

Cuando la Iglesia fue evacuada, la policía se opuso, incluso, a que las ambulancias se llevaran oportunamente a los heridos. El Arzobispo llamó por teléfono al comandante de la policía, Nieto Bastos, cuando todavía la Iglesia estaba sitiada. Nieto Bastos respondió: Son ellos quienes están acribillando a la policía.

Monseñor Carrillo no pudo ser conducido al hospital. Con las piernas inutilizadas por los fragmentos de la bomba fue llevado al despacho parroquial, hasta donde logró penetrar, al atardecer, un médico que le prestó los primeros auxilios. El

sacerdote fue sentado en un escritorio frente a una puerta que da directamente sobre la calle. Una patrulla de policía hizo tres descargas contra la puerta: un tiro de fusil, otro de revólver y una ráfaga de ametralladora. La bala de fusil perforó la puerta, atravesó el despacho y se incrustó en la pared del fondo, a 20 centímetros sobre la cabeza de Monseñor Carrillo.

Durante toda la noche, mientras el párroco sufría en su dormitorio del primer piso, presa de terribles dolores, la policía disparó contra la Iglesia para dar la impresión de que allí habían grupos atrincherados. Energúmenos, subrayaban las descargas con toda clase de expresiones obscenas. Pero Monseñor Carrillo, a pesar de su estado, sabía que aquel asedio no podía durar mucho tiempo. Así fue. El heroico pueblo de Caracas, con piedras y botellas, descongestionó el sector a la mañana siguiente. Horas después el párroco experimentó una inmensa sensación de alivio. La misma sensación de alivio que experimentó Venezuela. Era ña madrugada del 23 de enero. El régimen había sido derrocado.

LA GENERACIÓN DE LOS PERSEGUIDOS

Con Rómulo Betancourt —el domingo pasado— acabaron de incorporarse al país los cuatro dirigentes políticos de Venezuela. Tres de ellos vinieron de Nueva York. El cuarto —Gustavo Machado— vino de México. Todos viajaban en avión y fueron recibidos en Maiquetía por una multitud que, punto más punto menos, era siempre la misma. Sus discursos de regreso, aparte los matices impuestos por las diferencias doctrinarias, tuvieron un objetivo común: la unidad.

Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Rómulo Betancourt y Gustavo Machado, no pertenecen estrictamente a la misma generación. El mayor de ellos, Machado, va a cumplir 60 años, pero es un hombre de una conservación física sorprendente: robusto, derecho y dinámico, a quien muy bien pueden atribuirse los 42 años del menor de todos, que podría ser su hijo: Rafael Caldera. En cambio, entre Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt —que tienen exactamente la misma edad— podría presentarse otra clase de confusiones: Villalba parece tener más de 50 años, a causa de la calvicie y Betancourt parece tener menos, a pesar de ser el único de los cuatro que tiene un nieto.

La diferencia de edad es sólo un accidente. Por ser mayor, Gustavo Machado fue el que empezó primero a quitarle el sueño a la dictadura de Juan Vicente Gómez. En 1913 —cuando Villalba jugaba trompos en Pampatar, Isla de Margarita y Betancourt se divertía con soldados de plomo en Guatire— Machado se embarcó en la primera aventura armada contra la dictadura. Fue el primer exiliado de los cuatro. Por ser menor, Rafael Caldera no participó en el legendario y romántico levantamiento de abril de 1928, que le dio el nombre a la generación. Pero, desde un punto de vista histórico, Machado con sus 60 años, Caldera con sus 42, Villalba con su calvicie y Betancourt con su nieto acabado de nacer, hacen parte de una misma generación: la generación de los perseguidos.

Por primera vez desde cuando empezaron a ser políticos, desde cuando empezaron a ser prácticamente perseguidos profesionales, los cuatro han sido recibidos con una manifestación pública y han podido pasar directamente del exilio a la tribuna. Hay que tener fe en que éste fue su último exilio. El pueblo venezolano expulsó del poder a una camarilla de advenedizos para que pudieran regresar cuatro hombres que, de una manera u otra, de acuerdo o en desacuerdo, han estado siempre juntos en la historia de los últimos 30 años, pero que por primera vez ahora constituyen una camarilla. La camarilla democrática y popular empeñada en devolver a Venezuela su fisonomía institucional.

En las bodegas de un barco nazi, un polizón regresa feliz: Jóvito

El regreso del primer exilio fue bien diferente a éste. Juan Vicente Gómez se murió de muerte natural, en Maracay, cuando Jóvito Villalba se encontraba en Trinidad.

Estaba conspirando, buscando contactos con la oposición, para evitar que Gómez fuera reelegido para el nuevo período presidencial que se iniciaba el 19 de abril de 1936. Cuando Villalba conoció la noticia de la muerte del dictador, trató de embarcarse inmediatamente para Venezuela, pero el cónsul de Trinidad le negó la visa. Entonces decidió repatriarse de contrabando. Se metió de polizón en un barco nazi que estaba cargando carbón y llegó a La Guaira mientras todo el país estaba comiendo hallacas: la Nochebuena de 1935. El prefecto de La Guaira, que no sabía qué hacer con el recién llegado lo invitó a celebrar la fiesta, mientras el Presidente López Contreras le decía por telégrafo qué hacía con el repatriado.

Rómulo Betancourt se encontraba en Costa Rica, donde se casó y nació su primera hija. Era un conspirador de trayectoria continental, que había pronunciado conferencias y tramado desembarcos armados en Venezuela, desde casi todos los países del Caribe. A la muerte de Gómez —como a Villalba— el cónsul en Costa Rica le negó inicialmente la visa de reingreso. También el pensó en la repatriación clandestina, pero a última hora obtuvo el permiso y regresó por la puerta legal.

Machado, que había conocido medio mundo en el exilio, que se había hecho comunista en la Universidad de París, que durante varios años había buscado un barco para tomarse a Venezuela y había ido a pedirlo incluso a Moscú, estaba conspirando en el Caribe cuando supo de la muerte de Gómez. Inmediatamente regresó al país. El único que no tuvo que regresar en esa ocasión fue el benjamín de la política venezolana, Rafael Caldera, que apenas había tenido tiempo de prepararse para la Universidad. Se había ganado, sistemáticamente, todos los premios del Colegio San Ignacio. No conocía aún a los otros tres hombres que desde ángulos distintos habían de formar con él —en enero de 1958— el cuadrado de la unidad nacional. Los conoció en ese delirante mes de febrero de 1936 en que los cuatro hombres, ya formados para la lucha futura, coincidieron por primera vez en la vida pública venezolana.

Machado hace reír a Moscú pidiendo un barco para tumbar a Gómez

Por razones de edad, el exilio más largo fue el de Gustavo Machado, sencillamente porque fue el primer exiliado. Salió de Maiquetía en agosto de 1919, con otros compañeros de aventuras políticas, en un bote que lo llevó a Curazao por 12.000 bolívares. Es el pasaje más caro que ha pagado en su vida. De allí pasó a los Estados Unidos, entre la inflexible y revenida aristocracia de Boston, donde el joven aristócrata de Caracas, escribía cartas en español para una empresa curtidora de cuero. De esa época —la única en que ha tenido dificultades económicas— Machado recuerda dos cosas: las conversaciones con los estudiantes de Harvard, que estimularon sus inquietudes intelectuales y el insoportable olor de la tenería. Ambas cosas lo obligaron a viajar a París.

Cuando llegó a Europa, a los 22 años, Machado tenía una serie de ideas confusas en la cabeza, que se resolvían de una manera simplista en la necesidad de tumbar a Juan Vicente Gómez. Hacía tres años que había triunfado en Rusia la revolución del proletariado, pero él no sabía aún qué era el comunismo ni conocía los libros de Marx. No había ninguna razón para que se preocupara de esas cosas. En realidad, de los cuatro políticos venezolanos, el comunista es el único que nació en una familia rica y aristocrática, de un conservatismo cerrado. En su exilio —y él mismo lo reconoce, pues no quiere adjudicarse un falso prestigio de mártir— no tuvo dificultades económicas. Los cheques de su familia le llegaban puntualmente.

En París ocupó una pieza en el 88, Boulevard Port Royal, a pocas cuadras de Montparnasse, donde se emborrachaba Ernest Hemingway. Se matriculó en la Facultad de Derecho, donde el profesor de economía política sustentaba alegremente un sofisma: "En la Unión Soviética —decía— no está abolida la propiedad, puesto que existe la propiedad colectiva". Machado quiso saber cómo era la cosa y empezó a estudiar el marxismo y a comprar "L'Humanité", el periódico del partido comunista francés. Así fue como entró en contacto con las ideas que hoy defiende.

De regreso a América, en 1923 y ya con su grado de doctoren Derecho, su barco no pudo pasar de La Habana, a causa de un levantamiento armado en Veracruz. Machado se quedó allí, con la secreta intención de conspirar contra la dictadura de Machado, con quien no tenía ningún parentesco, ni sanguíneo ni político. Indirectamente era una manera de luchar contra la dictadura de Gómez. Lo nombraron abogado de la "Cuban Kane Sugar Corp" y desde allí pudo darse cuenta de la corrupción que inspiraba en Cuba el capital extranjero. El Caribe hervía de conspiradores venezolanos en el exilio. Con ocasión de su primer viaje a Moscú, en 1926, Machado supo que había un cargamento de armas que podía ser transportado a Venezuela, pero que hacía falta un barco. Con sus ímpetus y su ingenuidad de joven revolucionario, lo primero que hizo al llegar a Moscú fue pedir que le facilitaran ese barco. En Moscú se rieron, creyeron que estaba loco, pero un italiano que se encontraba presente dijo una frase que tiene mucho de cierto y que acaso se le haya pasado por alto a los historiadores: "En los golpes de Venezuela siempre ha habido un barco".

En Nicaragua, donde participó en un levantamiento contra Somoza, más tarde en México y por último en Curazao, Machado seguía pensando en ese barco. El 8 de junio de 1929 lo tuvo entre las manos, cuando intervino, con Rafael Simón Urbina, en la audaz y fantástica toma de Curazao. El barco se llamaba "Maracaibo". No sirvió para nada.

Abril, 1928, Rómulo irrumpe en su casa buscando un revólver

El primer exilio de Jóvito Villalba sólo duró un año, pero estuvo precedido de un año de clandestinidad y cuatro de presidio. Villalba suele decir en sus discursos que necesitó 17 años para ser abogado. Es cierto. Su carrera de anónimo y enquistado leguleyo de provincia se echó a perder afortunadamente desde el momento en que él ingresó a la Universidad, con un sombrero de pajilla y una indiscreta corbata de lazo que trajo del Colegio de Los Teques, donde hizo sus estudios secundarios. En la capital, la calma chica impuesta por la aplanadora de la dictadura parecía interrumpida apenas por el paso rechinante de los tranvías. Pero en la Universidad pasaba algo. Allí encontró Villalba un grupo de muchachos que tenían la cabeza llena de cucarachas democráticas. Uno de ellos metido hasta las orejas en un enorme sombrero de fieltro, era Rómulo Betancourt. Se hicieron amigos. Ambos venían de la provincia, ambos iban a cumplir 20 años y ambos estaban dispuestos a sacar a Juan Vicente Gómez, a bala, de su guarida de Maracay. El plan maduró. En la noche del 7 de abril de 1928, Rómulo Betancourt entró desaforado a su casa —Tracabordo a Ferrenquín No. 5— y volteó al derecho y al revés las gavetas del escritorio paterno. Alarmado, don Luis Betancourt, su padre, le preguntó qué buscaba.

—Busco un revólver, contestó el muchacho. Estoy comprometido con un complot que estallará esta noche.

—Está bien, hijo mío —replicó su padre—. Que Dios te bendiga.

El golpe falló en la puerta del Cuartel San Carlos. Villalba permaneció escondido en Caracas. Betancourt escapó poco tiempo después a Curazao, en el vapor "Táchira" de la Red. D. Line, en una noche de tiros en Puerto Cabello. Antes de un año, desde diferentes lugares del mundo, Villalba y Betancourt estaban comprometidos en el mismo complot. Román Delgado Chalbaud preparaba desde París un desembarco en Venezuela, Villalba en la clandestinidad, participaba en la recepción, desde Caracas. Betancourt buscaba en las Antillas el barco que siempre ha hecho falta en la historia de Venezuela. Esta vez lo encontró, pero a pesar del barco, también esta vez, la ambiciosa operación fue un fracaso. Villalba fue enviado a la cárcel de Puerto Cabello, donde continuó sus estudios de Derecho y aprendió el inglés, el francés y el alemán. Salió libre 4 años después, en diciembre de 1934, porque a Juan Vicente Gómez le dio la gana de soltarlo. Así empezó su primer exilio a Trinidad.

Buscando la cercanía de Venezuela, Betancourt se instaló en Barranquilla, donde por lo menos no tendría necesidad de un barco para regresar a su país. Allí, en compañía de otro grupo de exiliados —entre ellos Raúl Leoni, Valmore Rodríguez— se defendió haciendo un poco de cada cosa, desde escribir en los periódicos hasta vender frutas de California. Los domingos organizaban manifestaciones contra Juan Vicente Gómez. Su clientela más entusiasta eran los choferes de taxi, ociosos en el Paseo Bolívar.

Juntos por primera vez en Venezuela después de la muerte de Gómez, los tres exiliados —Villalba, Betancourt y Machado— oyeron hablar de un muchacho que se

destacaba por su seriedad, su oratoria vibrante y su madurez política. Era Rafael Caldera. A pesar de ser el más joven de todos, era el único que no estaba influido por la moda marxista de la época, debido a su formación escolástica en el Colegio de San Ignacio.

Caldera, el benjamín de los cuatro se instala por su cuenta en la UNE

La carrera pública de Caldera empezó realmente en esa época, cuando el Congreso discutía la cuestión de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Los más exaltados llegaron hasta el extremo de pedir la expulsión de los jesuítas. Herido en sus principios, el joven Caldera rompió la unidad estudiantil. El 8 de mayo de 1936 se separó de la vieja Federación de Estudiantes y creó la UNE —Unión Nacional Estudiantil—. Actuó como sub-director de La Oficina Nacional del Trabajo en Venezuela, creada después de la muerte de Gómez y escribió el único tratado de Derecho del Trabajo que existe en el país. Aquel fue el origen primero del más reciente de los partidos venezolanos, Copei, cuya fundación oficial tuvo lugar el 13 de enero de 1946.

El único de los cuatro que no es fundador de su propio partido es Gustavo Machado, quien ingresó al partido comunista cuando éste era ya un organismo adulto. Al regresar a su país, después de la muerte de Gómez, apenas si tuvo tiempo para respirar, cuando debió esconderse. Poco después inició la larga peregrinación por las cárceles del país. Villalba, que no perdía las esperanzas de ser abogado, siguió en la Universidad y de allí pasó a la Cámara. En esa época fundó su partido, UDR, Betancourt organizó el movimiento "Orve" origen primero del partido Acción Democrática.

La agitación política de esa época culminó con el segundo exilio de Villalba. Con 27 exiliados más —entre los cuales debía contarse Rómulo Betancourt— fue embarcado en el vapor "Flandre", en el primer viaje de turismo que hizo esa nave por los países del Caribe y México. Villalba desembarcó en Acapulco. Burlando la vigilancia policial, Betancourt permaneció en Caracas. Vivió entonces una etapa de leyenda, durmiendo todas las noches en un lugar distinto, perseguido de cerca por la policía, pero publicando, religiosamente, una columna política en el diario "Ahora". A pesar de la persecución, su actitud era tan imparcial que en cierta ocasión apoyó al gobierno desde esas columnas, en el caso concreto de la fundación del Banco Central de Venezuela. Los comentaristas llamaron la atención del técnico extranjero Hermán Max, quien preguntó por el autor en el Ministerio del Interior. El Ministro le respondió:

—Si yo supiera dónde está el autor, ya lo tendría en la cárcel. La policía lo anda buscando.

Poco tiempo después, el automóvil en que viajaba fue abaleado por la policía. Betancourt fue descubierto y expulsado a Chile. Machado seguía en la cárcel,

Villaloa dirigiendo en Colombia el "Diario Nacional", llegó a ser tan conocido y estimado, que alguien —creyéndolo colombiano— habló de él como posible candidato a la presidencia de la República. Era el segundo exilio.

1958. La democracia regresa, los cuatro líderes también

El gobierno del general Medina Angarita tuvo una particularidad: por primera vez en la historia de Venezuela, no hubo presos políticos, ni exiliados. Entonces los cuatro dirigentes de hoy volvieron a encontrarse en la vida pública.

En la Universidad, Rafael Caldera había hecho una labor trascendental: Sus ideas de la UNE se extendieron al campo de la política nacional. Llegó a la Cámara Baja, con la representación del pueblo yaracuyano. Villalba, un poco más adelantado en política, aunque todavía más atrasado en sus tercas aspiraciones de abogado, subió hasta el senado. Betancourt, más impaciente, fue hasta la Presidencia de la República. En la tarde del 18 de octubre de 1945 la joven oficialidad de las guarniciones de Caracas y Maracay desconoció a sus superiores. 24 horas después, el Presidente Medina Angarita se entregó en el Cuartel Ambrosio Plaza a un oficial de nervios exaltados, de muy escasa estatura y aún con muy poco peso, el Mayor Marcos Pérez Jiménez. Esa misma noche, Rómulo Betancourt, en su calidad de Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno habló desde Miraflores. El salto de Betancourt empujó a Rafael Caldera hasta la Procuraduría General de la República: al mismo tiempo, el líder socialcristiano se convirtió en líder del cuarto partido político venezolano: Copei. La decisión fue tomada intempestivamente, en el Estado Táchira —tres meses después de la fundación oficial de su partido— cuando la policía disolvió un mitin de Copei. En la propia Plaza Bolívar de San Cristóbal, Rafael Caldera redactó el telegrama de renuncia, dirigido a Betancourt. Un orador anunció: "Rafael Caldera deja de ser Procurador General de la Nación para convertirse en Procurador General del pueblo venezolano".

Ese fue el momento en que los cuatro hombres estuvieron más cerca del poder, en todas sus ramas. Pero fue un momento fugaz. Aún les faltaba el último exilio. Betancourt lo inició al ser derrocado su sucesor, Rómulo Gallegos —electo libremente por el pueblo—. Rafael Caldera había sido candidato a la Presidencia, a los 32 años. En el golpe militar se encontraba comprometido el oficial que había pedido la rendición al Presidente Medina Angarita —el Mayor Pérez Jiménez—. Aquél había de ser el perseguidor encarnizado de los cuatro líderes.

Asilado en la Embajada de Colombia, Rómulo Betancourt viajó por tercera vez al exterior. Después de un año de rigurosa clandestinidad, trabajando en su partido Machado salió hacia México en 1950. Villalba y Caldera permanecieron en Venezuela, desafiando todos los peligros. Al frente de sus respectivos partidos, ellos lograron aglutinar todas las fuerzas democráticas del país, hasta obtener la aplastante victoria del 30 de noviembre de 1952. Pérez Jiménez desconoció el

triunfo y proclamó abiertamente la dictadura. Pero aún así, Villalba permaneció en el país, trabajando en la clandestinidad, movilizando los elementos democráticos de las Fuerzas Armadas para hacer valer su triunfo. Una celada de Vallenilla Lanz lo puso por tercera vez en exilio.

Establecida la dictadura de Pérez Jiménez, el único de los cuatro dirigentes políticos que siguió en el país —a pesar de las constantes intimidaciones de la Seguridad Nacional— fue Rafael Caldera. Una bomba lanzada por la ventana de su casa estuvo a punto de dar muerte a uno de sus hijos. Cuatro meses antes del plebiscito, consciente de que él constituía una fuerza democrática capaz de oponerse a la farsa electoral, Pérez Jiménez lo hizo encarcelar. El 10 de enero de este año, bajo la protección de la Nunciatura Apostólica y en inminente peligro de muerte, Caldera viajó a Nueva York. Allí, con Villalba y Betancourt, siguió ansiosamente los acontecimientos de enero. El 23 se dieron el abrazo de mutua felicitación —el abrazo del pueblo venezolano— y acordaron la tregua partidista. Ahora están reincorporados de nuevo a su patria, a sus partidos, a sus hogares, unidos en un mismo ideal. De esa unidad depende la consolidación de la democracia en Venezuela. Esta vez, después de tantas azarosas experiencias, el retorno de los cuatro líderes venezolanos puede ser definitivo.

ADIÓS VENEZUELA

El último fin de semana se registró una actividad extraordinaria en el Terminal de Pasajeros de La Guaira. Solamente el domingo, en el barco español "Monserrat" abandonaron el país 580 inmigrantes. La mayoría de ellos eran italianos. Pero los más bulliciosos eran un grupo de gallegos, vestidos con trajes típicos, que celebraban el regreso a la patria con canciones populares y acompañamiento de gaitas. Los venezolanos que presenciaron el espectáculo asumieron una actitud discreta, salvo un negro gigantesco cuyo orgullo nacional se sintió herido frente a la alegría de los inmigrantes.

—Si están contentos de irse, entonces no vuelvan más nunca —gritó.

Era una reacción humana. Tan humana como la de los viajeros que después de haber vivido una difícil experiencia de varios años a 11.000 kilómetros de su casa, se sentían alegres de regresar a ella. Desde el 23 de enero, 2.014 italianos han arreglado sus papeles apresuradamente, han engrosado las interminables colas en las oficinas de extranjería y en el consulado de su país, han hecho milagros con sus escasos bolívares y están ahora de vuelta en Italia. Allí pasarán dos, tres meses, en busca de trabajo, comiéndose sus últimos ahorros favorecidos por el cambio, e iniciarán luego las gestiones para emigrar de nuevo a Australia, a Alemania, al Canadá y, probablemente, muchos de ellos otra vez a Venezuela. También ellos cantaron y bailaron en La Guaira. En Nápoles, en Marsella, en Barcelona, en Lisboa, en las Islas Canarias, otros emigrantes están cantando en estos momentos, porque abandonan una vida difícil, un porvenir incierto, y se van atraídos por los espejismos de un mundo mejor. También allá, alguien podría gritarles, herido en su orgullo nacional:

—Si se van contentos, entonces no vuelvan.

La dictadura les dio 6 meses de trabajo forzado y 6 meses de incertidumbre

Entre diciembre y febrero, todos los años, y especialmente desde 1955, los emigrantes regresan a su país. La explicación es bien sencilla: el gobierno de Pérez Jiménez, que no tuvo una política de inmigración organizada, que desconfiaba del trabajador nacional porque sabía que el trabajador nacional era miembro anónimo de la oposición, que no hizo una sola ley de protección del trabajador, sólo se preocupaba de realizar obras espectaculares a partir del mes de junio. Esas obras, por la razón o por la fuerza, debían ser inauguradas el 2 de diciembre. En el segundo semestre del año había trabajo para todo el mundo. Los inmigrantes, que habían soñado con tener un hogar, una vida desahogada y tranquila, trabajaban hasta dos jornadas por día, al precio que fijaran los contratistas oficiales, ávidos de ganancias

desmedidas. El obrero extranjero, a pesar de trabajar duramente hasta 16 horas, no ganaba en muchos casos más de 12 bolívares por jornada. Pasada la tempestad de las inauguraciones aparatosas, los inmigrantes amanecian el 3 de diciembre físicamente agotados, sin perspectivas de trabajo en los próximos cuatro meses, y con un rollo de bolívares que le permitían enfrentarse a una alternativa: vivir de ellos en Venezuela, mientras volvía la época del trabajo, o regresar a Italia, donde los favorecería el cambio de moneda.

Para 5.000 desocupados, una sola respuesta: ' 'No hay más crédito "

Para esta época del año, un promedio de 1.000 italianos por mes abandonaba a Venezuela. Muchos de ellos llevaban visa de reingreso. Ahora el problema es diferente: por primera vez en los últimos 10 años, en el Consulado de Italia en Caracas hay 1.300 solicitudes de repatriación. Es decir: 1.300 italianos que solicitan ser enviados a su patria por cuenta del gobierno, pues no tienen dinero para el pasaje. Se calcula que más de 5.000 italianos en Venezuela están sin trabajo. Un cierto número de los que se van no han solicitado visa de reingreso. Aunque la mayoría se siente atemorizada por los ataques de que han sido víctimas y por las amenazas contra sus propiedades y su persona, no es esa la única razón ni la más importante por la cual ha aumentado este año la cifra de los repatriados. La explicación es de orden económico. En los años anteriores, mal que bien, los inmigrantes tenían la seguridad de que en junio empezarían a trabajar. Ahora, las perspectivas de una organización racional del trabajo, la aplicación estricta de un determinado porcentaje de mano de obra extranjera en las obras públicas y privadas, constituyen para el inmigrante en cierta manera, una aventura. A causa del salario inseguro y bajo, un escaso número de inmigrantes habían podido traer a su familia. Vivían aquí con un carácter provisional, en cuartos alquilados por grupos de compatriotas, o en pensiones baratas. Todos los años para esta época las pensiones les daban crédito en la seguridad de que pagarían cuando comenzaran a trabajar.

Este año —a causa de la explosión de algunos sectores minoritarios contra los inmigrantes— las pensiones han restringido el crédito. Los inmigrantes que nunca se sintieron seguros en Venezuela, enrollan sus trapos, consiguen como pueden el pasaje y se van, con la confusa sensación de haber escapado a un peligro. En La Guaira, donde bajan a despedirlos los compatriotas que no pudieron irse, cantan y bailan, como lo hace todo el que se va, en cualquier parte del mundo. Pero en cubierta, mientras dicen adiós a los que se quedan, mientras la atmósfera se estremece con la sórdida y melancólica sirena del barco, los inmigrantes lloran. Lloran todos: los que se van y los que se quedan. Ese es el último capítulo de un drama social que ha vivido Venezuela en los últimos 10 años y del cual solamente ahora se puede hablar libremente.

América, un continente hecho de segundas generaciones

La afluencia de extranjeros en Venezuela no afectó notablemente las estadísticas hasta 1946, cuando los europeos, devastados por la guerra, empezaron a pensar en la posibilidad de restablecerse en otros continentes. Australia y Canadá necesitaban brazos. Italia, superpoblada y económicamente destrozada; España, empobrecida; Portugal, anclada en la Edad Media, buscaron de aliviarse del grave problema demográfico facilitando el éxodo de sus habitantes. En ese año, 127 italianos llegaron a Venezuela, sin familia, apenas con el propósito de tantear el terreno. Sólo dos de ellos se repatriaron a principios de 1947. Era una inmigración racional, que no tenía por qué entrar en conflicto con el trabajador venezolano y que podría asimilarse fácilmente, hasta constituirse en células venezolanas. Había muy buenos antecedentes. Algunos de los hombres que en la actualidad, en diferentes ramos, son unidades representativas de Venezuela, nacieron en los hogares de los primeros inmigrantes. El poeta Vicente Gerbasi, hijo de un inmigrante italiano, ha dejado constancia de su origen en un conocido poema: "Mi padre, el inmigrante". Esos hechos —podrían citarse centenares— demuestran que los extranjeros no siempre vienen a América por el simple interés del lucro, sino que tienen la tendencia a establecerse y a fundar una familia que empieza a ser americana a la segunda generación.

Otra estafa déla dictadura, la política de "puertas abiertas"

El problema actual —que no es sólo un problema para los venezolanos sino también para los inmigrantes— si inició con la política atolondrada de la dictadura. Se abrieron las puertas sin discriminación, sin crear un organismo técnico que controlara científicamente la afluencia de extranjeros al país. En Italia, en España, en Portugal, se hablaba de Venezuela como la tierra prometida, y 170.000 italianos, 80.000 españoles, 60.000 portugueses, 16.000 alemanes vinieron al país en menos de 10 años. Entre ellos, por ser los más numerosos, por su tendencia gregaria, los más visibles son los italianos. Solamente en Caracas —el 23 de enero— habían 70.000. Los únicos daños que ocasionaron las bombas lanzadas el 1º de enero por aviones rebeldes, los sufrió el abasto de un inmigrante italiano. En las semanas siguientes hasta el día de la victoria, tres italianos fueron muertos por balas de la policía de Pérez Jiménez. Cuando se solicitó donación voluntaria de sangre en los hospitales, una apreciable cantidad de extranjeros —a quienes las guerras ha desarrollado el sentido de la solidaridad en la catástrofe— se apresuró a ponerse a las órdenes.

A pesar de que cuando llegaban a Venezuela los inmigrantes se encontraban con que las condiciones de trabajo no eran las que se les había hecho ver en una campaña engañosa, ellos contribuyeron con su trabajo, en los últimos 10 años, al

progreso del país. Han impulsado el comercio y la industria privada. Ciudad Ojeda, la más nueva y también una de las más modernas ciudades venezolanas, está constituida en su mayoría por familiares italianos, cuyos hijos son venezolanos. Es un fenómeno que no se puede tomar a la ligera.

Si la inmigración de los últimos años no ha dado los resultados deseables, la culpa no es de los inmigrantes. Tampoco de los venezolanos. Es culpa de la desorganización de la dictadura, que construyó rascacielos y autopistas, que empleó la mano de obra como mejor le convino a los intereses de sus representantes, pero que no dejó una sola ley de protección al trabajador nacional o extranjero. El caso de los inmigrantes italianos es sintomático. Sólo el 30% está establecido en Venezuela con su familia. El resto no lo ha hecho porque las condiciones de trabajo no se lo han permitido. Para un albañil cuya familia se encuentra en Europa, es materialmente imposible hacerla venir cuando gana un jornal de 12 bolívares. Lo único que puede hacer es conseguir un cuartucho con cinco compañeros más, privarse de diversiones y enviar los ahorros a su familia. Dos o tres años después, sin perspectivas, agobiado por la soledad, el inmigrante regresaba a su patria. Antes que los mismos venezolanos, los extranjeros se habían dado cuenta del desorden de la inmigración masiva. A partir de 1955, hubo un desorden vertical, que el venezolano corriente no podía conocer. En 1955 llegaron al país 29.541 italianos. En 1956, 21.988. En 1957, sólo 16.679. La insensata política de las puertas abiertas de la dictadura estaba desde entonces en bancarrota.

El último truco de Gagliardi

Las mismas autoridades italianas reconocen que un 10% de la inmigración estaba compuesta por aventureros. El 60% lo constituían trabajadores honrados que venían en buena fe, con el ánimo dispuesto a establecerse, a crearse las condiciones de una vida mejor, casarse en Venezuela o traer sus familias de Europa, y en los dos casos a tener descendencia venezolana. Ese 60%, constituidos por gente dispuesta a desempeñar cualquier trabajo honrado, fue la masa flotante que durante los 9 años de la dictadura, padeció —hombro a hombro con el trabajador venezolano— las arbitrariedades, el desmedido afán de enriquecimiento, la explotación y la insensibilidad social de la dictadura.

Entre los primeros italianos que vinieron a Venezuela —en 1927— llegó un ambicioso calabrés, con una cierta experiencia en la construcción: Filipo Gagliardi. Se defendió como pudo durante un año, al cabo del cual regresó a Italia con la conciencia y el resentimiento del fracaso. Sólo 10 años después —en 1937— regresó de nuevo a Venezuela, esta vez con el propósito firme de enriquecerse por cualquier medio. El inmigrante Gagliardi, en un momento en que Caracas era una modesta ciudad en la gran provincia latinoamericana, tuvo el mérito de ver con muchos años de adelanto las perspectivas de insospechado progreso de la capital.

Ese fue el origen de su fortuna. Pero su consolidación se debió al establecimiento de la dictadura. Dispuesto a multiplicar hasta el infinito su asombroso ritmo de enriquecimiento, Gagliardi estableció toda clase de vínculos con los representantes de la dictadura, negoció con ellos, engordó con ellos sus millones, y su avidez lo llevó hasta el extremo de comprometer en su gigantesca aventura hasta a sus más humildes compatriotas. Buena parte del sentimiento que en los últimos días se ha manifestado contra los extranjeros, se debe a las listas de adhesión al plebiscito, fabricado por Gagliardi en su oficina y leídas durante horas y horas en el programa más aburrido que ha tenido la T.V. en toda su historia.

Cuando esas listas fueron elaboradas, la opinión pública venezolana no estaba en condiciones de analizarlas serenamente. La verdad es que en ellas figuraban algunas adhesiones auténticas, pero también muchas inconsultas e incluso nombres inventados, cantantes de ópera muertos hace mucho tiempo y combinaciones de nombres y apellidos que acaso no hayan existido jamás. En total Gagliardi logró elaborar una lista aproximada de 20.000 nombres. A pesar de su extraordinario poder, él no tenía a disposición de la mano el control y la voluntad de 20.000 compatriotas dispuestos a acompañarlo enla aventura. En cierta manera esa infortunada lista —en la cual figuraban "Nápoli Bella", que significa "La Bella Nápoli", y que, por tanto, no es nombre de persona alguna— fue una burla a Pérez Jiménez.

La representación diplomática italiana en Venezuela no encontró en la Constitución de su país un argumento que le permitiera asumir en ese momento una actitud decisiva para oponerse al voto de sus compatriotas. Es un hecho que a fines de noviembre el Embajador de Italia convocó en Caracas a una reunión de representantes consulares y les prohibió expresamente cualquier intervención pública en la situación. El señor Roberto La Villa, regente del viceconsulado de Italia en Ciudad Bolívar, dirigió a Miraflores un telegrama de adhesión "en nombre de la colectividad italiana". El señor La Villa fue destituido en las 24 horas siguientes.

Es imposible saber cuántos extranjeros votaron en un plebiscito cuyos escrutinios estuvieron a cargo de la dictadura. La situación de los inmigrantes era perfectamente comprensible: entre ellos pesaba la amenaza directa de la Seguridad Nacional. Los venezolanos fueron víctimas en esa ocasión de un sistema de terror de la misma presión. La mayoría de los venezolanos que el 16 de diciembre regresaron a sus puestos con tarjetas rojas lo hicieron por temor a las represalias de la dictadura. Venezolanos, en su mayoría, y extranjeros, también en su mayoría, fueron víctimas en esa ocasión de un sistema de terror que no se detenía ante nada.

No todos los inmigrantes se van

A pesar que el regreso de los inmigrantes europeos en esa época del año es un fenómeno normal, es evidente que en las colonias extranjeras ha logrado influir la

campaña que elementos irresponsables trataron de desatar contra ellas. Algunos establecimientos de inmigrantes se han visto precisados a cerrar sus puertas. En los carnavales, un ciudadano español fue muerto en la calle. En Punto Fijo —donde viven 1.700 italianos con sus respectivas familias— los extranjeros fueron amenazados de muerte la semana pasada. La Embajada de Italia no ha podido atender las numerosas solicitudes de protección que los inmigrantes han hecho en los últimos días. Está cundiendo el pánico. Y esa situación —que es grave para los extranjeros— es mucho más grave para Venezuela.

Entre las solicitudes de repatriación de italianos, hay por primera vez un dato que debe apreciarse en su valor: varias familias con hijos, que tienen pasaporte venezolano, están tratando de regresar a su país. Ahora no son los inmigrantes sin trabajo; es toda una generación venezolana que se va. En los tres barcos que zarparon de La Guaira a partir del domingo 23 había un grupo de niños nacidos en Venezuela, algunos de los cuales solamente hablaban español.

Por primera vez —a causa del pánico creado por elementos no identificados— están de regreso a su país inmigrantes que ya habían logrado establecerse en Venezuela, que habían conquistado una posición segura, y cuyos hijos iban a la escuela, confundidos con los niños venezolanos. Algunas de esas familias han vendido sus bienes a cualquier precio. Hasta el momento no se pueden calcular exactamente los perjuicios que esa determinación ha ocasionado al país. La fuga de divisas, del 23 de enero hasta la fecha es incalculable.

En el proceso de elaboración de esta crónica, se ha hecho una encuesta entre numerosos inmigrantes. Por ella se sabe que la posición de los extranjeros frente a los hechos de los últimos días es, en general, de inquietud y expectativa. Pero entre los inmigrantes que están bien establecidos en Caracas, que no gustan de la aventura, que tienen un hogar con hijos venezolanos, el sentimiento predominante es de confianza en la cordura y el buen corazón del pueblo venezolano. "Yo no me voy —ha dicho Tonio Chechi, en su carnicería de Petare, donde trabajan en excelente armonía criollos y extranjeros—. Yo conozco muy bien al pueblo venezolano y sé que son ellos quienes me defenderán de cualquier ataque".

Tonio Chechi tiene razones para pensar así. Hace dos años era marinero. Le daba la vuelta al Cabo de Hornos una vez al año, en un barco de carga, y siempre tuvo en la cabeza un pensamiento fijo: encontrar un puerto dónde establecerse, casarse y tener hijos. Entre todos los países del mundo. Tonio Chechi se decidió por uno: Venezuela. "Me gustó esta gente desde el principio —explica—. Son francos y hospitalarios". En octubre de 1946 se quedó en La Guaira, de allí vino a Caracas y de Caracas —hasta hoy, hasta siempre— al tranquilo rincón de Petare.

Cuando Tonio se casó con Julia, estaba dando sin proponérselo un paso en favor de Venezuela. Ella también era italiana, pero había venido de once años, de manera que hablaba español tan bien como el abruzzés, el complicado dialecto de sus mayores. Hoy tienen tres hijos, todos con nombres en español: Bárbara, de 6 años;

Rita, de 4 y Antonio, un rollizo bambino de 3 años, que hace 15 meses se ganó el premio en un concurso de buena salud. El proceso de venezolanización de esa familia es notable, en sólo 10 años. Bárbara, la mayor de las niñas habla y escribe, con igual corrección el italiano y español. Rita, que responde a sus padres, indiferentemente en español o italiano, está aprendiendo a leer y escribir el español. Antonio, todavía no va a la escuela. Pasa casi todo el tiempo en la casa con su madre, pero ha manifestado una especial resistencia hacia el idioma de sus padres. Entiende el italiano, pero responde siempre en español, en puro criollo. Los vecinos y los condiscípulos de las niñas, que han visto el apellido escrito, no lo pronuncian "quequi", como en italiano, sino "Chechi", como en español. Es un nuevo apellido venezolano, de un remoto origen extranjero, como lo son, por otra parte, todos los apellidos americanos: Chechi.

Inmigrantes como Tonio Chechi no se repatriarán. Ellos están dispuestos a correr la misma suerte de los venezolanos. Se disponen a someterse a las leyes del trabajo que establezcan los futuros gobiernos democráticos y a contribuir, en forma eficaz y organizada, al progreso de Venezuela. Sus nietos recordarán los desagradables incidentes de estos días como un capítulo sin importancia en la dura, accidentada y gloriosa historia de la nación.

SOLO 12 HORAS PARA SALVARLO

Este niño de 18 meses, condenado a muerte por la leve mordedura de un perro, sólo tenía un sábado de vida. La única droga que podía derogar la sentencia se hallaba a 5.000Kms.

Había sido una mala tarde de sábado. El calor empezaba en Caracas. La avenida de Los Ilustres, descongestionada de ordinario, estaba imposible a causa de las cornetas de los automóviles, del estampido de las motonetas, de la reverberación del pavimento bajo el ardiente sol de febrero y de la multitud de mujeres con niños y perros que buscaban sin encontrarlo el fresco de la tarde. Una de ellas, que salió de su casa a las 3.30 con el propósito de dar un corto paseo, regresó contrariada un momento después. Esperaba dar a luz la semana próxima. A causa de su estado, del ruido y el calor, le dolía la cabeza. Su hijo mayor, 18 meses, que paseaba con ella, continuaba llorando porque un perro juguetón, pequeño y excesivamente confianzudo, le había dado un mordisco superficial en la mejilla derecha. Al anochecer le hicieron una cura de mercurio cromo. El niño comió normalmente y se fue a la cama de buen humor.

En su apacible pent-house del edificio "Emma", la señora Ana de Guillén supo esa misma noche que su perro había mordido un niño en la avenida Los Ilustres. Ella conocía muy bien a "Tony", el animal que ella misma había criado y adiestrado y sabía que era afectuoso e inofensivo. No le dio importancia al incidente. El lunes cuando su marido regresó del trabajo, el perro le salió al encuentro. Con una agresividad insólita, en vez de mover la cola, le rasgó el pantalón. Alguien subió a decirle, en el curso de la semana, que "Tony" había tratado de morder un vecino en la escalera. La señora Guillen atribuyó al calor la conducta de su perro. Lo encerró en el dormitorio, durante el día, para evitar inconvenientes con los vecinos. El viernes, sin la menor provocación, el perro trató de morderla a ella. Antes de acostarse lo encerró en la cocina, mientras se le ocurría una solución mejor. El animal, rasguñando la puerta, lloró toda la noche. Pero cuando la muchacha de servicio entró a la cocina a la mañana siguiente, lo encontró blando y pacífico, con los dientes pelados y llenos de espuma. Estaba muerto.

6a.m. un perro muerto en la cocina

El 1º de marzo fue un sábado más para la mayoría de los habitantes de Caracas. Pero para un grupo de personas que ni siquiera se conocían entre sí, que no sufren de la superstición del sábado, que despertaron aquella mañana con el propósito de cumplir una jornada ordinaria, en Caracas, Chicago, Maracaibo, Nueva York, y aún a 12.000 pies de altura, en un avión de carga que atravesaba el Caribe rumbo a Miami, aquella fecha había de ser una de las más agitadas, angustiosas e intensas.

Los esposos Guillen, puestos de frente a la realidad por el descubrimiento de la sirvienta, se vistieron a la carrera y salieron a la calle sin desayunar. El marido fue hasta el abasto de la esquina, buscó apresuradamente en la guía telefónica y llamó al Instituto de Higiene, en la Ciudad Universitaria, donde, según había oído decir, se examina el cerebro de los perros muertos por causas desconocidas, para determinar si habían contraído la rabia. Era aún muy temprano. Un celador de voz soñolienta le respondió que nadie llegaría hasta las 7.30.

La señora de Guillén debía recorrer un camino largo y complicado antes de llegar a su destino. En primer término necesitaba recordar, a esa hora, en la avenida Los Ilustres, donde empezaban a circular los buenos y laboriosos vecinos que nada tenían que ver con su angustia, quién le había dicho el sábado de la semana pasada que su perro había mordido a un niño. Antes de las 8, en un abasto, encontró una sirvienta portuguesa que creyó haber oído la historia del perro de una vecina suya. Era una pista falsa. Pero más tarde tuvo la información aproximada de que el niño mordido vivía muy cerca de la Iglesia de San Pedro, en Los Chaguaramos. A las 9 de la mañana, una camioneta de la cercana Unidad Sanitaria se llevó el cadáver del perro para examinarlo. A las 10, después de haber recorrido uno a uno los edificios más cercanos a la Iglesia de San Pedro, preguntando quién tenía noticia de un niño mordido por un perro, la señora de Guillen encontró otro indicio. Los albañiles italianos de un edificio en construcción, en la avenida Ciudad Universitaria, habían oído hablar de eso en el curso de la semana. La familia del niño vivía a 100 metros del lugar que la angustiada señora de Guillen había explorado centímetro a centímetro durante toda la mañana, edificio "Macuto", apartamento número 8. En la puerta había una tarjeta de una profesora de piano. Había que oprimir el botón del timbre a la derecha de la puerta y preguntarle a la sirvienta gallega por el señor Reverón.

Carmelo Martín Reverón había salido aquel sábado, como todos los días, salvo el domingo, a las 7.35 de la mañana. En su Chevrolet azul claro, que estaciona en la puerta del edificio, se había dirigido a la esquina de Velázquez. Allí está situada la empresa de productos lácteos donde trabaja hace cuatro años. Reverón es un canario de 32 años que sorprende desde el primer momento por su espontaneidad y sus buenas maneras. No tenía ningún motivo de inquietud aquella mañana de sábado. Tenía una posición segura y la estimación de sus compañeros de trabajo. Se casó hace dos años. Su hijo mayor, Roberto, había cumplido los 18 meses en buena salud. El último miércoles, había experimentado una nueva satisfacción: su esposa había dado a luz una niña.

En su calidad de delegado científico, Reverón pasa la mayor parte del tiempo en la calle, visitando a la clientela. Llega a los laboratorios a las 8 de la mañana, despacha los asuntos más urgentes, y no vuelve hasta el otro día, a la misma hora. Ese sábado, por ser sábado volvió al laboratorio, excepcionalmente, a las 11 de la mañana. Cinco minutos después lo llamaron por teléfono.

Una voz que él no había escuchado jamás, pero que era la voz de una mujer angustiada, le transformó aquel día apacible, con cuatro palabras, en el sábado más desesperado de su vida. Era la señora de Guillen. El cerebro del perro había sido examinado y el que en ese instante el virus de la rabia había hecho resultado no admitía ninguna duda: positivo. El niño había sido mordido siete días antes. Eso quería decir progresos en su organismo. Había tenido tiempo de incubar. Con mayor razón en el caso de su hijo, pues la mordedura había sido en el lugar más peligroso: la cara.

Reverón recuerda como una pesadilla los movimientos; que ejecutó desde el instante mismo en que colgó el teléfono. A las 11.35 el doctor Rodríguez Fuentes, del Centro Sanitario, examinó al niño, aplicó una vacuna anti-rábica, pero no ofreció muchas esperanzas. La vacuna anti-rábica, que se fabrica en Venezuela, y que sólo ha dado muy buenos resultados, empieza a actuar siete días después de aplicada. Existía el peligro de que, en las próximas 24 horas, el niño sucumbiera a la rabia, una enfermedad tan antigua como el género humano, pero contra la cual la ciencia no ha descubierto aún el remedio. El único recurso es la aplicación de morfina para apaciguar los terribles dolores, mientras llega la muerte.

El doctor Rodríguez Fuentes fue explícito: la vacuna podría ser inútil. Quedaba el recurso de encontrar, antes de 24 horas, 3.000 unidades de Iperimune, un suero anti-rábico fabricado en los Estados Unidos. A diferencia de la vacuna, el suero anti-rábico empieza a actuar desde el momento de la primera aplicación. 3.000 unidades no ocupan más espacio ni pesan más que un paquete de cigarrillos. No tendrían por qué costar más de 30 bolívares. Pero la mayoría de las farmacias de Caracas que fueron consultadas, dieron la misma respuesta: "No hay". Incluso algunos médicos no tenían noticias del producto, a pesar de que apareció por primera vez en los catálogos de la casa productora en 1947. Reverón tenía 12 horas de plazo para salvar a su hijo. La medicina salvadora estaba a 5.000 Kms. de distancia, en los Estados Unidos, donde las oficinas se preparaban a cerrar hasta el lunes.

12m. Víctor Saume da el S.O.S.

El desenfadado Víctor Saume interrumpió el "Show de las 12", en Radio Caracas-Televisión, para transmitir un mensaje urgente. "Se ruega —dijo— a la persona que tenga ampollas de suero anti-rábico Iperimune, llamar urgentemente por teléfono. Se trata de salvar la vida de un niño de 18 meses". En ese mismo instante, un hermano de Carmelo Reverón transmitía un cable a su amigo Justo Gómez, en Maracaibo, pensando que alguna de las compañías petroleras podía disponer de la droga. Otro hermano se acordó de un amigo que vive en Nueva York —Mr. Robert Hester— y le envió un cable urgente, en inglés, a las 12.05 horas de Caracas. Mr. Robert Hester se disponía a abandonar la lúgubre atmósfera newyorkina invernal

para pasar el week-end en los suburbios, invitado por una familia amiga. Cerraba la oficina cuando un empleado de la All American Cable le leyó por teléfono el cable que en ese instante había llegado de Caracas. La diferencia de media hora entre las dos ciudades favoreció aquella carrera contra el tiempo.

Un televidente de La Guaira, que almorzaba frente a la televisión, saltó de la silla y se puso en contacto con un médico conocido. Dos minutos después pidió una comunicación con Radio Caracas y aquel mensaje provocó, en los próximos cinco minutos, cuatro telefonemas urgentes. Carmelo Reverón, que no tiene teléfono en su casa se había trasladad do con el niño al número 37 de la calle Lecuna, Country Club, donde vive uno de sus hermanos. Allí recibió, a las 12.32, el mensaje de La Guaira: de la Unidad Sanitaria da aquella ciudad informaban que tenían Iperimune. Una radiopatrulla del tránsito, que se presentó espontáneamente, lo condujo allí en 12 minutos, a través del tránsito abigarrado del mediodía, saltando semáforos a 100 Kms. por hora. Fueron 12 minutos perdidos. Una parsimoniosa enfermera aletargada, frente al ventilador eléctrico, le informó que se trataba de un error involuntario.

—Iperimune no tenemos —dijo—. Pero tenemos grandes cantidades de vacuna anti-rábica.

Esa fue la única respuesta concreta que ocasionó e 'mensaje por la T.V. Era increíble que en Venezuela no s encontrara suero anti-rábico. Un caso como el del niño Reverón, cuyas horas estaban contadas, podía ocurrir en cualquier momento. Las estadísticas demuestran que todos los años se registran casos de personas que mueren a consecuencia de mordeduras de perros rabiosos. De 1950 a 1952, más de 5.000 perros mordieron 8.000 habitantes de Caracas. De 2.000 puestos en observación, 500 estaban contaminados. En esos 2 años, 20 venezolanos murieron contaminados por las mordeduras.

En los últimos meses, las autoridades de higiene, inquietas por la frecuencia de los casos de rabia, han intensificado las campañas de vacunación. Oficialmente, se están haciendo 500 tratamientos por mes. El doctor Briceño Rossi, director del Instituto de Higiene y autoridad internacional en la materia, hace someter a una rigurosa observación de 14 días a los perros sospechosos. Un 10% resulta contaminado. En Europa y los Estados Unidos, los perros, como los automóviles, necesitan una licencia. Se les vacuna contra la rabia y se les cuelga del cuello una placa de aluminio donde está grabada la fecha en que caduca su inmunidad. En Caracas, a pesar de los esfuerzos del doctor Briceño Rossi, no existe una reglamentación en ese sentido. Los perros vagabundos se pelean en la calle y se transmiten un virus que luego transmiten a los humanos. Era increíble que en esas circunstancias no se encontrara suero anti-rábico en las farmacias y que Reverón hubiera tenido que recurrir a la solidaridad de personas que ni siquiera conocía, que ni siquiera conoce aún, para salvar a su hijo.

"El lunes será demasiado tarde"

Justo Gómez, de Maracaibo, recibió el cable casi al mismo tiempo que Mr. Hester en Nueva York. Sólo un miembro de la familia Reverón almorzó tranquilo aquel día: el niño. Hasta ese momento gozaba de una salud aparentemente perfecta. En la clínica, su madre no tenía la menor sospecha de lo que estaba ocurriendo. Pero se inquietó a la hora de las visitas ordinarias, porque su marido no llegó. Una hora después, uno de sus cuñados, aparentando una tranquilidad que no tenía, fue a decirle que Carmelo Reverón iría más tarde.

Seis llamadas telefónicas pusieron a Justo Gómez, en Maracaibo, sobre la pista de la droga. Una compañía petrolera, que hace un mes se vio precisada a traer Iperimune de los Estados Unidos para uno de sus empleados, tenía 1.000 unidades. Era una dosis insuficiente. El suero se administra de acuerdo con el peso de la persona y la gravedad del caso. Para un niño de 40 libras, bastan 1.000 unidades, veinticuatro horas después de la mordedura. Pero el niño Reverón, que pesa 35, había sido mordido siete días antes, y no en una pierna sino en la cara. El médico creía necesario aplicar 3.000 unidades. En circunstancias normales, esa es la dosis para un adulto de 120 libras. Pero no era el momento de rechazar 1.000 unidades, cedidas gratuitamente por la compañía petrolera, sino de hacerlas llegar, en el término de la distancia, a Caracas. A la 1.45 de la tarde, Justo Gómez comunicó por teléfono que se trasladaba al aeródromo de Grano de Oro, Maracaibo, para enviar la ampolla. Uno de los hermanos de Reverón se informó de los aviones que llegarían en esa tarde a Maiquetla y supo que a las 5.10 aterrizaba un avión L-47 procedente de Maracaibo. Justo Gómez, a 80 kilómetros por hora, fue al aeródromo, buscó alguna persona conocida que viniera a Caracas, pero no la encontró. Como había puesto en el avión y no se podía perder un minuto, compró un pasaje en el aeródromo y se vino a traerla personalmente.

En Nueva York, Mr. Hester no cerró la oficina. Canceló el week-end, solicitó una comunicación telefónica con la primera autoridad en la materia de los Estados Unidos, en Chicago, y recogió toda la información necesaria sobre el Iperimune. Tampoco allí era fácil conseguir el suero. En los Estados Unidos, debido al control de las autoridades sobre los perros, la rabia está en vías de desaparición total. Hace muchos años que no se registra un caso de rabia en seres humanos. En el último año, sólo se registraron 20 casos de animales rabiosos en todo el territorio, y precisamente en dos de los Estados de la periferia, en la frontera mexicana: Texas y Arizona. Por ser una droga que no se vende, las farmacias no la almacenan. Puede encontrarse en los laboratorios que producen el suero. Pero los laboratorios que producen el suero habían cerrado a las 12. Desde Chicago, en una nueva llamada telefónica le dijeron a Mr. Hester dónde podía encontrar Iperimune en Nueva York. Consiguió 3.000 unidades, pero el avión directo a Caracas había salido un cuarto de hora antes. El próximo vuelo regular —Delta, 751— saldría en la noche del domingo

y no llegaría a Maiquetía sino el lunes. Con todo, Mr. Hester envió las vacunas al cuidado del capitán y puso un cable urgente a Reverón, con todos los detalles incluso el número de teléfono del Delta en Caracas —55.84.88— para que se pusiera en contacto con sus agentes y recibiera la droga en Maiquetía, al amanecer del lunes. Pero entonces podía ser demasiado tarde.

Carmelo Reverón había perdido dos horas preciosas, cuando entró, jadeante, a las oficinas de la Pan American, en la avenida Urdaneta. Lo atendió el empleado de turno en la sección de pasajes, Carlos Llorente. Eran las 2.35. Cuando supo de qué se trataba, Llorente tomó el caso como cosa propia, y se hizo el firme propósito de traer los sueros, desde Miami o Nueva York, en menos de 12 horas. Consultó los itinerarios. Expuso el caso al gerente de tráfico de la compañía, Mr. Roger Jarman, quien hacía la siesta en su residencia y pensaba bajar a las 4 a La Guaira. También Mr. Jarman tomó el problema como cosa propia, consultó por teléfono al médico de la PAA en Caracas, el doctor Herbig —avenida Caurimare, Colinas de Bello Monte— y en una conversación de 3 minutos aprendió todo lo que se puede saber sobre Iperimune. El doctor Herbig, un típico médico europeo, que se entiende en alemán con sus secretarias, estaba precisamente preocupado por el problema de la rabia en Caracas antes de conocer el caso del niño Reverón. El mes pasado atendió dos casos de personas mordidas por animales. Hace 15 días, un perro murió en la puerta de su consultorio. El doctor Herbig lo examinó, por pura curiosidad científica, y no le cupo la menor duda de que había muerto de rabia.

Mr. Jarman se comunicó por teléfono con Carlos Llorente y le dijo: "Agote todos los recursos para hacer venir los sueros". Esa era la orden que Llorente esperaba. Por un canal especial, reservado a los aviones en peligro, transmitió a las 2.50, un cable a Miami, Nueva York y Maiquetía. Llorente lo hizo con un perfecto conocimiento de los itinerarios. Todas las noches, salvo los domingos, sale de Miami hacia Caracas un avión de carga, que llega a Mai-quetía a las 4.50 de la madrugada del día siguiente. Es el vuelo 399. Tres veces por semana —lunes, jueves y sábado— sale de Nueva York el vuelo 207, que llega a Caracas al día siguiente, a las 6.30. Tanto en Miami como en Nueva York disponían de 6 horas para encontrar el suero. Se informó a Maiquetía para que allí estuvieran pendientes de la operación. Todos los empleados de Pan American recibieron la orden de permanecer alerta a los mensajes que llegaran esa tarde de Nueva York y Miami. Un avión de carga, que volaba hacia los Estados Unidos, captó el mensaje a 12.000 pies de altura y lo retransmitió a todos los aeródromos del Caribe. Completamente seguro de sí mismo, Carlos Llorente, que estaría de turno hasta las 4 de la tarde, mandó a Reverón a su casa con una sola instrucción:

—Llámeme a las 10.30 al teléfono 71.87.50. Es el teléfono de mi casa.

En Miami, R.H. Steward, el empleado de turno en la sección de pasajes, recibió casi instantáneamente el mensaje de Caracas, por los teletipos de la oficina. Llamó por teléfono, a su casa, al doctor Martín Mangels, director-niédico de la División

Latinoamericana de la compañía, pero debió hacer dos llamadas más antes de localizarlo. El doctor Mangels se hizo cargo del caso. En Nueva York, 10 minutos después de recibir el mensaje encontraron una ampolla de 1.000 unidades, pero a las 8.35 habían perdido las esperanzas de encontrar el resto. El doctor Mangels, en Miami, casi agotados los últimos recursos, se dirigió al Hospital Jackson Memorial, que se comunicó inmediatamente con todos los hospitales de la región. A las 7 de la noche, el doctor Mangels, esperando en su casa, no había recibido ninguna respuesta del Hospital Jackson. El vuelo 339 salía dentro de dos horas y media. El aeródromo estaba a 20 minutos.

Ultimo minuto: Grado y medio de fiebre

Carlos Llorente, un venezolano de 28 años, soltero, entregó el turno a Rafael Carrillo, a las 4, y le dejó instrucciones precisas sobre lo que tenía que hacer en caso de que llegaran los cables de los Estados Unidos. Llevó a lavar su automóvil modelo 55, verde y negro, pensando que a esa hora, en Nueva York y Miami, todo un sistema estaba en movimiento para salvar al niño Reverón. Desde la bomba donde lavaban el automóvil, llamó por teléfono a Carrillo y éste le dijo que aún no había llegado ninguna noticia. Llorente empezó a preocuparse. Se dirigió a su casa, avenida La Floresta, La Florida, donde vive con sus padres y comió sin apetito, pensando que dentro de pocas horas Reverón llamaría por teléfono y no tendría ninguna respuesta. Pero a las 8.35, Carrillo lo llamó desde la oficina para leerle un cable que acababa de llegar de Nueva York: en el vuelo 207, que llegaría a Maiquetía el domingo a las 6.30 de la mañana, venían 1.000 unidades de Iperimune. A esa hora, un hermano de Reverón había recibido a Justo Gómez, que se bajó del avión de Maracaibo dando saltos, con las primeras 1.000 unidades que fueron inyectadas al niño esa misma tarde. Faltaban 1.000 unidades, además de las 1.000 que con absoluta seguridad venían de Nueva York. Como Reverón no había dejado ningún teléfono, Llorente no lo puso al tanto de los acontecimientos, pero salió un poco más tranquilo, a las 9, a una diligencia personal. Dejó a su madre, por escrito, una orden:

—El señor Reverón llamará a las 10.30. Que llame inmediatamente al señor Carrillo, a la oficina de la PAA.

Antes de salir, llamó él mismo a Carrillo y le dijo que en lo posible, no ocupara la línea central después de las 10.15, para que Reverón no encontrara el teléfono ocupado. Pero a esa hora, Reverón sentía que el mundo se le caía encima. El niño después de que se le inyectó la primera dosis de suero, no quiso comer. Esa noche no manifestó la misma viveza que de costumbre. Cuando fueron a acostarlo tenía un poco de fiebre. En algunos casos, muy poco frecuentes, el suero anti-rábico ofrece ciertos peligros. El doctor Briceño Rossi, del Instituto de Higiene, no se ha decidido a fabricarlo mientras no esté absolutamente convencido de que la persona

inyectada no corre ningún riesgo. La fabricación de la vacuna ordinaria no ofrece complicaciones: para los animales, es un virus vivo en embrión de pollo, que da una inmunidad de 3 años en una sola dosis. Para los humanos, se fabrica a partir del cerebro del cordero. Cuando se dio cuenta de que su niño tenía fiebre, Reverón que sabía que la producción del suero es más delicada, consideró perdidas todas las esperanzas. Pero su médico lo tranquilizó. Dijo que podía ser una reacción natural.

Dispuesto a no dejarse quebrantar por las circunstancias Reverón llamó a casa de Llorente a las 10.25. No lo hubiera hecho si hubiera sabido que a esa hora no había sido enviada ninguna respuesta desde Miami. Pero el Hospital Jackson comunicó a las 8.30 al doctor Mangels que había conseguido 5.000 unidades después de una gestión relámpago en un pueblo vecino. El doctor Mangels recogió las ampolletas personalmente y se dirigió con ellas, a toda velocidad, al aeródromo, donde un DC-6-B se preparaba para iniciar el vuelo nocturno. Al día siguiente no había avión para Caracas. Si el doctor Mangels no llegaba a tiempo tendría que esperar hasta el lunes en la noche. Sería demasiado tarde. El capitán Gillis, veterano de Corea y padre de dos niños, recibió personalmente las ampolletas y las instrucciones, escritas de puño y letra por el doctor Mangels. Se dieron un apretón de manos. El avión decoló a las 9.30 en el momento en que el niño Reverón, en Caracas, tenía un grado y medio de fiebre. El doctor Mangels vio desde la helada terraza del aeródromo el decolaje perfecto del avión. Luego subió de dos en dos los escalones, hacia la torre de control, y dictó un mensaje para ser transmitido a Caracas por canal especial. En la avenida Urdaneta, en una oficina solitaria, sumergida en los reflejos de color de los avisos neón, Carrillo miró el reloj: las 10.20. No tuvo tiempo de desesperarse. Casi en seguida el teletipo empezó a dar saltos espasmódicos y Carrillo leyó, letra por letra, descifrando mentalmente el código interno de la compañía, el cable del doctor Mangels: "Estamos enviando vía capitán Gillis vuelo 399 cinco ampolletas suero bajo número guía 26-12-596787 stop obtenido Jackson Memorial Hospital stop si necesitan más suero habrá que pedirlo urgentemente laboratorios Lederle en Atlanta, Georgia." Carrillo arrancó el cable, corrió al teléfono y marcó el 71.87.50, número de la residencia de Llorente, pero el teléfono estaba ocupado. Era Carmelo Reverón que hablaba con la madre de Llorente. Carrillo colgó. Un minuto después Reverón estaba marcando el número de Carrillo, en un abasto de La Florida. La comunicación fue instantánea.

—Aló— dijo Carrillo.

Con la calma que precede a la fatiga nerviosa, Reverón hizo una pregunta que no recuerda textualmente. Carrillo le leyó el cable, palabra por palabra. El avión llegaría a las 4.50 de la madrugada. El tiempo era perfecto. No habría ningún retardo. Hubo un breve silencio. "No tengo palabras con qué agradecerles", murmuró Reverón, al otro extremo, de la línea, Carrillo no encontró qué decir. Cuando colgó el teléfono sintió que sus rodillas no soportaban el peso del cuerpo. Estaba sacudido por una emoción atropellada, como si fuera la vida de su propio

hijo la que acababa de salvarse. En cambio, la madre del niño dormía apaciblemente: no sabía nada del drama que su familia había vivido ese día. Todavía no lo sabe.

COLOMBIA: AL FIN HABLAN LOS VOTOS

En calma, con el voto de la mujer, un país recupera su democracia

Después de ocho años, nueve meses y once días sin elecciones, el pueblo colombiano volvió a las urnas para reintegrar un Congreso que fue disuelto el 12 de noviembre de 1949, por orden de Mariano Ospina Pérez, un presidente conservador que antes había sido un discreto multimillonario. Ese acto de fuerza inició, a las 3.35 de un sábado, un período de tres dictaduras sucesivas que aún están costando al país 200.000 muertos y el más grave desajuste económico y social de toda la historia. La implacable persecución armada contra los liberales desfiguró la realidad electoral. El absolutismo de Rojas Pinilla acabó con las elecciones. Ahora con una Junta Militar de cinco miembros que se comportó como un arbitro absolutamente imparcial en un ambiente de garantías sin alarde de fuerza, la opinión colombiana fue sometida a una honrada contabilidad.

En Bogotá, donde llueve 360 días al año, el sol no desapareció un solo instante. En previsión de los desórdenes que pudieran provocar los últimos adictos de Rojas Pinilla, incrustados todavía en la administración, los electores salieron a votar desde antes que abrieran las urnas. A esa hora, un intenso y sostenido tiroteo, en algún lugar de la ciudad, creó un minuto de alarma. Nada más que un minuto: pronto se comprobó que se trataba de fuegos artificiales quemados por los polvoreros liberales para celebrar las elecciones. Quince minutos después de iniciado el debate, algunas colas, frente a las mesas de votación tenían un kilómetro. Nunca en los últimos veinte años se había votado con tanta avidez. "Si fuera para repartir plata —comentó alguien en la calle— no esperarían tanto tiempo." Las patrullas militares, que tenían algo de turistas armados, sólo tuvieron que intervenir en el último minuto, para tranquilizar a los electores que por falta de tiempo, debido a la forma masiva en que los ciudadanos se precipitaron a las urnas, no alcanzaron a llegar hasta las mesas de votación. En algunos sectores hubo una hora de prórroga. Con todo, a las 5 de la tarde de un domingo con menos incidentes callejeros que los domingos normales, se calculó que por lo menos 30.000 personas, en Bogotá, no pudieron votar.

La presencia de las mujeres fue la nota novedosa de la jornada. En su primer año de gobierno, con una intención demagógica que resultó ser totalmente académica, Rojas Pinilla concedió el voto a la mujer. Pero no les concedió la oportunidad de ejercerlo. Ahora por primera vez, las mujeres fueron a las urnas, y lo hicieron con un entusiasmo, una voracidad y una impaciencia que tenía mucho que ver con la curiosidad femenina. El último censo demostró que en Colombia hay 7 mujeres por cada hombre. Estas elecciones no lo comprobaron por completo; la votación sólo aumentó en un 35%. Pero al contrario de lo que se esperaba en un país donde la

Iglesia tiene una enorme influencia, el voto femenino no favoreció concretamente a los grupos clericales.

El Cardenal: "Si Laureano habla, queda excomulgado"

En los últimos días la intervención del clero en la política, que no sé había ejercido directamente en la calle, salió a la primera plana de los periódicos. El clero es conservador y conservatismo es clerical. Pero la división de ese partido en tres fracciones irreconciliables, dividió también al clero y obligó a sus jerarcas a intervenir en la contienda callejera. Para cargar la opinión del conservatismo en favor de las listas encabezadas por Guillermo León Valencia, el periódico oficial de la curia metropolitana, "El Catolicismo", publicó la semana pasada, a última hora, un violento editorial contra Laureano Gómez, adversario de Valencia, no sólo en las elecciones, sino también el enemigo más franco y apasionado de su candidatura presidencial. En ese editorial, se recordaba una historia reciente: en su exilio de Benidorm, en España, Gómez acusó al clero colombiano de apoyar a Rojas Pinilla. El clero no protestó. Ahora con el fortalecimiento de su influencia derivado de su participación en el movimiento que derrocó a Rojas, el clero trató de presentar a Laureano como un católico oportunista, de rueda libre, enemigo del clero. "La República" —el periódico de Ospina Pérez que apoyó las listas de Valencia— publicó a todo lo ancho de su primera página, el viernes 14, la fotografía de once obispos valencianistas. Pero los párrocos de provincia, defensores de Laureano, empezaron a mandar telegramas de adhesión al anciano, enfermo y combativo dirigente conservador. Laureano, por su parte, preparó y grabó en cinta magnética una diatriba de hora y media contra la jerarquía eclesiástica. En su periódico "El Siglo" anunció, 4 horas antes de las elecciones, que el discurso sería leído esa misma noche por ra dio y que él diría con fechas y nombres propios, cuál fue lgj participación de la jerarquía eclesiástica en la dictadura de Rojas. El Cardenal Crisanto Luque, un gigante de origen rural que parece saber bien lo que tiene entre manos, llamó a la Junta de Gobierno por teléfono y advirtió que si Laureano pronunciaba el discurso sería excomulgado. El general Rafael Navas Pardo, que parece ser el diplomático de la Junta, visitó a Laureano Gómez el sábado a las 7 de la noche, media hora antes de la audición radial que todo el país esperaba con bulliciosa ansiedad y le advirtió que aquel incidente provocaría perturbaciones en el orden público, Laureano aplazó la conferencia.

La situación dentro del conservatismo, que era la gran incógnita de las elecciones, quedó definitivamente resuelta en favor de Laureano Gómez, cuyas listas obtuvieron la mayor votación dentro de su partido. Las listas de Valencia] apoyadas por Ospina Pérez —tal vez el hombre más rico de Colombia— y por la vieja e influyente oligarquía financiera, ocuparon el segundo lugar. El último puesto, insignificante lo obtuvo Gilberto Alzate Avendaño, quien había organizado con los

últimos adictos a Rojas Pinilla, un movimiento disidente de tipo netamente fascista. Nada de frente nacional —decía Alzate Avendaño— hay que reconquistar el poder para la hegemonía goda. Pero su programa tenía un peligro: era el único que planteaba la tremenda situación económica que está atravesando el país y en cierto momento se creyó que ése podría ser el germen de un movimiento como el de Gaitán. Pero los colombianos no olvidaban que Álzate fue el último conservador que abandonó a Rojas Pinilla, que fue un embajador incondicional en España, con un salario extraordinario, y que los miembros más destacados de su movimiento habían sido los pontífices de la dictadura rojista.

Con un árbitro imparcial, el eterno "match" Liberal-Conservador se decide

La situación del partido Liberal, que se presentaba sólidamente unido en torno de Lleras, no parecía muy tranquilizadora 24 horas antes de las elecciones. Se hablaba de división interna, más grave que la conservadora, puesto que no era de carácter administrativo sino ideológico. La inconformidad liberal nació de la manera como se elaboraron las listas de los candidatos. En las planillas que vinieron de los departamentos había muchos nombres nuevos. Lleras recibió las listas en su oficina de la avenida Jiménez de Quesada, tachó nombres, cambió otros de lugar y agregó los de sus partidarios incondicionales que no figuraban en las listas. El resultado fue muy simple: las listas liberales eran, exactamente, las de hace 20 años, con todos los miembros de la vieja oligarquía liberal.

Lleras tuvo la inteligencia de lanzar sus listas definitivas cuando ya el liberalismo no tenía tiempo de lanzar una fracción disidente a las elecciones. Sólo dos semanas antes, apareció una lista encabezada por el abogado Diego Montaña Cuéllar, antiguo especialista en huelgas petroleras, cuyas vinculaciones con el comunismo clandestino son bastante conocidas. El movimiento se llamaba, "Partido Liberal Popular". La lista para la Asamblea de Cundinamarca la encabezaba Juan de la Cruz Valera, un líder de alpargatas, viejo guerrillero, que hace un año, cuando el ministro de Gobierno, José María Villarreal, fue a visitarlo a sus cuarteles de la montaña para pactar el desarme, lo saludó con las siguientes palabras: "Muy bien, señor ministro, hablemos de guerrillero a guerrillero".

Esa lista popular tenía un error: ningún liberal considera a Montaña Cuéllar como su copartidario, pero los intelectuales comunistas, que son quienes manejan a ese partido sin masa, lo consideran como un oportunista. A pesar de las simpatías que despertó la lista popular —especialmente por ser una lista disidente— el liberalismo en masa, con el entusiasmo de los buenos tiempos, con un disciplina inconcebible a pesar de su inconformidad por la forma en que Lleras modificó las listas definitivas, depositó por las listas oficiales del liberalismo la mayoría de la votación total.

Esta vez no hay manera de discutir la mayoría liberal. A nadie se le ocurrió en Colombia, acusar de liberalizantes a la Junta Militar, que envió, el domingo, un delegado electoral a cada municipio y todos ellos eran oficiales del ejército.

La Junta ha constituido un gobierno sólido, con el apoyo inquebrantable de los dos partidos y tiene el control absoluto del ejército y del orden público. Pero al mismo tiempo ha demostrado su decidida intención de entregar el poder a los civiles. Aunque sólo fuera por un sentido de los buenos negocios, eso es lo mejor que pueden hacer los miembros de la Junta. Sus cinco miembros, saldrán con sueldos de retiro como generales de división, y con una pensión de 3.000 dólares mensuales, en su calidad de expresidentes, y con la aureola de proceres que no les será negada por la generosa prensa colombiana. Como si eso no bastara, se quitarán de encima ese problema sin solución, ese terrible monstruo que es la situación económica y social del país. La forma imparcial en que el gobierno garantizó el orden público durante las elecciones, puede ser una prueba verdaderamente definitiva de su deseo de entregar el poder. Se ha calculado que cualquier domingo, nada más que con accidentes de tránsito ha habido más muertos en Colombia que en este domingo electoral: tres.

La batalla, en las calles, no fue entre el partido liberal y el partido conservador. Fue entre las diferentes fracciones del conservatismo. Pero incluso esas fracciones, que son especialistas en la acción intrépida, desistieron a última hora de las vías de hecho. En las calles de Bogotá, el sábado en la noche, los valencistas pegaban sus carteles. Luego venían los alzatistas y pegaban los suyos encima. Los laureanistas, que esperaban hasta las cinco de la mañana del domingo, pusieron los suyos encima de todos. Pero antes del amanecer, grupos armados de tarros de pintura negra y brocha gorda, borraron también a Laureano Gómez. Cada cual gritó lo que quiso sin ser molestado por nadie. A las once y media de la mañana, Alvaro Gómez Hurtado y un sacerdote jesuíta llevaron a votar a Laureano Gómez en el Capitolio Nacional. Un cuarto de hora antes, el expresidente liberal, Alfonso López, había llegado a la misma urna y no pudo votar: había perdido la cédula. Laureano Gómez, en cambio, que fue subido en camilla por los escalones del Capitolio, llevaba la suya en la mano. En el momento de depositar el voto, estaba tan congestionado y tembloroso, que el sacerdote jesuíta tuvo que ayudarlo. La multitud concentrada en la Plaza de Bolívar, donde las campanas de la Catedral daban el primer toque para la misa de doce, lanzaba un grito ensordecedor que no se había dado nunca en la historia de Colombia, y que es una síntesis de las fuerzas dominantes en el país:

—¡Viva Laureano Gómez! ¡Viva el partido liberal!

Un comentarista liberal, cuyas observaciones no son publicadas por los periódicos sencillamente porque los periódicos están defendiendo a toda costa el ambiente de unidad, ha dicho: "Lleras encontró la gran solución para su partido: convirtió el liberalismo en un gran partido conservador." Pero en general se considera que la explicación del orden del domingo no radica en la ausencia de pugna

conservadora-liberal, sino sencillamente en que el gobierno era imparcial. Es una de las cosas importantes que se demostraron el domingo: la violencia electoral cuando existe, es porque la organiza y patrocina el gobierno.

A las 12.15, Guillermo León Valencia, candidato presidencial sin perspectivas y gran perdedor de la jornada, llegó a votar al Capitolio Nacional. Valencia es famoso por sus gripes oportunas: cada vez que debe afrontar una situación delicada, se queda en cama, con una gripe fabricada sobre medida. En la última semana, la situación de Valencia se había hecho difícil, que ya no le bastó la gripe diplomática, sino que tuvo que inventar una cierta. Estaba demacrado y recibió una ovación de una timidez significativa.

Como estaban las cosas antes de las elecciones, Valencia tenía probabilidades, aunque ya bastante debilitadas, de ser el candidato único de los dos partidos en la elección presidencial que debe llevarse a cabo el 5 de mayo. Es decir, dentro de 40 días. Laureano se oponía, pero en ese momento Laureano no era, como lo es ahora, el hombre fuerte. Lleras que fue quien lanzó a Valencia en asocio con la oligarquía financiera, en una comida casi clandestina en el Country Club de Bogotá y cuando todavía estaba Rojas Pinilla en el poder, no lo apoyaba ni lo aprobaba en los últimos días. Valencia había demostrado tener dos graves defectos que no eran muy prominentes cuando se lanzó su candidatura académica: la intemperancia verbal y una insaciable afición por el alcohol. Las elecciones demostraron, sin que ese fuera su propósito, que Valencia no tiene ninguna popularidad.

Con un partido liberal que nada más que por disciplina, votará sin vacilaciones por el candidato de Lleras; con un partido conservador controlado por Laureano Gómez y con Guillermo León Valencia completamente desprestigiado, el problema para los dirigentes de los dos partidos es ponerse de acuerdo en un candidato único que será elegido presl dente de la República dentro de 45 días. Ni siquiera haba tiempo de ponerse de acuerdo. El tiempo se pasará en almuerzos y comidas. "El candidato debe ser un conservador", ha dicho Lleras, y nadie lo mueve de allí. "El candidato debe ser Lleras", dice Laureano, el enemigo tradicional y feroz del liberalismo. Lleras no acepta. Por falta de tiempo, los círculos mejor informados aseguran, que la solución será un gobierno plural, compuesto por políticos civiles. La fórmula callejera es más precisa: "Que hagan una junta de conservadores encabezada por Lleras"

CARACAS SIN AGUA

Después de escuchar el boletín radial de las 7 de la mañana, Samuel Burkart, un ingeniero alemán que vivía solo en un pent-house de la avenida Caracas, en San Bernardino, fue al abasto de la esquina a comprar una botella de agua mineral para afeitarse. Era el 6 de junio de 1958. Al contrario de lo que ocurría siempre desde cuando Samuel Burkart llegó a Caracas, 10 años antes, aquella mañana de lunes parecía mortalmente tranquila. De la cercana avenida Urdaneta no llegaba el ruido de los automóviles ni el estampido de las motonetas. Caracas parecía una ciudad fantasma. El calor abrasante de los últimos días había cedido un poco, pero en el cielo alto, de un azul denso, no se movía una sola nube. En los jardines de las quintas, en el islote de la Plaza de la Estrella, los arbustos estaban muertos. Los árboles de las avenidas, de ordinario cubiertos de flores rojas y amarillas en esa época del año, extendían hacia el cielo sus ramazones peladas.

Samuel Burkart tuvo que hacer cola en el abasto para ser atendido por los dos comerciantes portugueses que hablaban con la clientela de un mismo tema, el tema único de los últimos cuarenta días que esa mañana había estallado en la radio y en los periódicos como una explosión dramática: el agua se había agotado en Caracas. La noche anterior se habían anunciado las drásticas restricciones impuestas por el INOS a los últimos 100.000 metros cúbicos almacenados en el dique de La Mariposa. A partir de esa mañana, como consecuencia del verano más intenso que había padecido Caracas después de 79 años, había sido suspendido el suministro de agua. Las últimas reservas se destinaban a los servicios estrictamente esenciales. El gobierno estaba tomando desde hacía 24 horas disposiciones de extrema urgencia para evitar que la población pereciera víctima de la sed. Para garantizar el orden público se habían tomado medidas de emergencia que las brigadas cívicas constituidas por estudiantes y profesionales se encargarían de hacer cumplir.

Las ediciones de los periódicos reducidas a cuatro páginas, estaban destinadas a divulgar las instrucciones oficiales a la población civil sobre la manera como debía proceder para superar la crisis y evitar el pánico.

A Burkart no se le había ocurrido una cosa: sus vecinos tuvieron que preparar el café con agua mineral, le anunció que la venta de jugos de frutas y gaseosas estaba racionada por orden de las autoridades. Cada cliente tenía derecho a una cuota límite de una lata de jugo de fruta y una gaseosa por día, hasta nueva orden. Burkart compró una lata de jugo de naranja y se decidió por una botella de limonada para afeitarse. Sólo cuando fue a hacerlo descubrió que la limonada corta el jabón y no produce espuma. De manera que declaró definitivamente el estado de emergencia y se afeitó con jugo de duraznos.

Primer anuncio de cataclismo: Una señora riega el jardín

Con su cerebro alemán perfectamente cuadriculado y sus experiencias de guerra, Samuel Burkart sabía calcular con la debida anticipación el alcance de una noticia. Eso era lo que había hecho, tres meses antes, exactamente el 26 de marzo, cuando leyó en un periódico la siguiente información: "En La Mariposa sólo queda agua para 16 días".

La capacidad normal del dique de La Mariposa, que surte de agua a Caracas es de 9.500.000 metros cúbicos. En esa fecha a pesar de las reiteradas recomendaciones del INOS para que se economizara el agua, las reservas estaban reducidas a 5.221.854 metros cúbicos. Un meteorólogo declaró a la prensa, en una entrevista no oficial que no llovería antes de junio. Pocas semanas después el suministro de agua se redujo a una cuota que era ya inquietante, a pesar de que la población no le dio la debida importancia: 130.000 metros cúbicos diarios.

Al dirigirse a su trabajo, Samuel Burkart saludaba a una vecina que se sentaba en su jardín desde las 8 de la mañana a regar la hierba. En cierta ocasión le habló de la necesidad de economizar agua. Ella, embutida en una bata de seda con flores rojas, se encogió de hombros. "Son mentiras de los periódicos para meter miedo —replicó—. Mientras haya agua yo regaré mis flores." El alemán pensó que debía dar cuenta a la policía, como lo hubiera hecho en su país, pero no se atrevió porque pensaba que la mentalidad de los venezolanos era completamente distinta de la suya. A él también le había llamado la atención que las monedas en Venezuela son las únicas que no tienen escrito su valor y pensaba que aquello podía obedecer a una lógica inaccesible para un alemán. Se convenció de eso cuando advirtió que algunas fuentes públicas, aunque no las más importantes, seguían funcionando cuando los periódicos anunciaron, en abril, que las reservas de agua descendían a razón de 150.000 metros cúbicos cada 24 horas. Una semana después se anunció que se estaban produciendo chaparrones artificiales en las cabeceras del Tuy —la fuente vital de Caracas— y que eso había ocasionado un cierto optimismo en las autoridades. Pero a fines de abril no había llovido. Los barrios pobres quedaron sin agua. En los barrios residenciales se restringió el agua a una hora por día. En su oficina, como no tenía nada que hacer, Samuel Burkart utilizó su regla de cálculo para descubrir que si las cosas seguían como hasta entonces habría agua hasta el 22 de mayo. Se equivocó, tal vez por un error en los datos publicados en los periódicos. A fines de mayo el agua seguía restringida, pero algunas amas de casa insistían en regar sus matas. Incluso en un jardín, escondido entre los arbustos, vio una fuente minúscula, abierta durante la hora en que se suministraba el agua. En el mismo edificio donde él vivía, una señora se vanagloriaba de no haber prescindido de su baño diario en ningún momento. Todas las mañanas recogía agua en todos los recipientes disponibles. Ahora, intempestivamente, a pesar de que había sido anunciada con la debida anticipación, la noticia estallaba a todo lo ancho de los periódicos. Las reservas de La Mariposa alcanzaban para 24 horas. Burkart que tenía el complejo de la afeitada diaria, no pudo lavarse ni siquiera los dientes. Se dirigió a

la oficina, pensando que tal vez en ningún momento de la guerra, ni aun cuando participó en la retirada del Africa Korp, en pleno desierto, se había sentido de tal modo amenazado por la sed.

En las calles, las ratas mueren de sed. El gobierno pide serenidad

Por primera vez en 10 años, Burkart se dirigió a pie a su oficina, situada a pocos pasos del Ministerio de Comunicaciones. No se atrevió a utilizar su automóvil por temor a que se recalentara. No todos los habitantes de Caracas fueron tan precavidos. En la primera bomba de gasolina que encontró había una cola de automóviles y un grupo de conductores vociferantes, discutiendo con el propietario. Habían llenado sus tanques de gasolina con la esperanza que se les suministrara agua como en los tiempos normales. Pero no había nada que hacer. Sencillamente no había agua para los automóviles. La avenida Urdaneta estaba desconocida: no más de 10 vehículos a las 9 de la mañana. En el centro de la calle, había unos automóviles recalentados, abandonados por los propietarios. Los bares y restaurantes no abrieron sus puertas. Colgaron un letrero en las cortinas metálicas: "Cerrado por falta de agua". Esa mañana se había anunciado que los autobuses prestarían un servicio regular en las horas de mayor congestión. En los paraderos, las colas tenían varias cuadras desde las 7 de la mañana. El resto de la avenida un aspecto normal, con sus aceras, pero en los edificios no se trabajaba: todo el mundo estaba en las ventanas. Burkart preguntó a un compañero de oficina, venezolano, qué hacía toda la gente en las ventanas, y él le respondió:

—Están viendo la falta de agua.

A las 12, el calor se desplomó sobre Caracas. Sólo entonces empezó la inquietud. Durante toda la mañana, camiones del INOS con capacidad hasta para 20.000 litros repartieron agua en los barrios residenciales. Con el acondicionamiento de los camiones cisternas de las compañías petroleras, se dispuso de 300 vehículos para transportar agua hasta la capital. Cada uno de ellos, según cálculos oficiales, podía hacer hasta 7 viajes al día. Pero un inconveniente imprevisto obstaculizó los proyectos: las vías de acceso se congestionaron desde las 10 de la mañana. La población sedienta, especialmente en los barrios pobres, se precipitó sobre los vehículos cisternas y fue preciso la intervención de la fuerza pública para restablecer el orden. Los habitantes de los cerros, desesperados, seguros de que los camiones de abastecimiento no podían llegar hasta sus casas, descendieron en busca de agua. Las camionetas de las brigadas universitarias, provistas de altoparlantes, lograron evitar el agua. A las 12.30 el Presidente de la Junta de Gobierno, a través de la Radio Nacional, la única cuyos programas no habían sido limitados, pidió serenidad a la población, en un discurso de 4 minutos. En seguida, en intervenciones muy breves, hablaron los dirigentes políticos, un representante del Frente Universitario y el Presidente de la Junta Patriótica. Burkart, que había

presenciado la revolución popular contra Pérez Jiménez, cinco meses antes, tenía una experiencia: el pueblo de Caracas es notablemente disciplinado. Sobre todo, es muy sensible a las campañas coordinadas de radio, prensa, televisión y volantes. No le cabía la menor duda de que ese pueblo sabría responder también a aquella emergencia. Por eso lo único que le preocupaba en ese momento era su sed. Descendió por las escaleras del viejo edificio donde estaba situada su oficina y en el descanso encontró una rata muerta. No le dio ninguna importancia. Pero esa tarde cuando subió al balcón de su casa a tomar fresco después de haber consumido un litro de agua que le suministró el camión cisterna que pasó por su casa a las 2, vio un tumulto en la Plaza de la Estrella. Los curiosos asistían a un espectáculo terrible: de todas las casas, salían animales enloquecidos por la sed. Gatos, perros, ratones, salían a la calle en busca de alivio para sus gargantas resecas. Esa noche a las 10, se impuso el toque de queda. En el silencio de la noche ardien te sólo se escuchaba el ruido de los camiones del aseo, prestando un servicio extraordinario: primero en las cali y luego en el interior de las casas, se recogían los cadáver de los animales muertos de sed.

Huyendo hacia Los Teques. Una multitud muere de insolación

48 horas después de que la sequía llegó a su puntó culminante, la ciudad quedó completamente paralizada. El gobierno de los Estados Unidos envió, desde Panamá, un convoy de aviones cargados con tambores de agua. Las Fuerzas Aéreas Venezolanas y las compañías comerciales, que prestan servicio en el país, sustituyeron sus actividades normales por un servicio extraordinario de transporte de agua. Los aeródromos de Maiquetía y La Carlota fueron cerrados al tráfico internacional y destinados exclusivamente a esa operación de emergencia. Pero cuando se logró organizar la distribución urbana, el 30% del agua transportada se había evaporado a causa del calor intenso. En las Mercedes y en Sabana Grande, la policía incautó, el 7 de junio en la noche, varios camiones piratas, que llegaron a vender clandestinamente el litro de agua hasta a 20 bolívares. En San Agustín del Sur, el pueblo dio cuenta de otros dos camiones piratas, y repartió su contenido, dentro de un orden ejemplar, entre la población infantil. Gracias a la disciplina y el sentido de solidaridad del pueblo, en la noche del 8 de junio no se había registrado ninguna víctima de la sed. Pero desde el atardecer, un olor penetrante invadió las calles de la ciudad. Al anochecer, el olor se había hecho insoportable. Samuel Burkart descendió a la esquina con la botella vacía, a las 8 de la noche, e hizo una ordenada cola de media hora para recibir su litro de agua de un camión sisterna conducido por boy-scouts. Observó un detalle: sus vecinos, que hasta entonces habían tomado las cosas un poco a la ligera, que habían procurado convertir la crisis en una especie de carnaval, empezaban a alarmarse seriamente. En especial a causa de los rumores. A partir de mediodía, al mismo tiempo que el mal olor, una ola de

rumores alarmistas se habían extendido por todo el sector. Se decía que a causa de la terrible sequedad, los cerros vecinos, los parques de Caracas, comenzaban a incendiarse. No habría nada que hacer cuando se desencadenara el fuego. El cuerpo de bomberos no dispondría de medios para combatirlo. Al día siguiente, según anuncio de la Radio Nacional, no circularían periódicos. Como las emisoras de radio habían suspendido sus emisiones y sólo podían escucharse tres boletines diarios de la Radio Nacional, la ciudad estaba, en cierta manera, a merced de los rumores. Se transmitían por teléfono y en la mayoría de los casos eran mensajes anónimos.

Burkart había oído decir esa tarde que familias enteras estaban abandonando a Caracas. Como no habían medios de transporte el éxodo se intentaba a pie, en especial hacia Maracay. Un rumor aseguraba que esa tarde, en la vieja carretera de Los Teques, una muchedumbre empavorecida que trataba de huir de Caracas había sucumbido a la insolación. Los cadáveres expuestos al aire libre, se decía, eran el origen del mal olor. Burkart encontraba exagerada equella explicación, pero advirtió que, por lo menos en su sector, había un principio de pánico.

Una camioneta del Frente Estudiantil se detuvo junto al camión cisterna. Los curiosos se precipitaron hacia ella, ansiosos de confirmar los rumores. Un estudiante subió a la capota y ofreció responder, por turnos, a todas las preguntas. Según él, la noticia de la muchedumbre muerta en la carretera de Los Teques era absolutamente falsa. Además, era absurdo pensar que ese fuera el origen de los malos olores. Los cadáveres no podían descomponerse hasta ese grado en cuatro o cinco horas. Se aseguró que los bosques y parques estaban colaborando en una forma heroica y que dentro de pocas horas llegaría a Caracas, procedente de todo el país, una cantidad de agua suficiente para garantizar la higiene. Se rogó transmitir por teléfono estas noticias, con la advertencia de que los rumores alarmantes eran sembrados por elementos perezjimenistas.

En el silencio total, falta un minuto para la hora cero

Samuel Burkart regresó a su casa con un litro de agua a las 6.45, con el propósito de escuchar el boletín de la Radio Nacional, a las 7. Encontró en su camino a la vecina que, en abril, aún regaba las flores de su jardín. Estaba indignada contra el INOS, por no haber previsto aquella situación. Burkart pensó que la irresponsabilidad de su vecina no tenía límites.

—La culpa es de la gente como usted, dijo, indignado. El INOS pidió a tiempo que se economizara el agua. Usted no hizo caso. Ahora estamos pagando las consecuencias.

El boletín de la Radio Nacional se limitó a repetir las informaciones suministradas por los estudiantes. Burkart comprendió que la situación estaba llegando a su punto crítico. A pesar de que las autoridades trataban de evitar la desmoralización, era

evidente que el estado de cosas no era tan tranquilizador como lo presentaban las autoridades. Se ignoraba un aspecto importante: la economía. La ciudad estaba totalmente paralizada. El abastecimiento había sido limitado y en las próximas horas faltarían los alimentos. Sorprendida por la crisis, la población no disponía de dinero efectivo. Los almacenes, las empresas, los bancos, estaban cerrados. Los abastos de los barrios empezaban a cerrar sus puertas a falta de surtido: las existencias habían sido agotadas. Cuando Burkart cerró el radio comprendió que Caracas estaba llegando a su hora cero.

En el silencio mortal de las 9 de la noche, el calor subió a un grado insoportable, Burkart abrió puertas y ventanas pero se sintió asfixiado por la sequedad de la atmósfera y por el olor, cada vez más penetrante. Calculó minuciosamente su litro de agua y reservó cinco centímetros cúbicos para afeitarse el día siguiente. Para él, ese era el problema más importante: la afeitada diaria. La sed producida por los alimentos secos empezaba a hacer estragos en su organismo. Había prescindido, por recomendación de la Radio Nacional de los alimentos salados. Pero estaba seguro de que el día siguiente su organismo empezaría a dar síntomas de desfallecimiento. Se desnudó por completo, tomó un sorbo de agua y se acostó boca abajo en la cama ardiente, sintiendo en los oídos la profunda palpitación del silencio. A veces, muy remota, la sirena de una ambulancia rasgaba el sopor del toque de queda. Burkart cerró los ojos y soñó que entraba en el puerto de Hamburgo, en un barco negro, con una franja blanca pintada en la borda, con pintura luminosa. Cuando el barco atracaba, oyó, lejana, la gritería de los muelles. Entonces despertó sobresaltado. Sintió, en todos los pisos del edificio, un tropel humano que se precipitaba hacia la calle. Una ráfaga cargada de agua tibia y pura, penetró por su ventana. Necesitó varios segundos para darse cuenta de lo que pasaba: llovía a chorros.

MI HERMANO FIDEL

Una muchacha alta y delgada, de maneras distinguidas y un extraordinario parecido con el Fidel Castro de las fotografías, así es Emma Castro, la hermana del guerrillero cubano que se encuentra en Caracas desde hace dos semanas. En el reposado ambiente de una residencia particular entre muebles de bambú, junto a un curioso cenicero en forma de paraguas abierto, ella habla de su familia. "Yo no admiro a Fidel como hermano —dice—. Lo admiro como cubana". Pero en el curso de su conversación plácida y discreta, en un español fluyente y deciso, sin acento cubano, Emma Castro evoca una imagen de Fidel que es completamente distinta, más humana que la imagen creada por la publicidad.

"Es muy buen cocinero —dice—. Su plato favorito son los espaguettis". Después del 26 de julio de 1953, cuando encabezó el asalto al segundo regimiento del Cuartel Moncada, Fidel estuvo en la cárcel. Entonces escribía circulares clandestinas para sus simpatizantes y preparaba espaguettis para sus compañeros de celda. En la Sierra Maestra, Fidel sigue preparando espaguettis. "Es un hombre bueno y muy sencillo —dice su hermana—. Es buen conversador, pero, sobre todo, muy buen auditor". Dice que es capaz de escuchar con el mismo interés, durante horas, cualquier clase de conversación. Esa preocupación por los problemas de sus semejantes, unida a una voluntad inquebrantable, parecen constituir la esencia de su personalidad. En la Facultad de Derecho de La Habana, Fidel no era un estudiante muy notable. Perdía mucho tiempo en campañas de agitación. Desde el momento en que ingresó en las aulas, después de una infancia corriente en la casa solariega de Oriente, perfumada al atardecer por el viento de los cañaverales, se hizo líder universitario. Pero antes de los exámenes su inflexible voluntad le permitía recobrar el tiempo perdido. Después de aprender a fondo cada página de un libro, la arrancaba y la destruía. Quemaba las naves: sabía que no podía olvidar lo aprendido, pues había eliminado la posibilidad de volver atrás.

El mejor atleta, lector de Martí

Fidel Alejandro es el tercer hijo de un inmigrante gallego, Ángel Castro, en su segundo matrimonio, con lidia Ruz, "cubana desde hace mucho tiempo", según las propias palabras de Emma Castro. El matrimonio tuvo ocho hijos nacidos y crecidos en la colonia de caña de Birán, en Oriente, a poca distancia de la Sierra Maestra. Cuando nació el primer hijo, Ángel Castro, con la laboriosidad, la constancia y la astucia de los gallegos, era un modesto sembrador de caña. Cuando nació el último, era un rico hacendado. "La unidad de la familia no se rompió ahora, con la guerra —explica Emma Castro—. La rompió la necesidad de estudiar". En efecto, a medida que los muchachos crecían, Ángel Castro los sacaba del virgiliano ambiente de la infancia, de los profundos corredores de ladrillos donde los peones negros molían el

tedio de la siesta y los mandaba a estudiar. Fidel y Raúl los dos hermanos que ahora se encuentran en la Sierra Maestra —empezaron en el Colegio de Jesuitas de Belem, Raúl era mejor estudiante. Fidel, en cambio se ganaba todos los años el premio del mejor atleta.

Emma Castro, cinco años menor que Fidel, recuerda haber visto con muy poca frecuencia a su hermano guerrillero. Máximo dos o tres semanas durante las vacaciones. Pero Ángel Castro, a quien los años y el dinero dieron aires de patriarca folklórico, con sombrero de hacendado y guayabera de rumbero, se preocupaba porque en la casa hubiera siempre un lugar esperando a los muchachos ausentes. El cuarto de Fidel no tenía nada de especial. Era una habitación cuadrada con una ventana siempre abierta sobre la Sierra Maestra. Lo único que la distinguía de las otras eran los libros. Desde cuando estudiaba, Fidel iba dejando libros por todas partes. Tenía —y tiene aún en el campamento— varios ejemplares de las obras completas de Martí. "Fidel puede olvidarlo todo —dice Emma Castro—. Pero nunca abandona su Martí".

Durante las vacaciones, el hombre por cuya cabeza ofrece Batista 100.000 dólares, se dedicaba a la caza. De allí viene su familiaridad con las armas de fuego y su reputación de buen tirador. Su rebeldía, que se manifestó desde la Universidad, reveló como una virtud positiva y dinámica desde el momento en que Batista se apoderó del gobierno. Fidel estaba en La Habana. Hasta la hacienda de "Biram" llegaban noticias relacionadas con la inquietud estudiantil. El viejo Ángel Castro sabía que su hijo andaba complicado en la oposición, a pesar de que sus cartas no contenían nada más que referencias familiares. Nunca hablaban de política. El 26 de julio de 1953, después de comida, la familia Castro escuchaba el boletín de noticias de la CMQ, en el silencioso corredor de la hacienda, a pocos metros del patiecito de piedra donde los peones negros habían dejado de cantar sus plegarias de amor y superstición. Un comentarista oficial dio la noticia de que un puñado de estudiantes, más armados de temeridad que de fusil, había atacado en la madrugada el Cuartel Moncada. Antes de acostarse, interrumpiendo sus reflexiones patriarcales, don Ángel Castro comentó:

—No sé por qué se me ocurre que Fidel está metido en eso.

Era un presentimiento certero. Fidel no sólo estaba comprometido en el asalto al Cuartel Moncada. Era el cabecilla. Aquel golpe frustrado dio nombre al movimiento que ha sacudido la conciencia de los cubanos y ha reducido al dictador Batista a la condición de un perseguido dentro del palacio presidencial.

Su primera experiencia: "El Bogotazo"

Fidel no fue el primero en abandonar a Cuba para preparar el desembarco desde el exterior. El primero fue Raúl, su hermano inseparable, que se trasladó a México a principios de 1956 para preparar la expedición. En un principio no estaba de

acuerdo con la aventura armada. Pensaba que una campaña cívica intensiva lograría despertar la conciencia nacional hasta el punto de que Batista se viera precisado a abandonar el poder. Desconfiaba de los grupos dirigentes, pero tenía una confianza inquebrantable en las reservas morales del pueblo. Esa convicción había nacido muy lejos de La Habana, en la brumosa capital de Colombia, el 9 de abril de 1948, fecha en que mataron a Jorge Eliécer Gaitán.

Cuando el pueblo bogotano se lanzó a la calle en una demoledora explosión de cólera por el asesinato de su caudillo máximo, dos muchachos cubanos que se encontraban ahí por casualidad participaron en la acción popular. "Eran dos muchachos entusiastas, espigados, vestidos con chaqueta de cuero", recuerda un político colombiano que en esa ocasión los conoció de manera accidental. Movidos por el fervor democrático, ellos trataron de orientar la desenfrenada cólera de la muchedumbre hacia un objetivo preciso: el poder. Un grupo de políticos liberales que los encontró en la mañana del 10 de abril preparando a las brigadas callejeras para atacar un cuartel, los disuadió de su temeridad. "Ayer hubiera sido posible —les dijeron—. Ahora no, la situación ha cambiado". Les hicieron ver el nido de ametralladoras emplazado en las azoteas del cuartel:

—Contra eso no resistirán veinte minutos.

El más alto de los dos, cuyo rasgo predominante era la arqueada nariz ósea, pareció reflexionar y desistió de la temeraria operación. Nunca más se supo de ellos. Pocos días después, los periódicos convirtieron a esos dos muchachos en una leyenda. Se habló de dos cubanos que, según se decía, habían comandado "el bogotazo". Se llegó a decir incluso que en el hotel donde se hospedaban el detectivismo decomisó un plan minucioso del asesinato de Gaitán. La verdad es que los dos muchachos cubanos, estudiantes, habían llegado a Bogotá a fines de marzo, con el propósito de asistir a un congreso estudiantil. Ante la explosión popular no habían podido contener su entusiasmo y se habían lanzado a la calle, como lo hicieron tantos demócratas extranjeros residentes en Bogotá: exiliados de Santo Domingo, estudiantes de Venezuela, mexicanos, perseguidos del peronismo. Sólo ahora, olvidada la leyenda de los dos cubanos que se mezclaron a la multitud bogotana el 9 de abril de 1948, se conoce la identidad de uno de ellos, el más espigado, sereno y decidido, era Fidel Castro.

"La idea fue de mi hermano Raúl"

Uno de los grandes méritos de Fidel es haber logrado aglutinar los 150.000 cubanos que en los Estados Unidos trabajaban por la subversión. El los entusiasmó con su anuncio al pueblo de Cuba. "Antes de fin de año desembarcaré en la Isla". En menos de un mes recogió 160.000 dólares, se trasladó a Cayo Hueso y luego a México, donde su hermano Raúl lo puso en contacto con los núcleos de exiliados cubanos a la cabeza del movimiento. La versión de que sus últimos 20 dólares los

gastó en la publicación de un folleto contra Batista, es absolutamente falsa. Fidel nunca estuvo escaso de fondos: siempre dispuso de su fortuna personal. No tocó jamás el dinero recolectado para el desembarco, que pasaba directamente a la tesorería del movimiento.

Con Fidel en el primer plano de la oposición, la mansión feudal de "Biram" no fue más una colonia de vacaciones. Dos de las hermanas de Fidel —Agustina y Emma, la que ahora se encuentra en Caracas— tomaron el camino del exilio, hacia México. Su padre murió de muerte natural poco después. En la casa solariega quedaron solamente la madre y Ramón, el mayor, encargado de la hacienda paterna. Aún viven allí, sin mezclarse en política y sin ser molestados por Batista, que teme a las incómodas consecuencias publicitarias que pudiera tener cualquier medida oficial contra la madre de Fidel Castro.

Emma Castro vio a Fidel por última vez dos horas antes de que se embarcaran en las naves expedicionarias hacia Cuba. Ella vivía en casa de una familia amiga —la de su antigua y fraternal conocida Orquídea Pino de Gutiérrez— y estaba informada de los proyectos de sus hermanos. El 25 de noviembre de 1956, después de comida, Fidel y Raúl fueron a despedirse de ella. Entonces no tenían apariencia guerrillera como ahora los muestran sus retratos. Fidel vestía un traje azul oscuro, impecable, con corbata a rayas. Como un anuncio incipiente de su barba mesiánica, sólo existía el bigotillo lineal y un poco afectado de los enamorados antillanos. Fidel abrió los brazos y le dijo:

—Bueno, llegó la hora.

No necesitó decir nada más, Emma Castro, sabía de qué se trataba. Pocos días después, una noticia la sacó de la cama: Batista anunciaba la muerte de Fidel. Emma y Agustina leyeron los periódicos con una sonrisa de burla. "También sabíamos eso —comenta Emma Castro—. Sabíamos que de todos modos Batista diría que Fidel había sido muerto en el desembarco." Estaban preparadas para no creerlo.

¿Dónde está Juanita Castro?

A un año largo del desembarco, las hermanas de Fidel, que siempre fueron indiferentes a la política, han sido arrastradas por las circunstancias hacia una militancia efectiva en el movimiento "26 de Julio", Emma decidió viajar por él Caribe, recolectando fondos para la lucha. La más conocida de ellas, Juanita, que fue la última en abandonar a Cuba, es también la más revoltosa. Hace poco tiempo, su madre fue a visitarla, a México. Emma llamó por teléfono a Juanita, que se encontraba en Miami, donde había anunciado en un mitin de cubanos en exilio, que los hombres de Fidel incendiarían la próxima cosecha de caña. Juanita viajó a México. Pero cuando fue a comprar el pasaje de regreso se le comunicó una orden del Consulado de los Estados Unidos: no podía regresar a Miami.

Entonces fue cuando Juanita Castro, escondida en el baúl de un automóvil conducido por un exiliado cubano, penetró clandestinamente a los Estados Unidos. En Miami lo primero que hizo fue presentarse a las autoridades de inmigración con su abogado. El funcionario que había impedido su reingreso se quedó con la boca abierta. Sólo pudo decir en su perplejidad:

—Miss Castro.

Se le permitió permanecer en Miami a condición de que no se moviera de allí ni interviniera en política. Pero las noticias de Cuba la mantenían en tensión. Un día, cansada de tanta pasividad, decidió meterse en la boca del lobo. Desembarcó públicamente en La Habana. Por temor a la publicidad, Batista la dejó en paz. Pero sólo por poco tiempo. El 25 de marzo, cuando Emma Castro abandonó a México rumbo a Venezuela, supo que Juanita debería ser sacada clandestinamente de Cuba, pues Batista había iniciado una acción directa contra ella. Ahora mismo se ignora dónde se encuentra. Es probable, conociendo su espíritu decidido, su valor personal y su fervor por la causa de Fidel, que haya subido a reunirse con sus hermanos en la Sierra Maestra.

CONDENADOS A 20 AÑOS, PERO SON INOCENTES

Esta es la historia de una injusticia. Dos hombres están condenados a 20 años por un asesinato que no cometieron. La S.N. también utilizó la tortura en la investigación judicial. Así obtuvo confesiones. Así fabricó falsos culpables. Hoy una terrible interrogante pesa sobre la justicia venezolana. ¿Cuántos inocentes hay en la cárcel? Este caso, el caso del Mercury negro, es una voz de alarma a la opinión pública

Vicente Hernández Marval comió con su esposa, se reposó una hora, fumando cigarrillos en la terraza y a las 10 de la noche salió de su casa. Esa fue la última vez que lo hizo. Era un chofer de taxi, de 34 años, fornido, conversador, apasionado del programa político de Copei, gran admirador del doctor Rafael Caldera y católico practicante. Aquel 24 de marzo de 1952, en que salió de su casa por última vez, no estaba haciendo nada de extraordinario. Había trabajado en su Mercury negro desde las 6 de la tarde, había vuelto a comer a las 8.30 y había prometido a su mujer que volvería, como de costumbre a las 2 de la madrugada. Pero no volvió hasta el día siguiente, en la última página del periódico, donde se informó que Vicente Hernández Marval había sido muerto a tiros, junto con un amigo, dentro de su propio automóvil. Según el comunicado de la Seguridad Nacional, los cadáveres fueron encontrados en la carretera de La Guaira, exactamente en el sitio denominado "La Vuelta del Copei", a la entrada de un tortuoso camino que conducía a la hacienda de café de Curucutí.

La señora Sabina Hermoso de Hernández, su esposa, había ya leído la noticia en los periódicos cuando dos agentes de la Seguridad Nacional fueron a buscarla a su casa. Le dieron el pésame, le prometieron que la S.N. llevaría a cabo una investigación exhaustiva hasta localizar a los autores del crimen, y la condujeron en automóvil a las oficinas del departamento criminológico. En el trayecto, un agente dejó caer por descuido, de un paquete de fotografías nuevas y brillantes, una foto de Vicente Hernández Marval, muerto con el rostro destrozado y lleno de sangre. La viuda lo reconoció.

—¿Por qué le destrozaron la cara?— preguntó.

Ella recordaba perfectamente que la S.N. había anunciado que su marido había sido muerto de un solo tiro en la espalda, hecho desde el asiento posterior del Mercury y a través del asiento. Le pareció extraño por eso que tuviera el rostro desfigurado y lleno de sangre. El propio director del Departamento Criminológico, José Francisco Colmenares, le respondió minutos después:

—No sabemos por qué le desfiguraron la cara. Precisamente eso es lo que estamos tratando de averiguar.

Según lo que pensó entonces, según siguió creyéndolo durante cinco años y según lo manifiesta ahora con una convicción inflexible, la viuda de Hernández Marval estaba segura de que a su marido lo había asesinado la S.N. Tenía razones para

creerlo: desde hacía algún tiempo, Hernández Marval era víctima de una persecución sistemática por parte de los agentes de Pedro Estrada. Era un hombre señalado por la S.N., no sólo por su costumbre de expresar en cualquier parte, a cualquier hora y siempre en alta voz, su antipatía por el régimen, sino porque existían serias sospechas de que tomaba parte en el trabajo clandestino de Copei. Para su mujer esto último era, más que una sospecha, una verdad comprobada desde cuando se dio el golpe contra Rómulo Gallegos. En su taxi Hernández Marval repartía volantes clandestinos. En diferentes ocasiones, agentes de la S.N. lo detuvieron en la calle, tomaron el carro de alquiler y se negaron a pagar. Al principio fue una simple provocación. Pero en los primeros meses de 1952, Hernández Marval fue encarcelado varias veces en la Sección Política de la S.N. "Casi nunca estaba libre —dice su viuda—. Apenas salía en libertad volvían a meterlo". Tres días antes de su muerte, Hernández Marval había estado preso una semana.

Traicionada por sus sospechas, la señora Sabina de Hernández, comentó en la oficina de José Francisco Colmenares: "Se me hace raro que a mi marido lo hayan matado una semana después de estar preso". Los agentes de la S.N. se pusieron en guardia.

—¿Quiere decir que lo matamos?— preguntó Colmenares.

—No quiero decir nada— contestó la viuda.

Pero había dicho demasiado. Se le condujo a una celda de la S.N. y de allí se le tuvo incomunicada durante una semana. No se le permitió ver el cadáver de su marido. "Esos cadáveres no pueden mostrarse —le dijeron—. Además, ya se hizo el entierro."

"Ayúdame. Me están acusando de la muerte de tu marido"

La viuda no se explicó entonces, ni se explica todavía, por qué mataron a José Gregorio de Pablo junto con su marido. No eran muy amigos. Simplemente se conocían por vivir a pocas cuadras de distancia. A diferencia de Hernández Marval, la otra víctima no se interesaba por la política. Era más bien un hombre indiferente a las cuestiones del gobierno, discreto y sin complicaciones. El hecho de que estuviera en el Mercury negro la noche del 24 de marzo, ni siquiera trató de explicarse. La viuda de Hernández Marval supone que se había encontrado por azar con su marido.

Desde el 25 en la mañana, los agentes de la S.N. se empeñaron en la búsqueda de un exiliado dominicano, zapatero, de apellido Ángel, que tuvo su taller en el mismo edificio donde vivieron Hernández Marval y su esposa. Parece evidente que Ángel había escapado a las cárceles de Trujillo, había llegado a Venezuela y aquí continuaba atacando, al menos en la conversación con sus amigos al dictador de su país. El uno, hablando mal de Trujillo y el otro, hablando mal de Pérez Jiménez, el

chofer venezolano y el zapatero dominicano se hicieron buenos amigos. Durante un año entero salieron juntos con mucha frecuencia. Pero en el momento del crimen, la viuda de Hernández Marval había dejado de ver hacía varios meses al dominicano. Lo volvió a encontrar, preso, en la S.N. cuando aquél se le acercó y le dijo:

—Ayúdame. Me están acusando de la muerte de tu marido.

El dominicano fue torturado despiadadamente a pesar de que la viuda de Hernández Marval asumió su defensa. La última vez que lo vio, aún en la cárcel, le pareció terriblemente demacrado. Nunca volvió a saber nada de él. Ese fue el primer gran misterio del misterioso crimen del Mercury negro: la suerte del dominicano Ángel. Su nombre no figura en el sumario que instruyó la S.N. No se le ha mencionado en ningún momento del proceso a pesar de que fue el primer acusado del crimen. Se lo tragó la tierra.

Otro de los grandes misterios fue la suerte de los cadáveres. Cuando fue puesta en libertad, la viuda de Hernández Marval recibió la orden de presentarse cada ocho días a la S.N. Así lo hizo durante tres meses. Mientras tanto, se dedicó a localizar el sitio en que fue enterrado su marido. Después de revisar los libros de registro del cementerio, encontró el nombre, con un error, en lugar de "Hernández Marval", decía "Hernández Malva". Había sido enterrado a la 1 de la madrugada del 26 de marzo de 1952 bajo el número 1.326. Asesorada por un funcionario del cementerio, la viuda logró encontrar, después de un día entero de búsqueda, el ladrillo numerado que señalaba el sitio donde reposaba el cadáver. Era un lugar situado al fondo del cementerio donde la S.N. enterraba a sus víctimas, pasada la media noche. Y ese fue el único rastro que quedó de Vicente Hernández Marval. A pesar de las reiteradas gestiones de la viuda, el Mercury negro, de su propiedad, no le fue nunca devuelto por la S.N. Aquél parecía ser caso concluido.

"Suelten a esos pobres hombres. Ellos nada tienen que ver con eso"

Seis meses después, el 2 de octubre de 1952, un chofer de camión, Guillermo Martínez Gómez, dormía tranquilamente en casa de'su hermana, Josefina Martínez de Pestaño, en el barrio Quenepe del cerro de Buena Vista, en La Guaira. A la 1 de la madrugada, dos agentes de la S.N. tocaron a la puerta y sin más explicaciones le ordenaron a Guillermo Martínez que se vistiera.

—¿Quién es su ayudante en el camión?— le preguntaron.

Guillermo Martínez que durante ocho años había trabajado regularmente para "José T. Ravelo B.C.A.", agentes de aduana de La Guaira, tenía dos ayudantes: Fermín Luongo y Crispín Martínez. Pero en los dos días anteriores sus ayudantes habituales habían sido reemplazados por un negro grande, de ojos pueriles, viudo y con dos hijos, que desde hacía dos años trabajaba en la misma compañía. Se llamaba Ernesto Eulogio Sequeira. Como Guillermo Martínez Gómez no sabía exactamente para qué lo buscaba la S.N. ni para qué le preguntaba el nombre de su

ayudante dio el nombre de Eulogio Sequiera. Estaba durmiendo a cuatro cuadras de allí, en un cuarto alquilado en una casa de familia. Otros dos agentes de la S.N. lo sacaron de la cama 10 minutos después. Martínez y Sequeira fueron conducidos esposados, a la Seguridad Nacional.

48 horas más tarde —el 5 de octubre de 1952— el olvidado crimen del Mercury negro estalló en los titulares de los periódicos, resucitado en su dramática espectacularidad por una rueda de prensa de la Seguridad Nacional. Guillermo Martínez Gómez y Eulogio Sequeira, dos trabajadores ejemplares que todos los días, a las siete de la mañana, venían a Caracas con un camión cargado de mercancías para repartir en el comercio, que regresaban a La Guaira a las cinco de la tarde; que los sábados en la noche se tomaban sus palos como todo el mundo, en rueda de amigos; que casi nunca iban al cine; que no tenían más vicios que el dominó y que jamás en su vida habían peleado con nadie, se declararon, en confesión firmada, autores del doble crimen del Mercury negro. La S.N. presentó el caso como un triunfo del Departamento Criminológico.

La versión oficial era de una sorprendente riqueza de detalles. Guillermo Martínez y Eulogio Sequeira —según esa versión— pasaron en Caracas el martes 25 de marzo. El primero, con el objeto de ver a su novia. El segundo, por el puro placer. Estuvieron cada uno por su cuenta. Pasada la media noche, Martínez Gómez, que había estado en el cine con su novia, se encontró con Sequeira, junto al reloj de la placita de Catia. Allí contrataron el primer taxi que pasó para que los llevara a La Guaira. Ese era el Mercury negro, conducido por Vicente Hernández Marval. En el asiento delantero viajaba, nadie sabe por qué, José Gregorio de Pablos. Camino de La Guaira, al pasar frente a la casa de la novia de Martínez, el chofer hizo sonar la corneta. Manifestó que la muchacha no era indiferente a sus requiebros. Enfurecido, Martínez Gómez golpeó al chofer. Cuando su compañero de Pablos, trató de intervenir, Sequeira sacó su pistola y lo mató de un tiro. Luego disparó contra el chofer. En ese momento se encontraba en la Vuelta de Copei. Martínez y Sequiera lanzaron los cadáveres por el barranco. En seguida caminaron tres kilómetros por el atajo y tocaron a la puerta de una humilde cabana, situada poco más abajo de ía hacienda de Curucutí, donde vivía Pío Martínez, un viejo campesino, enfermo, padre de Guillermo Martínez. Allí se quitaron las ropas ensangrentadas, se las echaron a los cerdos y vistieron ropas limpias. En la mañana, como si nada hubiera pasado, volvieron a su trabajo, después de haber tirado la pistola a pocos metros del Mercury negro y de haberse repartido los 40 bolívares que sustrajeron de los bolsillos de los cadáveres. Jesús Calderón Blanco, un hombre sin nada de particular, que vivía a poca distancia de Pío Martínez, declaró en la S.N. en confesión firmada, que él había vendido a Guillermo Martínez por 60 bolívares, la pistola con que se cometió el crimen.

El mismo día en que la S.N. comunicó a la prensa esta versión del crimen, la esposa de una de las víctimas, Sabina Hermoso de Hernández fue llevada a ver a los

asesinos de su esposo. Estaba en la oficina de Colmenares, cuando pasaron por el corredor, lívidos y esposados, Martínez Gómez y Sequeira. Un oficial de la S.N. le dijo:

—Mire usted, señora, ahí llevan a los asesinos de su marido.

La viuda de Hernández dice que, desde ese momento, tuvo la certidumbre de que aquella era una historia inventada por completo por la S.N. para descargar sobre los dos inocentes su propio crimen. Vio pasar a los dos hombres que veía por primera vez en su vida, que nunca habían estado con su marido, y se estremeció con la injusticia que cometían. Se decía que el cadáver de su marido había sido despojado de 40 bolívares. Ella sabía que la noche del 24 de marzo, cuando Vicente Hernández salió de su casa, llevaba más de 300 bolívares en el bolsillo. Sabía que era un hombre fuerte, ágil y diestro en la defensa personal, que no habría muerto pacíficamente, de un tiro de revólver hecho a través del asiento del automóvil. La viuda de Hernández dijo a los agentes de la S.N.:

—Suelten a esos pobres hombres. Ustedes están equivocados. Estoy segura de que no fueron ellos los que mataron a mi marido.

"No importa quesea verdad o mentira. Ese muerto ya te lo echaste encima"

A fines de octubre el Juez de Primera Instancia en lo Penal de la Primera Circunscripción, Dr. Alberto Ferraro, recibió el expediente instruido por la Seguridad Nacional y enviado directamente por Pedro Estrada. El doctor Ferraro llamó a declarar a los sindicados, a los testigos, al vendedor de la pistola y entonces se puso en claro una de las patrañas más sombrías de la Seguridad Nacional. Pálido, enfermo, Guillermo Martínez Gómez declaró ante el juez: "No ratifico mi declaración rendida ante la Seguridad, por ser todo falso, pues la rendí bajo amenazas. Allí me torturaron, me montaron en un ring con los pies descalzos, me cayeron a plan de machetes, me golpearon y por último, me llevaron por la carretera del Junquito, donde me guindaron de una mata, esposados y guindados nos dieron plan de machete. Digo todo en plural, porque también llevaron a Sequeira conmigo y le hicieron lo mismo, nos guindaron de las esposas con un mecate que estaba amarrado a una camioneta y entonces al halar el mecate nos quedamos en el aire; yo ya no podía más con las torturas y perdí el conocimiento. Entonces fue cuando acusé a Sequeira, siendo mentira. Luego nos llevaron a la S.N., nos interrogaron y me preguntaron si era cierto que Sequeira había matado a dos personas, y yo les dije que lo había acusado por no poder más. pero que eran mentiras y entonces me hicieran firmar la declaración que ellos hicieron y me la hicieron firmar poniéndome un revólver en el pecho".

Esta declaración no fue hecha ahora, cuando se conocen los crímenes cometidos por la S.N. Fue hecha el 12 de octubre de 1952. Ahora, en la Cárcel Modelo, donde Martínez y Sequeira pagan el crimen del Mercury negro desde hace cinco años,

están frescos en su memoria los recuerdos de aquel interrogatorio Sangriento. Dicen que ellos ignoraban los detalles del crimen —de un crimen del cual nunca habían oído hablar— hasta el punto de que en el primer interrogatorio, un S.N. completamente borracho les preguntó:

—¿Cómo los mataron?

Martínez respondió:

—A cuchillo.

Al día siguiente fue torturado de nuevo para que corrigiera el error. No debía decir que el crimen fue cometido a cuchillo sino con revólver. Martínez dijo —y lo reafirma ahora, en la Cárcel Modelo, como lo confirmó en el Juzgado de Primera Instancia— que no podía hacer esa declaración, pues nunca había tenido un revólver en sus manos.

—No importa— le dijo su torturador—. Ya te echaste este muerto encima. Lo mejor es que salgas de esto para evitar más torturas.

Con dos polos eléctricos en los ríñones, Martínez Gómez admitió entonces que el crimen fue cometido con revólver.

—¿Quién les vendió el arma?

Martínez Gómez, ya casi sin conocimiento, dijo que no lo sabía. Los torturadores mencionaron un nombre que él conocía, por vecino de su padre: Jesús Calderón Blanco. Un torturador precisó:

—El revólver te lo vendió Jesús Calderón Blanco por 60 bolívares, ¿no es cierto?

—Es cierto— respondió Martínez Gómez.

Allí terminó, por el momento, su terrible agonía, pero comenzó la de un hombre que, según declaró, nunca había tenido un revólver en su vida: Jesús Calderón Blanco. Llevado a la Seguridad Nacional, pocas horas después, firmó la confesión de que en efecto, era él quien había vendido el arma homicida a Guillermo Martínez Gómez. Fue encarcelado por tráfico de armas. Pero el 6 de noviembre, ante el Juzgado de Primera Instancia, se retractó de su confesión. "En la Seguridad fui señalado por los asesinos —dijo— como el individuo que les había vendido la pistola. Primero me habló un musiú y me dijo que yo había comprado la pistola en un barco a un marino y que la había vendido por necesidad y más tarde el mismo Jefe de la Brigada me dijo que yo había vendido la pistola y que confesara de una vez porque si no me iría mal. Me dejaron tranquilo por un rato, luego me subieron a un ring con los brazos amarrados hacia atrás y me cayeron a golpes y patadas; luego me dejaron. Más tarde, cuando venían nuevamente a llevarme al ring recordé las palabras del musiú y preferí hacer la versión que consta en el expediente para evitar que me dieran una nueva golpiza. Esa es la verdad, porque yo nunca he tenido armas y jamás he estado necesitado de 60 bolívares, porque soy un hombre sin vicios y siempre tengo mis ahorros." La declaración de Carmen del Valle Anzola, mujer de Jesús Calderón Blanco fue más detallada: "El 2 de octubre de los corrientes fueron a buscar de la Seguridad a mi marido para una averiguación; llegando a la

Seguridad a las 4 de la madrugada, pues los que tuvieron el honor de conducirle ahí se pararon en Catia en un cabaret a tomar y él estuvo en esa camioneta hasta esa hora que fue cuando llegó a la Seguridad Nacional; empezó el castigo, lo pararon en un ring, lo tuvieron tres horas, entonces el señor Colmenares le mandó a poner las esposas, luego que estuvo esposado vino un extranjero que acompañó a esa comisión y le metió un trompón, cayó al suelo y quedó privado del conocimiento, le dio patadas y entonces el señor Colmenares le dijo:

"—Todavía no, espérese un momento.

"Le dieron entonces plan, viendo que no le sacaban nada. Hubo allí uno que oyó la orden de no sé quién, que si en el próximo interrogatorio no se acusaba, sería pasado al Junquito a guindarlo de un palo, a una mata que tienen allí para hacer torturas y le dijo ese mismo que oyó la orden y que era un investigador, que se acusara, que inventara un embuste. Mas le dijo:

"—Di que la compraste en un Santa, con varias cápsulas. Entonces tú te defenderás de otro modo o tu mujer te meterá el abogado. Tú de la Cárcel Modelo sales, y del Junquito no vas a salir porque de ahí los hombres que llevan salen más muertos que vivos y botando sangre.

"Entonces —continuó Carmen del Valle Anzola— mi marido tuvo que acusarse y le dijo al S.N.: "Chico, te lo agradezco." Cuando vinieron al próximo interrogatorio, declaró: "Sí, fui el vendedor."

"—¿Dónde la compraste?— le preguntaron.

"—En un Santa."

Condenado a 20 años, una sola esperanza: "El indulto de la Junta"

Convencido de la inocencia de los acusados, el Juez Dr. Alberto Ferraro absolvió a Martínez y Sequeira. Pero el Juez Picón Rivas, Juez Superior Primero, los condenó el 2 de febrero de 1956 a 20 años de presidio y las penas accesorias correspondientes. En la actualidad, Martínez y Sequeira, cumplen resignadamente su condena, en la Cárcel Modelo. Los días de visita, una dama les lleva cigarrillos: la esposa de Vicente Hernández Marval, que continúa persuadida de su inocencia. "Yo sufrí terriblemente con la muerte de mi marido —dice la viuda—. Pero mi pena mayor en estos últimos cinco años es saber que esos pobres inocentes están pagando un crimen que no cometieron".

Los condenados, en un desconcierto que dura después de cinco años, están materialmente imposibilitados para recordar qué hicieron la noche del 24 de marzo de 1952. En realidad, ellos fueron detenidos seis meses después, y no recuerdan un hecho extraordinario que les permita reconstruir sus recuerdos de esa noche. En los libros de la empresa donde trabajaban, consta que Martínez y Sequeira estuvieron en Caracas durante todo el día, repartiendo la mercancía en el comercio. La hermana de Martínez Gómez y el esposo de ésta, declararon y reiteran

obstinadamente su declaración que durante todo el año 1952, Guillermo Martínez Gómez durmió en casa con ellos. En la cocina de la Cárcel Modelo, donde prestan sus servicios, donde se les ha expedido un certificado de conducta ejemplar, con mayúsculas, los dos condenados consideran este cuento de locos como una pesadilla: nunca oyeron hablar del crimen, nunca tuvieron un revólver en sus manos, no saben nada de nada. Todo fue —insisten y tienen cómo probarlo— una patraña de la Seguridad Nacional. ¿Con qué objeto? Ellos lo ignoran. No saben nada de política. Martínez Gómez no tenía novia en Caracas, no necesitaron jamás 40 bolívares, pues se ganaban a veces 100 bolívares diarios y llevaban una vida regular, porque estaban ahorrando para comprar un camión.

Pero el fallo se está cumpliendo. El único recurso lo interpuso la semana pasada el doctor Ferraro, el antiguo Juez que los absolvió: pidió a la Junta de Gobierno que en ejercicio de sus facultades constitucionales, les conceda el iniulto a los condenados. Esa es la última esperanza en un caso increíble en el que todo parecería perdido. Incluso la última esperanza.

SENEGAL CAMBIA DE DUEÑO

—¡Y aquí tenemos a Senegal!

El anuncio hubiera sido mucho más espectacular si realmente Senegal hubiera estado allí, en aquella sala de 50 metros cuadrados donde se remataron, en 3 mañanas consecutivas 17 ejemplares del Stud Cañaveral expropiados por la Nación a Fortunato Herrera. Pero no había espacio para un caballo. El Juez de Primera Instancia, doctor Carlos Julio Pineda y el Procurador General de la Nación, doctor Ruggieri Parra, solemnemente sentados frente a dos banderas de Venezuela, oyeron las ofertas y condujeron, dentro de un orden admirable, pero en un ambiente de muy buen humor, un debate donde cada palabra valía por lo menos un millar de bolívares.

La ausencia de los caballos, que a esa hora hacían entrenamientos de rutina en el Hipódromo, fue compensada por la brillante presentación que hizo de ellos Luis Plácido Pissarello, un veterano de las carreras que en un minuto, con una voz que tiene algo de trueno, es capaz de describir, como si lo estuviera viendo, cualquiera de los caballos que corren en Caracas. Aquél era el instante esperado. El Tribunal, sabiendo que Senegal era la vedette del remate, prefirió ofrecerlo en la última sesión. Esa determinación creó una especie de suspenso cinematográfico, pero fue también un inconveniente. En la secretaría del Juzgado separada del Tribunal por una cortina roja y convertida por 72 horas en un corrillo de especulaciones, los propietarios comentaban: "No nos atrevemos a ofrecer nada mientras no se remate a Senegal. No se sabe cuánto tendremos que ofrecer". Por eso, durante tres días, se hicieron ofertas discretas, para soltar la gran oferta, en el momento de disputarse el campeón.

El "crack" estaba evaluado en 125.000 bolívares. De acuerdo con la ley, las ofertas debían empezar a partir de la mitad del precio: 62.500 bolívares. Pero el Tribunal se reservaba el derecho de no adjudicarlo si consideraba que la última oferta no era satisfactoria. En aquella carrera de cifras redondas, también Senegal ganaba por varios cuerpos, gracias a sus extraordinarias referencias: en 1956, sobre 8 carreras, ganó 6 primeros, un segundo y un tercero. Pero éstas produjeron 163.904,35 bolívares. En 1957, sobre 8 carreras obtuvo exactamente los mismos resultados: 6 primeros, un segundo y un tercero. Pero esta vez los resultados en dinero efectivo fueron mayores: 310.759,90 bolívares. En los últimos meses se había dicho que Senegal estaba acabado. Sin embargo, sus antecedentes indicaban, que, de todos modos, sería la vedette del remate. Cualquier propietario estaría dispuesto a comprar a Senegal, aunque éste no produjera un centavo en la pista. Como simple reproductor valía una fortuna.

A las 10.45 un hombre dice tímidamente: "Doy Bs. 70.000"

Calvo, pequeño, silencioso el comerciante Sandor Berla Grustein había esperado muchas horas, había hecho muchas cuentas y se había mordisqueado las uñas muchas veces antes de hacer la primera oferta. Casi inmediatamente después de que Luis Plácido Pissarello puso en venta a Senegal, el viernes a las 10.45, cuando la sala atiborrada de propietarios, periodistas y simples fanáticos del turf se sumergió en una tensa expectativa, él levantó un dedo y dijo, un poco tímidamente:

—70.000.

La réplica surgió al instante, tres metros más allá, de un propietario tranquilo, con cara de actor de cine mexicano, representante de un sindicato acabado de fundar: el Stud Venezuela, cuya divisa amarilla era desconocida hasta este momento. En los tres días del remate, ese sindicato, representado por Enrique Sucre Vega, se había llevado los mejores ejemplares del Stud Cañaveral: Drapetón, en 47.000 bolívares; el Corroncho, en 35.000 y la yegua Lryque en 21.000. Enrique Sucre había manifestado, en secreto, su propósito de llevarse a Senegal a cualquier precio.

—70.500, dijo.

Sin la menor emoción, Sandor Berla Grustein mejoró la oferta un segundo después. Pero sólo en 500 bolívares. Se suponía que a las 10.50 —cinco minutos después de iniciada la pugna— Senegal se declararía vendido. Pero Luis Plácido Pissarello echó por tierra esa esperanza: "El Tribunal se tomará todo el tiempo que considere necesario para vender a Senegal." Aquel anuncio interrumpió el duelo. En el salón, donde estaba prohibido fumar, la tensión aumentó. En los otros pisos del Edificio University, donde funciona el Ministerio de Justicia y afuera, en la calle, hasta la Plaza Bolívar, circuló el rumor de que estaban rematando a Senegal. Cinco minutos después de iniciadas las ofertas faltaba aire en el salón. Las únicas personas que parecíah conservar la serenidad eran los dos propietarios que habían ido con el propósito firme y el dinero suficiente para llevarse a Senegal. Aquella expectativa duró 25 minutos. Mejorando la oferta de 500 en 500 bolívares, y sin más opositores, Grustein y Sucre protagonizaron un duelo que parecía infinito. Por último —a las 11.20— el representante del Stud Venezuela había alcanzado una cifra respetable:

—96.500.

Grustein replicó:

—97.000.

Y Sucre replicó en el acto:

—Y 500 más.

Entonces sucedió algo inesperado. Nadie volvió a hablar, salvo Luis Plácido Pissarello, que repitió la oferta en voz alta, durante tres minutos. Nadie replicó. A las 11.25, con una concurrencia un poco desilusionada por el último minuto, el Stud Venezuela se llevó a Senegal por 97.500 bolívares, un precio que según los expertos, es apenas el 50% del precio real del campeón. Sólo cuando le adjudicó el ejemplar, Enrique Sucre Vega, que parece tener una serenidad de jugador, empezó a sudar.

—Nos hubiéramos llevado a Senegal de cualquier manera —dijo—. Estábamos dispuestos a dar hasta 150.000 bolívares.

En esa forma el campeón empezaba dando a sus nuevos propietarios una ganancia de 52.500 bolívares. El famoso Stud Cañaveral que tanto prestigio dio a su propietario, Fortunato Herrera, había dejado materialmente de existir.

En las 15 veces que ha corrido nunca ha fallado en el marcador

En su caballeriza del Hipódromo, Senegal —inocente de lo que había ocurrido esa mañana— debió sentirse instintivamente extrañado de que un muchacho conocido desde hace muchos años, en cuyo uniforme verde está escrito, todavía, con letras rojas, el nombre Stud Cañaveral, le hubiera puesto encima una divisa amarilla, con un nombre en letras verdes: Stud Venezuela. Aquello era una novedad. Desde cuando Senegal llegó al país, traído en avión de la Argentina, siendo apenas un potrillo y sin más referencias que sus antecedentes sanguíneos, había llevado siempre la divisa verde. Fortunato Herrera lo compró en un remate público por 42.000 bolívares.

Más que una garantía, el árbol genealógico del potrillo Senegal era un inconveniente. Su padre "Baham", el gran invicto inglés, de propiedad del Aga Khan, había demostrado una inexplicable incapacidad para transmitir sus excelentes cualidades a sus descendientes. En Caracas se sabía, por cuatro hijos suyos que corrieron en nuestras pistas: "Mr. Greek", "Navazón", "Nountbatten" y "Volante". A pesar de las críticas británicas, que no se resignaban a perder la gloria de "Baham", el triple coronado fue vendido a los Estados Unidos como reproductor. Pero fue un fracaso. En el 1944, un sindicato de criadores argentinos lo compró como simple mejorador. Pero no dio nada nuevo. En el momento de su muerte, se le recordó por sus antiguas victorias y por su misteriosa incapacidad para transmitir a sus herederos su pasta de campeón.

Antes de morir, una yegua —"Brownie"— hija de "Rustón Psahá", en "Black Arrow", tuvo dos hijos de "Baham". Uno de ellos, "Préndase", vino a Caracas y se ganó en 1955 el Clásico "Simón Bolívar". El otro era "Senegal". En las caballerizas del Stud Cañaveral, el potrillo comprado por Fortunato Herrera en 42.000 bolívares no estaba considerado, ni mucho menos como un futuro campeón. Pero el preparador Ambrosio Eduardo Eldner — un argentino de origen danés— le puso el ojo desde el primer momento. Para él, aquella mansedumbre del potrillo no era falta de clase, sino sencillamente buen humor. Cuando Fortunato Herrera le dijo que fuera a la Argentina a buscar un ejemplar capaz de ganarse el Clásico "Simón Bolívar", Eldner le respondió que esa diligencia sería inútil. No había tiempo de aclimatar un nuevo ejemplar. Pero de todos modos —dijo Eldner— aquí hay un potro capaz de ganarse el Clásico.

—¿Cuál es?

—Senegal.

Pocas semanas después, ese ejemplar del cual su propietario no esperaba nada, era el favorito del Hipódromo de Caracas. Con el Clásico "Simón Bolívar" de 1956, ganó el premio más alto que se ha pagado en la historia de esa competencia. Desde entonces, en las 15 veces que ha salido a las pistas, no ha quedado ni una sola vez fuera del marcador.

Incógnita: Los caballos de la dictadura nunca perdían

El extinto Stud Cañaveral seguirá siendo tal vez la gran incógnita del turf. Una cosa era cierta: los caballos de Fortunato Herrera ganaron durante todo el tiempo en que su amigo íntimo fue dictador de Venezuela, la mayor cantidad de premios y, por tanto, la mayor cantidad de dinero con que puede soñar un propietario criollo. Muchas personas se preguntan si los caballos del Stud Cañaveral no correrían dopados. En efecto, una dosis de alcaloide inyectada en el torrente sanguíneo del animal media hora antes de la carrera puede provocar en la pista un rendimiento desconcertante. Para evitar el fraude, los ejemplares deben ser sometidos al examen de un veterinario, que analiza la orina y la saliva para comprobar que no han sido dopados. Pero bajo el régimen de Pérez Jiménez todo era posible.

La idea de que los caballos del Stud Cañaveral estaban sometidos a composiciones fraudulentas, nació, en primer término, en el margen sin precedentes con que éstos tumbaban los récords y en la rapidez con que se declaraban inservibles. Un caballo dopado es un caballo enfermo. Después de una serie sucesiva de triunfos espectaculares tiene que ser retirado de los programas, sin que se le pueda aprovechar ni siquiera como reproductor.

La sospecha de que Senegal era impulsado, más que por su magnífica herencia y una excelente preparación, por una fuerte dosis de alcaloides, se inspiró en la forma en que derribó el récord de los 3.200 metros. En realidad, un récord como ese se bate por 1/5 o, en el más extraordinario de los casos, por 2/5 de segundos. Senegal lo bajó de 211 a 207 segundos. Una proeza sin antecedentes.

Mientras duró la dictadura, Fortunato Herrera ganó con MIS caballos mucho más dinero que cualquier otro propietario. Pero se daba el lujo de retirar sus ejemplares en un momento en que habría podido sacarles una fortuna si realmente su calidad hubiera correspondido a sus victorias. "Los Altos", por ejemplo, tuvo que ser retirado después de haber ganado el Clásico "Simón Bolívar", hace varios años. "Carriles", que ganó el Clásico "Fuerzas Armadas", también tuvo que ser retirado. "Drapetón", que corrió 4 meses sin tregua, victoria sobre victoria, había sido retirado también poco tiempo antes de que Fortunato Herrera se viera precisado a abandonar el país.

Senegal, incluso como animal sospechoso, era la excepción. Dopado o sin dopar, ganó hasta hoy 474.664,25 bolívares y está corriendo desde hace cuatro años, cada

vez con mejor rendimiento. Debería tener una sangre excepcional para sostenerse en su puesto tanto tiempo, a pesar de los efectos de los alcaloides.

Desde cuando la Nación expropió al Stud Cañaveral, el 25 de enero, todas estas conjeturas, que hasta entonces se habían murmurado apenas en los medios hípicos, salieron a la luz pública. Concretamente sobre Senegal se hicieron los pronósticos más pesimistas. Se pensaba que los empresarios no concurrirían a la subasta y que la Nación había hecho un mal negocio al expropiar los ejemplares de Fortunato Herrera.

Pero los expertos que invirtieron su dinero en los caballos del Stud Cañaveral debían estar muy seguros del negocio en que se embarcaban. El conocido propietario chino, Hung, con su acento y sus suaves maneras orientales, manifestó al salir del remate: "Si yo hubiera tenido el dinero, habría dado medio millón de bolívares por el lote y habría hecho un buen negocio". Ejemplar por ejemplar, el remate solo produjo 343.000 bolívares.

La verdad parece ser que Senegal está en perfecto estado, ya restablecido de una insignificante lesión en la pata derecha. A causa de su edad —cinco años en el mes de julio— no podrá participar en el Clásico "Simón Bolívar", que ganó cuatro años consecutivos. Pero sus nuevos propietarios pueden obtener de él en un año —según cálculos de los expertos— tres veces más de lo que pagaron en el remate. Después de retirarlo de las pistas tendrán un excelente reproductor. Esa es otra pr^ueba de que quienes pagaron 97.500 bolívares tienen motivos para creer que Senegal nunca fue dopado. De haberlo sido, no podría esperarse de él una descendencia de campeones, sino todo lo contrario.

ESTOS OJOS VIERON 7 SICILIANOS MUERTOS

En el corredor de la pensión Libanesa —No. 8 de Samán a Salas— sólo quedaron cinco huéspedes de la cena. En un rincón, sentada en una silla de lona, una señora encinta dormitaba frente a la televisión. En el extremo del comedor, junto a un pasamano lleno de tiestos de flores, cuatro hombres conversaban fumando, sentados aún a la mesa donde habían tomado el café. Hablando en dialecto italiano. Aunque sólo hubiera sido por la manera de gesticular, se habría descubierto que era un dialecto meridional, y que uno de ellos, el mejor vestido, comandaba la conversación. Después de un segundo café, a las 9.30, los cuatro se levantaron de la mesa con el propósito de ir al cine.

Un largo automóvil negro permaneció estacionado más de una hora, en la sombra, frente a la pensión, con dos hombres a bordo. Cuando los cuatro italianos salieron a la calle y comenzaron a descender, en un grupo bullicioso, hacia la avenida principal, el automóvil se puso en marcha. Fue como una señal para otro automóvil estacionado al final de la cuadra, que se puso en marcha a su vez, muy lentamente, sin separarse un metro del andén. Antes de llegar a la esquina, los cuatro italianos se vieron rodeados por seis hombres. Uno de ellos había descendido del primer automóvil. Los otros cinco, del segundo. No hubo diálogo. Sólo una orden seca y terminante. Un momento después, los cuatro italianos fueron obligados a subir en los automóviles. Fue la última vez que se les vio.

Los sicilianos de Caracas tiemblan: Sin saber por qué la muerte los sigue

La noticia de que Giuseppe Ferrantelli, Rosario La Porta, Vicenzo y Bernardino Piazza habían desaparecido, circuló como un rumor denso y cargado de presagio en la colmena de inmigrantes sicilianos que durante el día asedia el Hotel Roma, en Caracas. La desaparición ocurrió el 25 de febrero de 1955. A fines de esa semana, un venezolano, desconocido en la colonia de meridionales italianos, se presentó a la Zapatería Roma —a cuya tertulia asistían con frecuencia los cuatro desaparecidos— con una carta para Rosario Valenti, otro inmigrante siciliano. La carta, dijo el mensajero, era de Giuseppe Ferrantelli. El propietario de la zapatería, Calogero Bacino, un obrero de piel curtida que hablaba un español aproximativo, negó conocer a Rosario Valenti.

El desconocido lo invitó a tomar un café. Bacino aceptó. Caminó 20 pasos hacia la Plaza El Panteón en compañía de su anfitrión inesperado, pero un minuto después se vio rodeado por tres desconocidos más. Lo obligaron a subir a una camioneta, sin ninguna explicación, y fue esa la última vez que se le vio en Caracas.

La noticia de que un quinto siciliano había desaparecido ocasionó un pánico en la colonia. Sin saber de qué se trataba, pero suponiendo que una terrible amenaza pesaba sobre los sicilianos de Caracas, muchos de ellos se escondieron. Otros más

precavidos, iniciaron apresuradamente las gestiones para regresar a su país. Entre ellos se encontraba el destinatario de la carta de Ferrantelli, Rosario Valenti, quien el zapatero desaparecido negó conocer, y que en realidad era uno de los amigos que más frecuentaban el establecimiento. Cuando supo que cinco compañeros amigos habían desaparecido, Rosario Valenti se escondió tres días. Pero luego salió a la calle a preparar su documentación para abandonar el país. En la puerta de la Dirección de Extranjería, un martes a las 4 de la tarde, dos desconocidos le cerraron el paso. Lo hicieron subir a un automóvil. Esa fue la última vez que se le vio.

El último en verlo, por casualidad, fue otro siciliano que conocía a Valenti de vista, pero que era amigo de un tío suyo. Minzione Polizzi, quien compartía con el sexto italiano desaparecido una pieza modesta en una pensión de La Plaza Las Mercedes. Informado, Minzione Polizzi de que su sobrino había sido secuestrado, torturado él mismo por el miedo, se dirigió a una agencia de turismo e inició la urgente tramitación de sus documentos para abandonar el país. Fue la última diligencia que hizo en Caracas. En la puerta de la agencia de turismo, un desconocido se le acercó y lo obligó a subir a una camioneta. Esa fue la última vez que se vio a Minzione Polizzi.

Era como si los siete italianos se los hubiera tragado la tierra. Amordazados por la censura, los periódicos de 1955 ignoraron la trascendencia de la noticia. Pero los inmigrantes italianos la comentaron a media voz durante muchos meses. En apariencia, no había ninguna lógica en aquella desaparición de siete inmigrantes modestos, cuyas ganancias apenas les permitían pagar una pensión de 180 bolívares. Ninguno de ellos tenía antecedentes judiciales. Giuseppe Ferrantelli, el más vivo, el más acomodado, el mejor vestido y el más culto de la partida, ni siquiera había inmigrado a Venezuela presionado por las angustias económicas. Había nacido en Burgio, en la arisca provincia siciliana, donde su familia disfrutaba de una cierta bonanza. Ferrantelli había abandonado su casa en 1953 porque un amigo de familia, emigrado a Venezuela, hablaba de Caracas en sus cartas como una ciudad milagrosa donde crecían en 24 horas enormes rascacielos de vidrios. Nada más que por curiosidad, Ferrantelli atravesó el Atlántico, desembarcó en La Guaira y se preparó para asistir al milagro de los rascacielos. Pero dos meses de turismo vegetal lo pusieron frente a la realidad concreta de que en Venezuela era preciso trabajar para comer.

La voz de la S.N. corta el reportaje de Bafile: "No camine sobre dinamita ".

En contacto con un grupo de compatriotas, Ferrantelli compró a crédito un viejo Chevrolet, azul y rojo, placa 5671, y se dedicó a viajar en él por los estados Miranda y Aragua, vendiendo toda clase de mercancías baratas. Las ganancias no eran apreciables. Pero los gastos tampoco. En la Pensión Libanesa, se metió en una pieza grande sin más adornos que una ventana de cortinas rojas sobre la calle, en

compañía de tres sicilianos más: Bernardo y Vicenzo Piazza y Rosario La Porta. Todos, salvo Bernardo Piazza — que no tenía ningún parentesco con Vicenzo Piazza— eran oriundos de Burgio. Por la pensión completa pagaban cada uno 180 bolívares.

A través de Bernardo Piazza —que era natural de Alessandría de la Roca— los cuatro sicilianos del Chevrolet azul y rojo se hicieron amigos del propietario de la Zapatería Roma, Calogero Bacino. Allí se reunían todos al atardecer, a conversar de la patria distante, en ese dialecto abrupto y árido que tanto se parecía a la provincia natal. Entre los contertulios conocieron a Rosario Valenti y a su tío, Minzione Polizzi, que vivían a pocas cuadras de allí, en una misma pieza de la Plaza Las Mercedes, Ferrantelli comandaba siempre la conversación. "Sus iniciativas —se ha dicho en estos días— no se discutían: se aceptaban por buenas. Estaba dotado de una dialéctica singular y de una labia capaz de pulverizar la resistencia más obstinada". En cierta manera, los siete constituían un grupo homogéneo. Pero los cuatro de la pensión Libanesa constituían un grupo compacto con intereses y aficiones comunes. Vivían en la misma pieza. Trabajaban juntos. Comían juntos, tomaban dos tazas de café después de la cena, hablando siempre, e iban al cine casi todas las noches. Aparentemente, no tenían ninguna relación que permitiera explicar su desaparición.

En la estrecha y revuelta oficina que en ese tiempo servía de redacción, gerencia y administración a "La Voce d'Italia", uno de los periódicos en italiano que se editan en Caracas, el director Attilio M. Cecchini, un periodista que parece más bien, por su físico, un galán de cine italiano, tomó como cosa propia la misteriosa desaparición de sus siete compatriotas. En una reunión informal con su jefe de redacción, Gaetano Bafile, decidió investigar a fondo, por cuenta del periódico y sin recurrir a la policía, hasta descubrir la verdad. Con el obstinado y minucioso método del periodista italiano, que es capaz de armar un tremendo escándalo nacional partiendo de un cadáver tan modesto como el de Vilma Montesi, pero que en todo caso suele llegar siempre primero que los detectives al nudo de un problema, Bafile dedicó varias semanas a recorrer, paso a paso, los últimos pasos dados en Caracas, por los siete compatriotas desaparecidos. Pero en 1955, con la ciudad controlada por los 5.000 ojos de Pedro Estrada, las conclusiones a que llegó el periodista eran un pasaje sin regreso para la muerte. Un funcionario de policía, que se dio cuenta de los progresos de Bafile en su investigación, lo previno cordialmente:

—No camine sobre dinamita.

El hombre a quien ustedes deben asesinar se llama Pérez Jiménez

El hilo de la investigación había llevado al redactor de "La Voce d'Italia" hasta la "Gestoría Capri", una agencia de turismo situada en la Urbanización El Bosque, que se encargaba de arreglar la documentación de los sicilianos de Caracas. La

propietaria de la agencia, una italiana atractiva, enérgica e irascible tenía un grupo de amigos que podían ser la explicación de la rapidez y la eficacia con que su agencia de turismo tramitaba la documentación de sus compatriotas. Ese grupo de amigos era el sexteto de la muerte, el siniestro brazo derecho de Pedro Estrada. La propietaria de la "Gestoría Capri" tenía un nombre absolutamente desconocido en 1955, que hace tres semanas es uno de los más conocidos de Caracas: Ada Di Tomaso. Nacida en Buganra, en el Abruzzo, Ada Di Tomaso había entrado en contacto con la S.N. a través de su marido, un oscuro portugués llamado Angiolino Apolinario. Ferrantelli frecuentaba la "Gestoría Capri". Bafile llegó a la conclusión de que era allí donde había empezado todo el drama. Según él, Giuseppe Ferrantelli, enterado de que el marido de Ada Di Tomaso pertenecía a la S.N. le preguntó:

—¿Y yo no podría entrar también en la Seguridad?

El portugués prometió interponer su influencia. Concertó una cita con un alto oficial de la Guardia Nacional, a la cual asistió puntualmente Ferrantelli, acompañado por su compañero de pieza y negocios, Vicenzo Piazza, que también tenía interés en ingresar a la S.N. El oficial era — según lo reveló hace poco "La Voce d'Italia"— el coronel Oscar Tamayo Suárez. La primera entrevista fue simplemente para establecer los contactos. En la segunda se planteó una cuestión de confianza. Luego las entrevistas se sucedieron casi a diario. En una de ellas, el oficial quiso saber si los sicilianos eran buenos tiradores. En el Polígono de Tiro, Vicenzo Piazza demostró no sólo que sabía manejar un revólver, sino que era un tirador de escuela. Entonces se les solicitó un tercer hombre de entera confianza para cumplir una misión delicada. Ferrantelli recomendó a otro de sus compañeros de pieza: Bernardo Piazza. Una vez constituido el equipo, se les puso al tanto de la delicada misión que les sería encomendada, asesinar a Marcos Pérez Jiménez. La recompensa era de 400.000 bolívares. La mitad sería pagada antes del atentado. La otra mitad sería entregada después, junto con los pasajes en avión y los documentos en regla para viajar a Italia.

Veinte detectives vigilan una fiesta en la zapatería "Roma"

Bafile supone que los sicilianos no creyeron en aquel enorme complot planteado en términos tan sencillos. Pero se prestaron al juego pensando que, de todos modos, podrían derivar de él algún provecho. En el proceso de perfeccionamiento del plan, un cuarto hombre ingresó a la sociedad: Minzione Polizzi. Fue él quien se encargó de hacer traer las pistolas desde Italia. Las trajo personalmente un sobrino suyo, quien desembarcó en La Guaira sin que su equipaje fuera requisado en la aduana. Ese sobrino habría de ser más tarde otro de los desaparecidos: Rosario Valenti.

En enero de 1955, el Chevrolet azul y rojo de los sicilianos no anduvo solo por las calles de Caracas. A prudente distancia los siguió siempre un automóvil de la S.N.

Un detective alquiló en la pensión Libanesa la pieza contigua a la de los sicilianos. En esos días, Bacino dio una fiesta en su zapatería, y mientras ella duró, la cuadra estuvo llena de detectives. Pedro Estrada estaba sobre la pista del complot. El 25 de febrero en la noche, en la puerta de la pensión Libanesa, se liquidó para siempre el proyecto de atentado contra Pérez Jiménez. Cinco días después no quedaba un solo rastro de los siete sicilianos, las únicas personas que conocían las intimidades del complot, fueron silenciadas para siempre por la S.N. Tres años después de la desaparición, "La Voce d'Italia" —que había guardado esta historia en sus archivos— soltó la bomba a todo lo ancho de su primera página. De acuerdo con las averiguaciones del periodista Gaetano Bafile, el complot contra Pérez Jiménez era una farsa. El portugués Apolinario, que descubrió los propósitos de los sicilianos, los vendió a Pedro Estrada por 10.000 bolívares. Pero Apolinario no está en Venezuela para responder ante la justicia, pues abandonó el país en circunstancias que no han sido explicadas. Ada Di Tomaso, la única sindicada, fue sometida a una indagatoria de tres horas en el Juzgado Segundo de Instrucción. Al final de la diligencia, en una crisis de nervios, se enfrentó a los periodistas para negar obstinadamente todos los cargos. Pero 24 horas después había desaparecido.

FIN